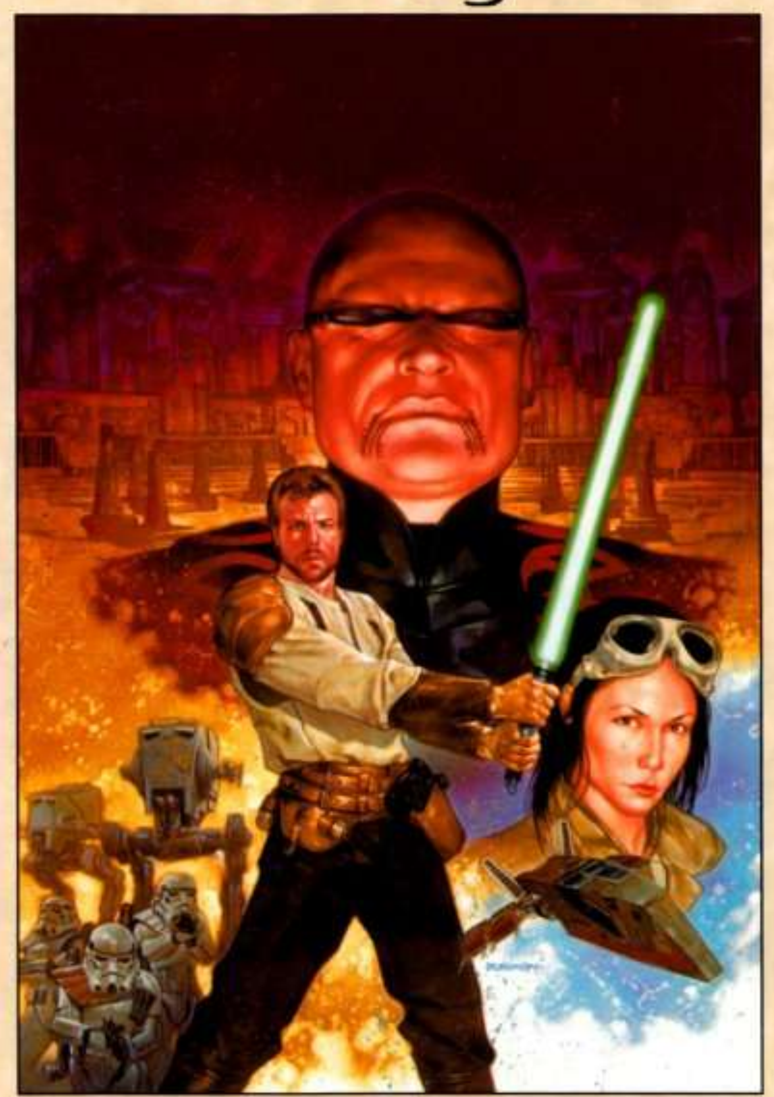
STAR WARS®
DARK FORCES
Jedi Knight



William C. Dietz
&
Dave Dorman

Kyle Katarn, agente rebelde y Jedi novato, acaba de regresar de su operación encubierta para encontrar la ubicación del Valle de los Jedi. Pero sabe que el malvado Jerec, un Jedi Oscuro con aspiraciones al trono imperial, también sabe dónde está el Valle. Al regresar a la Alianza, y con el apoyo de mismísimo Luke Skywalker, Kyle se ofrece para encontrar el Valle y detener la invasión imperial venidera… y, al fin, cumplir su destino como Jedi.

Basado en los populares juegos interactivos *Star Wars: Dark Forces* y *Jedi Knight*, *Caballero Jedi* es la tercera parte de una trilogía escrita por el aclamado autor William C. Dietz (*Steelheart*) e ilustrada por el galardonado artista de portadas de *Star Wars* Dave Dorman.





FUERZAS OSCURAS 3

Caballero Jedi

William C. Deets



LEYENDAS

Esta historia forma parte de la continuidad de Leyendas.

Título original: *Dark Forces: Jedi Knight*

Autor: William C. Deets

Ilustraciones: Dave Dorman

Publicación del original: octubre 1998

5 años después de la batalla de Yavin

Traducción: Garindann y dreukorr

Revisión: dreukorr y OorooMaster

Maquetación: Bodo-Baas

Versión 1.0

20.04.20

Base LSW v2.2

El Jedi Oscuro Jerec continúa con su búsqueda del legendario Valle de los Jedi y envía a sus subordinados imperiales a invadir el remoto planeta en el que está oculto. Pero la ubicación del Valle también es conocida para Kyle Katarn, quien ha regresado con Jan Ors y Luke Skywalker de su misión secreta. Kyle propone que él y Jan se cuelen en el planeta y detengan al Imperio ellos solos, lo cual los conduce a su más peligrosa (e importante) misión.

Esta flamante trilogía de aventuras ofrece antecedentes, e incorpora elementos, de los juegos interactivos de LucasArts *DARK FORCES* y *JEDI KNIGHT.Caballero Jedi* completa la trilogía empezada por *Soldado del Imperio* y continuada por *Agente Rebelde*.

DECLARACIÓN

Todo el trabajo de traducción, revisión y maquetación de este libro ha sido realizado por admiradores de Star Wars y con el único objetivo de compartirlo con otros hispanohablantes.

Star Wars y todos los personajes, nombres y situaciones son marcas registradas y/o propiedad intelectual de Lucasfilm Limited.

Este trabajo se proporciona de forma gratuita para uso particular. Puedes compartirlo bajo tu responsabilidad, siempre y cuando también sea en forma gratuita, y mantengas intacta tanto la información en la página anterior, como reconocimiento a la gente que ha trabajado por este libro, como esta nota para que más gente pueda encontrar el grupo de donde viene. Se prohíbe la venta parcial o total de este material.

Este es un trabajo amateur, no nos dedicamos a esto de manera profesional, o no lo hacemos como parte de nuestro trabajo, ni tampoco esperamos recibir compensación alguna excepto, tal vez, algún agradecimiento si piensas que lo merecemos. Esperamos ofrecer libros y relatos con la mejor calidad posible, si encuentras cualquier error, agradeceremos que nos lo informes para así poder corregirlo.

Este libro digital se encuentra disponible de forma gratuita en Libros Star Wars.

Visítanos en nuestro foro para encontrar la última versión, otros libros y relatos, o para enviar comentarios, críticas o agradecimientos: librosstarwars.com.ar.

¡Que la Fuerza te acompañe!

El grupo de libros Star Wars



Para Marjorie,
quien subió a la montaña,
tomó el tren equivocado,
nadó en el río,
vivió en el hotel,
hizo cosas que la asustaron,
dio a luz a hijas,
enseñó a los niños cómo pensar,
recorrió el mundo,
déjame ir, abrázame fuerte,
escuchó mis sueños,
y los hizo realidad.

Mi agradecimiento a Dave Dorman por el arte que embellece este libro, a Justin Chin y el equipo de desarrollo de LucasArts Entertainment Company *que crearon* DARK FORCES*, a la eterna ayuda de Lucy Autrey Wilson, Allan Kausch, David Scroggy, Lynn Adair, y Ginjer Buchanan, y por último, pero no menos importante, a George Lucas y las demás mentes que crearon este universo. Que la Fuerza os acompañe.*

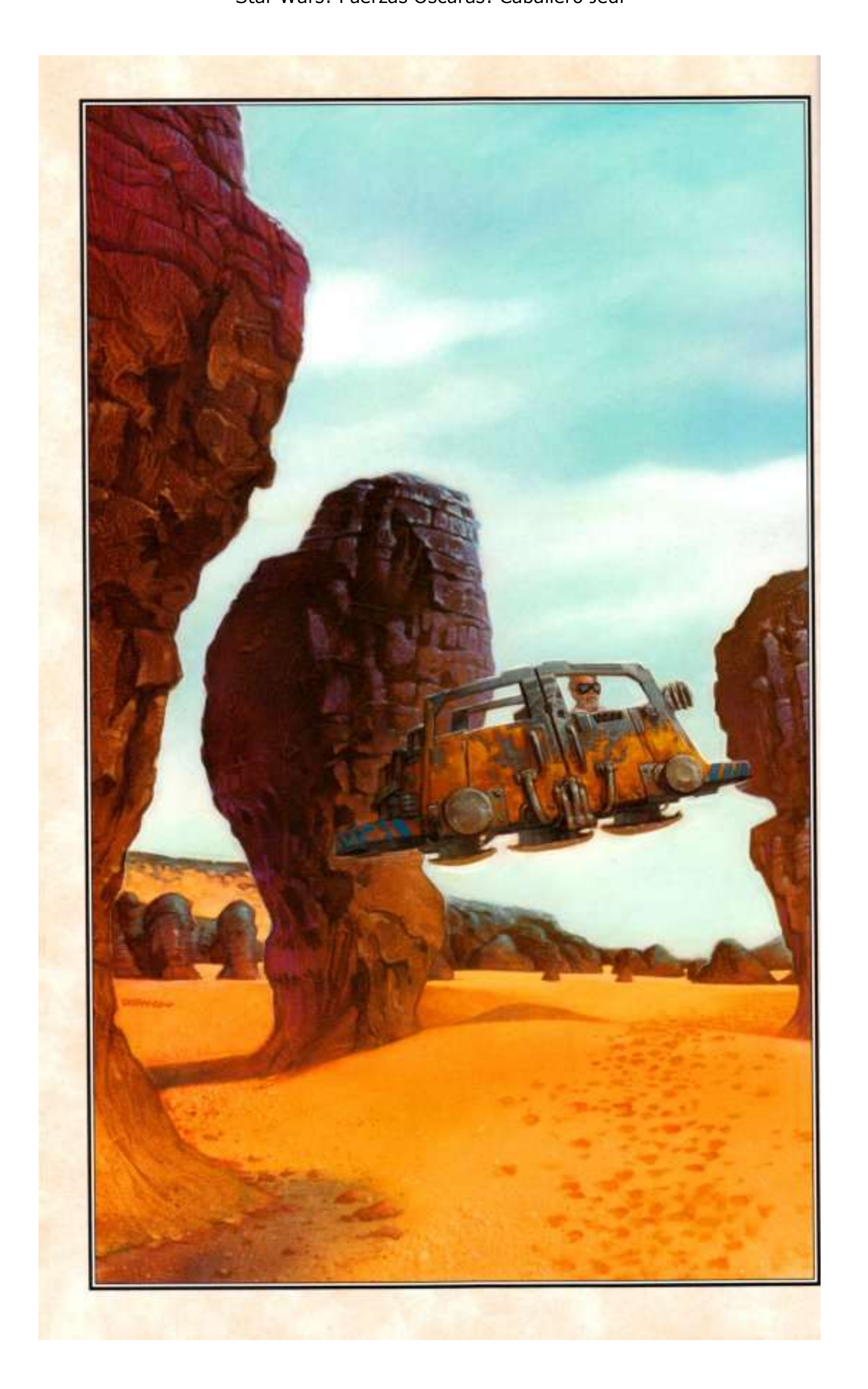
BILL DIETZ

Para Sant Jordi.

Mi agradecimiento a Phil Burnett, Lurene Haines, Jack Petry, Kris Lagerloef, y Jenny Prestwood por su ayuda en el modelado; a Justin Chin (un salvavidas en cuanto a referencias) y a William Dietz por el gran material de origen; a Gary Newman por el Moldy Crow*; a* Dark Horse, *David Scroggy, Lynn Adair, Suzanne Taylor, y especialmente a Mike Richardson, que puso su confianza en mí; a mi familia de* Lucasfilm*, incluyendo a Allan Kausch, Lucy Autrey Wilson, y por supuesto a George Lucas; y para los fans de* Star Wars *de todo el mundo.*

DAVE DORMAN





CAPÍTULO 1

El aerodeslizador, un fatigado cacharro construido a partir de chatarra y que se mantenía unido gracias a rezos incesantes, tosía, escupía y se sacudía por el aire. Había sido amarillo, pero eso fue hacía tiempo, y grandes islas de óxido se habían esparcido a través de la pintura blanqueada por el sol. Un afloramiento de roca se elevaba por delante.

El único ocupante de la máquina llevaba una barba de dos días y ojos que observaban desde detrás de unos anteojos protectores. Vio el peligro, maldijo, y manipuló los controles.

El motor repulsor arrancó y empujó a la máquina más alto. El pináculo más elevado pasó a un metro de la panza del deslizador. El vehículo descendió como agotado por el esfuerzo, y Grif Grawley dio unas palmaditas en la consola.

—Eso es chica… lo has hecho bien… muy bien.

El colono miró sobre un costado: vio la sombra del aerodeslizador revolotear sobre el paisaje, y vio a sus gra brincar a lo largo de la planicie. Él sabía hacia dónde se dirigían. La colina esculpida por el viento, una de las muchas dejadas por el retroceso de antiguos glaciares, había activado uno de sus preprogramados instintos: «Busca terreno elevado cuando la luz empiece a disminuir… y cuidado con los depredadores».

Una estrategia de supervivencia que *parecía* natural… pero que en realidad era el resultado de extensiva ingeniería genética. Ingeniería genética que había demostrado ser tan fiable que los óvulos y esperma de gra normalmente se vendían «por manada» y venían con un manual electrónico.

Un manual que Grif había memorizado durante el largo viaje a Ruusan.

Una pila de rocas apareció en su camino, y la manada se dividió en dos grupos, uno que siguió al Alfa, el macho dominante, y otro que siguió a la Beta, su compañera.

Ahora la colina estaba más cerca, y Grif desaceleró. El deslizador era frágil, muy frágil, y al colono no le apetecía tener que caminar los cincuenta kilómetros hasta el Fuerte Ninguna Parte, el *único* asentamiento humano en Ruusan.

El deslizador redujo la velocidad, flotó sobre la cima y aterrizó en unas marcas dejadas por aterrizajes anteriores. Grif cortó la energía, ejecutó la lista de comprobación,

y aseguró los amarres. El viento se levantaría durante la noche… y valía la pena ser cuidadoso.

Entonces, con la seguridad de alguien que ha hecho algo cientos de veces, Grif levantó un campamento. El refugio se abrió y se fijó con un fuerte chasquido. La combinación de arcón-cocina y despensa alimentaria extendió sus patas y se plantó al lado de la tienda.

Fue entonces cuando Grif abrió una caja metálica muy maltratada. Partes, cada una hecha a mano a partir de lo que Grif había conseguido mendigar, pedir prestado o robar, yacían amontonadas en su interior.

Sacó las piezas una a una, sosteniéndolas hacia la menguante luz y soplando polvo imaginario de su mecánica. Cada unidad hacía un satisfactorio *clic* cuando encajaba con la siguiente. El objeto, al que Grif llamaba «Fido», tenía forma de bumerang y estaba equipado con un surtido de sensores. La miniatura voladora estaba diseñada para permanecer en el aire durante toda la noche, buscar signos de peligro, y alertar a Grif si algo aparecía. La máquina pitó como si cobrara vida y se agitó mientras su giroscopio giraba.

El colono verificó las lecturas de la máquina, se aseguró de que todos los sistemas estaban en verde, y lanzó el dispositivo desde un acantilado cercano. Fido se impulsó hasta una corriente térmica, estableció su célula de energía en modo de espera, y se elevó hacia el cielo cada vez más oscuro.

Grif comprobó un monitor, verificó la calidad de los holos entrantes, y volvió a sus tareas. Los gra estaban a medio ascenso de la colina para entonces, abriéndose camino a través del pedregal, y mordisqueando plantas resistentes y correosas. Una serie de acantilados los mantendría a esa altura hasta que llegara la mañana.

Media hora más tarde, con un vaso de lo que los lugareños denominaban «Viejo Fiel» haciéndole compañía y una fabulosa vista de la puesta de sol, Grif llamó a su esposa.

Carole Grawley estaba esperando la llamada y sonrió cuando levantó el auricular.

—¿Grif?

—Hola, cariño… Estoy sentado en lo alto de la colina 461… y todo está bien.

Carole llevó el comunicador afuera, al trozo plano de tierra compacta que ellos llamaban en broma «el mirador». La casa, que había sido excavada en una ladera veinte kilómetros al sur del Fuerte Ninguna Parte, daba al sur para aprovechar el sol del invierno. La colina 461 estaba al suroeste de su posición, y Carole miró en esa dirección.

—¿Qué tal la puesta de sol? Parece maravillosa desde aquí.

Grif imaginó la cara de su esposa, todavía hermosa a pesar del surco de una profunda cicatriz, y sonrió…

—Es preciosa, cariño… justo como tú.

Carole Grawley sonrió, sabía a qué se refería, y cambió de tema.

—La bomba está dando problemas otra vez. Tengo agua potable, y suficiente para el jardín, pero el sistema de riego está seco. Los cultivos han comenzado a decaer.

Grif pensó en el hecho de que los granjeros de cueva tenían toda el agua que podían usar y se preguntó si ellos estaban en lo cierto. «Montañeo» era el nombre que ellos utilizaban para describir lo que él y su esposa hacían, era mucho más difícil de lo que había sido en Sulon. Por supuesto, trabajar en el interior de una cueva, usando luz canalizada desde la superficie, también tenía sus desventajas. Como estar encerrado. Grif echó un trago de su bebida.

—Ningún problema, cariño. Arreglaré a la vieja Jenny en cuanto vuelva.

Carole Grawley sonrió ante la propensión de su marido a poner nombres a la maquinaria y observó el sol desaparecer más allá del horizonte occidental.

—Sé que lo harás, Grif… ten cuidado ahí fuera.

—Cuenta con ello —contestó Grif—. Asegúrate de poner las alarmas de perímetro. Llamaré mañana.

—Te quiero…

—Yo también te quiero… buenas noches.

Sin ningún sol que lo calentara, el aire se enfrió rápidamente. Grif era capaz de ver su aliento para cuando terminó de cenar y el primero de los tres satélites de Ruusan apareció sobre el horizonte oriental. Los contrabandistas que construyeron el Fuente Ninguna Parte se referían a las lunas como «las trillizas» y juraban que había ruinas en una de ellas. Para Grif eso no suponía ninguna diferencia. Tenía otras cosas de las que preocuparse.

El colono terminó su bebida, se sirvió otra, y comprobó las lecturas del escáner de Fido. El volador, que rodeaba la colina en intervalos regulares de cinco minutos, le aseguraba que todo estaba bajo control.

Los 136 gra estaban contados, ningún depredador se había infiltrado en el área, y las condiciones atmosféricas eran normales.

De hecho, la única anomalía, si se la podía llamar así, era que la red planetaria de dieciséis satélites combinados de meteorología y vigilancia había desaparecido del aire. No era algo inaudito, pero sí inusual, especialmente a la luz del hecho de que los contrabandistas que habían puesto las máquinas en órbita eran fanáticos del mantenimiento.

Sin embargo, las cosas podían salir y salían mal, y Grif asumió que el problema sería identificado y posteriormente arreglado.

La tercera luna ya se había alzado para entonces y, con la ayuda de sus hermanas, arrojaba un tenue manto blanco a lo largo del paisaje. Grif terminó la segunda bebida, consideró una tercera, y supo que Carole lo desaprobaría.

Siendo ese el caso, sacó los electrobinoculares de su lugar en el deslizador y caminó hasta el punto más alto de la colina. Había muy pocas posibilidades de que pudiera divisar a los esquivos nativos, rebotando y flotando sobre el terreno, pero nunca dejaría de intentarlo. Lo que algunos de sus compañeros colonos miraban con miedo y aversión, él lo consideraba hermoso y fascinante.

Grif cambió los electrobinoculares a infrarrojos, eligió una zona en el horizonte sur, y escudriñó el área.

Rocas, todavía calientes por el sol, relucían verdes en el visor. Luz atravesaba la pantalla a medida que un corredor de arbustos se desplazaba de un lugar a otro. Movió las gafas más hacia la derecha… y fue entonces cuando vio la forma reveladora de un brincador. Redonda, como una pelota. El colono sintió su pulso golpear con fuerza mientras presionaba el control de aumento. La imagen se hizo más grande.

Pero espera, algo estaba mal, *muy* mal. La firma térmica era demasiado grande, demasiado intensa, y estaba demasiado alta en el aire.

Grif sabía cuánto les gustaba a los indigs rodar con el viento, rebotar en el aire, y flotar hasta que la gravedad vencía. A veces llegaban a cincuenta o sesenta metros de altura con un buen brinco, pero este objeto estaba muy por encima de eso.

Así que, ¿qué podía ser? Lo que fuera tenía la capacidad de flotar… y moverse *contra el viento dominante*. Grif observó cómo el globo verde brillante se hacía más grande, se dio cuenta de que iba hacia él y sintió su estómago dar un vuelco. Dado que él podía ver eso… ¡*eso* podía verlo a él!

Recuerdos pasaron por su mente, recuerdos de un droide sonda imperial deslizándose entre la niebla, recuerdos de rayos de energía que atravesaron las paredes de su casa y el conocimiento de que no tenía forma de detenerlos.

Recordó la explosión, las llamas y el sonido de los gritos de Katie. Recordó cómo Carole intentó entrar en la casa, cómo él la sacó, y cómo la estructura se derrumbó unos segundos después.

Carole había estado en llamas para entonces, gritando el nombre de su hija, pateando y mordiendo mientras él la alejaba. Todo porque la familia había tomado parte en una valiente pero inútil protesta contra la presencia imperial en Sulon. Un líder rebelde llamado Morgan Katarn los sacó de allí (y los llevó a Ruusan), pero no había forma de escapar de los recuerdos.

Grif observó cómo la imagen crecía y supo que se había fijado en el calor que irradiaba el aerodeslizador. La única pregunta era si el droide había sido lanzado por un crucero imperial en su marcha a través del sistema… o por una nave en órbita. La primera teoría era consistente por la manera en que se sabía que las naves exploradoras imperiales operaban, mientras que la segunda explicaría por qué los satélites meteorológicos habían desaparecido del aire.

No suponía mucha diferencia, ya que el curso de acción era el mismo. Destruir la sonda, avisar a los demás, y esperar lo mejor. Era todo lo que Grif o cualquier otro podía hacer.

El corazón del colono palpitaba contra su pecho mientras corría colina abajo, se detuvo y utilizó su cuchillo de caza para cortar los amarres. El deslizador crujió cuando subió a bordo.

Sus dedos encallecidos manipularon los controles, aparecieron hileras de luces y el motor repulsor cobró vida. La máquina se sacudió ligeramente cuando se elevó, vaciló

cuando la energía trató de cruzar dos contactos desgastados, y se estabilizó cuando Grif ajustó cuidadosamente los controles.

Entonces, con Fido todavía dando vueltas por encima, el colono despegó. Se puso de pie para mejorar su visibilidad y sintió la presión del viento contra su cara. La luz de la luna brillaba sobre la carcasa pulida del droide. Se dirigió hacia el reflejo y deseó tener un plan.

—En caso de duda, improvisa —murmuró Grif para sí mismo, cogió el rifle bláster que colgaba en la banda de babor y le quitó el seguro. Una luz verde de «preparado» apareció mientras apoyaba el cañón en la parte superior del parabrisas y presionaba el gatillo.

El haz de energía surgió, falló a la sonda por unos buenos veinte metros y desapareció.

Grif corrigió su puntería, disparó de nuevo y vio el disparo impactar. El disparo incapacitó uno de los sensores del droide, arrancó el brillo de unos pocos centímetros cuadrados de la carcasa de aleación y desencadenó una respuesta pre-programada.

La sonda venía equipada con cuatro cañones de energía, uno para cada punto cardinal, y activó uno de ellos. El lado derecho del parabrisas desapareció cuando un haz de energía lo atravesó.

Grif maldijo, puso al deslizador en un giro lo más cerrado que pudo, y vio otro rayo pasar a través del espacio que acababa de dejar. La lucha, si así es como podía llamársele, era cualquier cosa menos justa. Lo que él necesitaba era una forma de igualar las probabilidades.

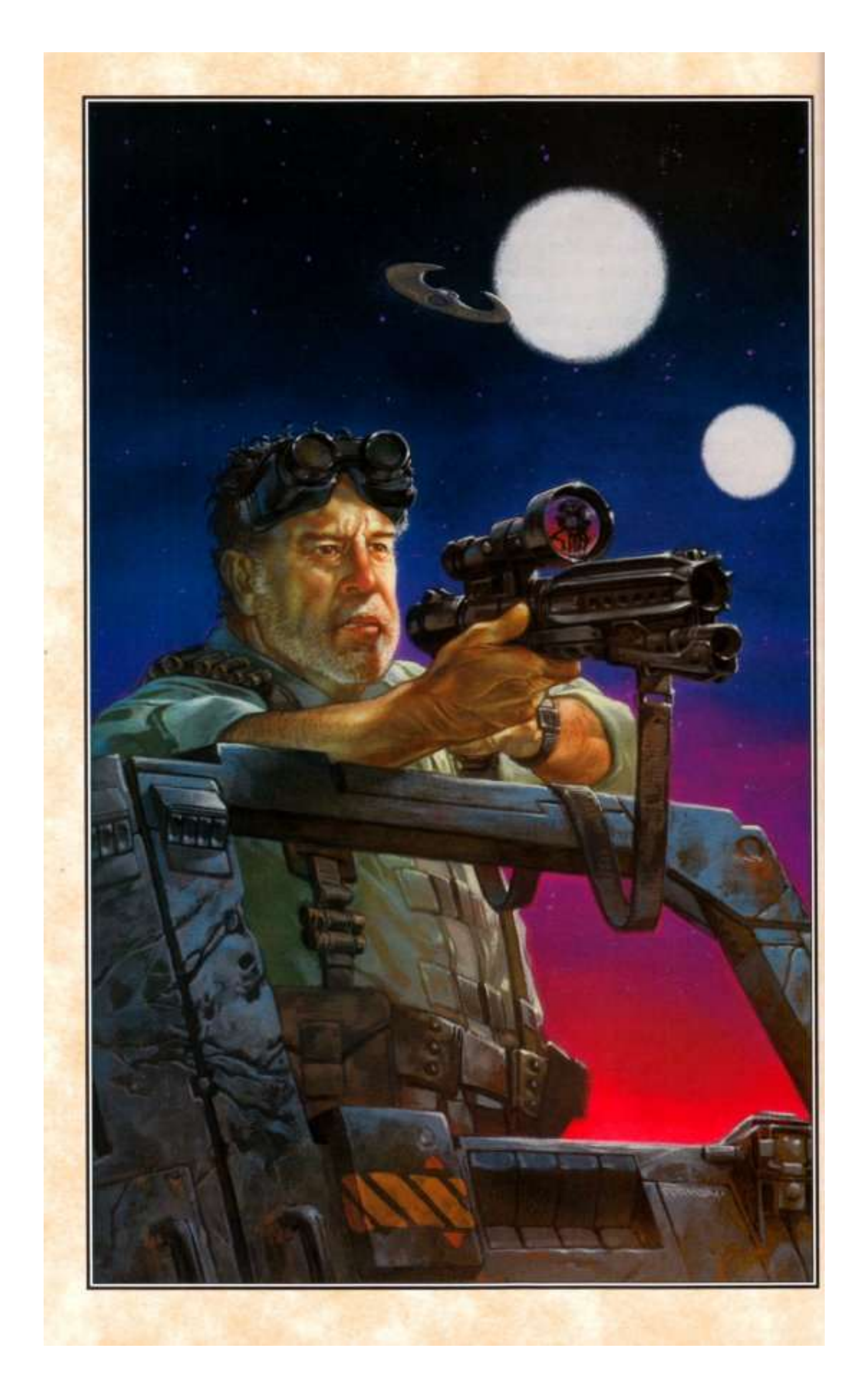
El colono impulsó el deslizador abajo, hacia la superficie. Cuanto más descendiera, más energía podría convertir en inercia de avance. El hecho de que el droide se viera obligado a comprometer más de su capacidad informática de a bordo para la navegación a baja altura contaba como un bono.

Grif conocía el territorio por delante… y sabía que se elevaba. Una cresta apareció, y él se dirigió hacia la grieta con forma de V de la parte superior. Haces energéticos pasaron a su lado, golpearon un afloramiento y lo derrumbaron. El deslizador lo atravesó, viró hacia la derecha y rodeó el lado sur de la cresta.

El droide disparó a través de la grieta, perdió la señal térmica del deslizador entre el calor que radiaba de las rocas, y cambió a las holocámaras.

Grif detuvo el deslizador momentáneamente, se hizo con el control remoto del panel de control y agarró el rifle bláster. Luego, rezando para que hubiera suficiente tiempo, el colono se bajó por un lado.

Sus rodillas se doblaron para absorber el choque, el rifle repiqueteó cuando golpeó el suelo, y el control remoto llenó su puño. Activó el botón de «encendido», movió un mando hacia delante y observó a la máquina acelerar. La sonda alteró su curso y disparó. El disparo falló. Hasta ahora, todo bien. Ahora a por la segunda y más importante parte del plan…



Grif giró el mando direccional hacia la derecha, esperó a que el aerodeslizador respondiera en consecuencia, y maldijo cuando no lo hizo. Como gran parte de su equipo casero, el control remoto tenía tendencia a fallar. Lo intentó otra vez con resultados similares.

La sonda disparó, el deslizador se tambaleó bajo el impacto directo, y Grif giró el mando direccional hacia la izquierda. Funcionó en esta ocasión, el siguiente disparo falló, pero la máquina humeaba. El colono hizo rechinar los dientes, retorció el mando todo lo que pudo y vio el deslizador girar hacia su atacante. El droide disparó, destrozó lo que quedaba del parabrisas y se dispuso a terminar lo que había empezado.

El deslizador completó su giro. Grif centró el mando direccional, dio gracias al ver al vehículo tambaleándose en la dirección correcta, y empujó el mando al máximo.

—Lo siento, vieja chica, pero no hay ninguna otra manera.

El aerodeslizador cogió velocidad, descendió un tanto mientras el motor trataba de compensarlo, luchando por elevar el vehículo. La sonda disparó, falló, y activó un láser de precisión.

Grif esperó, *deseó* que el deslizador soportara otros cinco segundos de castigo, y lo animaba mientras lo conseguía.

—¡Eso es chica! ¡Puedes hacerlo!

El droide disparó y estaba todavía en proceso de disparar cuando el deslizador impactó, y ambas máquinas explotaron. Una flor roja y anaranjada floreció; enviando largos zarcillos ardientes hacia el cielo; y poco después dejó de existir. Grif observó los restos caer al suelo y sintió euforia momentánea seguida rápidamente por desesperación.

Los imperiales habían encontrado Ruusan, y el sueño había terminado. Nada sería lo mismo otra vez. La vida, por difícil que hubiera sido, estaba a punto de empeorar.

El colono consideró sus opciones. Los contrabandistas diseñaron el Fuerte Ninguna Parte para resistir un asalto. Suponiendo que la sonda hubiera sido lanzada a la atmósfera del planeta por una nave de paso, o que perteneciera a una nave exploradora débilmente armada, todavía tenían una oportunidad. *Si* él podía advertirles. *Si* ellos le escuchaban. *Si* ellos tomaban medidas.

Su transporte estaba desperdigado por todo el campo, y el Fuerte Ninguna Parte estaba aproximadamente a cincuenta kilómetros de distancia. ¿Qué estrategia debía seguir? ¿Caminar hasta allí? ¿O volver a la colina? El sistema de comunicaciones estaría donde lo dejó, colocado en la parte superior de la despensa alimentaria. Pero, ¿y la subida? ¿Y si se caía? Una posibilidad plausible dada la carencia de equipo de escalada.

Grif suspiró, esperaba que el Alfa mantuviera al rebaño unido, y agarró el rifle bláster. Tenía un peso reconfortante. Giró hacia el norte y comenzó a caminar. Tenía un largo camino por recorrer y nada mejor que hacer.



La habitación, que era la más grande que el *Venganza* podía ofrecer, era casi dolorosamente espartana. Sin estantes, sin imágenes y sin recuerdos. Nada salvo un catre estándar, un sillón personalizado y un tazón cristalino lleno de piedras multicolores.

Algunos de los pocos privilegiados que podían entrar en la habitación asumían que la falta de ornamentación se originaba en el hecho de que Jerec era ciego y supuestamente le desinteresaba aquello que no podía ver.

Estaban equivocados.

Otros creían que las condiciones espartanas eran el resultado de la severa disciplina que el Jedi se imponía a sí mismo.

También estaban equivocados.

La verdad, así como el hombre a quien pertenecía, era más complicada que eso. Las cosas materiales no significaban nada para Jerec (no a menos que aumentaran su poder), salvo que tener poder significaba tener objetos materiales cuándo y dónde quisieras.

Jerec se asentó en su silla, la sintió ajustándose a su cuerpo y permitió que la segunda sinfonía de Borna fluyera a su alrededor. El compositor fue un rebelde… y la música oscura y deprimente que el Jedi tanto disfrutaba había sido una protesta contra el gobierno imperial. Fue una lástima que Borna muriera tan joven, pero el arte y la política no son buenos compañeros de cama.

Jerec sonrió y condujo sus dedos al tazón. Las piedras tenían una variedad de formas, tamaños y texturas. Algunas eran lisas y frías al tacto, mientras que otras eran gruesas y poseían calor interno.

El Jedi seleccionó la que sintió con forma de estrella, la colocó bajo su nariz, y abrió la carcasa. El aroma a flores silvestres entró en sus fosas nasales formando un contrapunto con la música, y le transportó lejos de allí. Imaginó el futuro, el trono sobre el que se sentaría, y el poder que ejercería. Todo gracias al planeta situado por debajo… y al secreto escondido allí.

La llamada fue tan suave que Jerec podría haberla ignorado si hubiera elegido hacerlo. Pero sabía quién era y quería escuchar su informe.

—Adelante.

Sariss era joven, hermosa, y vestía de negro. Sus labios, uñas y collar de un rojo sangre hacían que el negro pareciera aún más negro. Entró en la habitación, permitió que la escotilla se cerrara y esperó a que Jerec hablase. Él recorrió con sus dedos las piedras, encontró una con forma de triángulo, y se la ofreció.

—Para ti, querida.

Sariss observó la golosina con molestia y suspicacia. Era la manera de Jerec de mantener su poder sobre ella. Un juego que debía ser jugado. ¿Debería ella comérsela? ¿Romperla y esnifarla? Podía preguntarle a Jerec y simbólicamente reafirmar la superioridad de él, o bien arriesgarse. La Jedi había pasado por esto antes. Recordaba la forma en que la carcasa se abrió, el hedor que llenó el aire, y la risa de Boc. Fue una experiencia absolutamente desagradable y humillante.



Jerec, quien podía imaginarse su dilema, sonrió.

—¿Qué? ¿Rechazas mi regalo?

Sariss se armó de valor, cogió la piedra de sus dedos y se la llevó a la boca.

—En absoluto… gracias por el obsequio —la piedra se disolvió, sirope con sabor a vainilla inundó su boca, y Jerec se rio entre dientes.

—¡Muy bien! ¡Estoy impresionado! Ahora, dime lo que has averiguado.

Sariss tenía una mente muy perceptiva. Desgranó los hechos a partir de su memoria.

—Fase uno del reconocimiento completada. Fase dos en progreso.

Sariss mostró un holoproyector portátil y presionó un botón. Un retrato de Ruusan llenó el centro de la habitación. Jerec no podía verlo… pero le gustaba que sus subordinados pretendiesen que podía. Hacía que el Jedi pareciera omnisciente, lo que añadía más misticismo al que ya se asociaba a su nombre. La imagen comenzó a rotar, y Sariss la utilizó para centrar sus pensamientos.

—La atmósfera y la gravedad están dentro de los parámetros Clase Tres. El mapeo superficial está completo al 93,4 por ciento. Exploraciones de superficie y subsuelo revelan importantes yacimientos minerales, incluyendo hierro, cobre, cesio, iridio, níquel, uranio y muchos más. De igual interés son siete minas ya explotadas, todas tienen miles de años, ninguna en producción actualmente.

—¿Están cerca o en la zona objetivo?

—No, milord. A pesar de que los sondeos del subsuelo confirman un amplio sistema de cuevas dentro de los límites del valle, no están asociadas con importantes yacimientos minerales. Y aunque las instalaciones necesarias para procesar mineral podrían haber desaparecido durante el paso de los milenios, las sondas no encontraron ninguna señal de residuos.

Jerec asintió.

—Continúa.

—El planeta mantiene dos culturas: la primera consiste en aproximadamente 20.000 seres inteligentes preindustriales. Parecen ser indígenas, aunque artefactos superficiales sugieren que otras especies también vivieron aquí, planteando la posibilidad de que se originaran en otro lugar.

—Sí —convino Jerec—. Las leyendas hablan de muchas especies… y una rica civilización. Cuéntame más acerca de los humanos.

Sariss se encogió de hombros.

—No hay mucho que contar… Basura espacial en su mayoría, mezclados con disidentes. Las sondas mantuvieron las distancias pero fueron capaces de monitorear y grabar su tráfico de comunicaciones. El análisis de contenido, combinado con el mapeo de llamadas, confirma que la mayoría de los humanos viven y trabajan en las proximidades de una instalación militar de Clase Dos.

Las cejas de Jerec se levantaron disparadas.

—¿Una instalación militar?

—Sí, milord. Parece que una banda de contrabandistas utiliza Ruusan para almacenar su contrabando y construyeron el fuerte para proteger su propiedad. Lo llaman «Fuerte Ninguna Parte». Un nombre bastante apropiado, considerándolo todo. Nuestras fuerzas atacarán mañana.

—No —dijo Jerec con firmeza—, no lo harán. No sin una visita. Llévate a Yun y a Boc. A ver qué podéis averiguar. Infórmame.

El hecho de que Jerec hubiera considerado oportuno contradecir sus planes enrojeció la cara de Sariss. Su aprobación significaba mucho para ella, y ella trabajaba duro para mantenerla. No estar de acuerdo con las órdenes de Jerec era hacer de una mala situación una incluso peor. Se aclaró la garganta.

—¿Puedo preguntar por qué, milord? ¿Ese tipo de visita no les pondrá en alerta? ¿Y causará más bajas entre nuestras tropas?

Jerec se permitió fruncir el ceño.

—¿Dudas de nuestra capacidad para ganar?

—No, milord. Por supuesto que no.

—Bien. Hay razones para mis órdenes incluso cuando no son aparentes para ti. Esta gente ha vivido en el planeta por un tiempo. ¿Conocen el Valle? Y si lo conocen, ¿han saqueado las cámaras? Y si lo han hecho, ¿qué ha pasado con los materiales encontrados allí?

Eran preguntas inteligentes, y el hecho de que ella no las hubiera considerado llevó aún más sangre a las mejillas de la Jedi. Ella se inclinó, aseguró a Jerec que sus órdenes serían implementadas, y retrocedió hacia el pasillo.

Jerec esperó hasta que su subordinada salió, permitió que sus dedos recorrieran las piedras, y se encontró con una sorpresa. Una tenía la forma de Ruusan y era fría al tacto. Se la llevó a los labios e hizo estallar la esfera en su boca rompiendo la carcasa. El licor sabía a canela y tenía un suave intoxicante. Sonrió, pensando en la vergüenza que Sariss había pasado, y rio a carcajadas.



Grif estaba cansado, *muy* cansado. Estaba en mejor forma que la mayoría de los hombres de su edad (no, que los de la *mitad* de su edad), pero cincuenta kilómetros es un largo camino que recorrer. El sol había salido y se había puesto desde la batalla con el droide.

Hizo una pausa, se tomó un momento para comprobar su estela, y emitió un gruñido de satisfacción. El cielo estaba despejado, las trillizas estaban arriba, y no había nada que ver. Ni droides, ni esquifes, ni motos deslizadoras siguiéndole para atraparle. Tal vez la sonda había estado por *su* cuenta. Sin duda eso esperaba.

Las montañas habían obligado al colono a dirigirse hacia el oeste. Suponiendo que tuviera razón, y ésta fuera la ladera trasera de la «Colina de Katarn», estaba casi allí.

Grava se deslizó bajo las botas del colono. Maldijo, resistiendo la tentación de usar el rifle bláster como un bastón, y luchó para seguir subiendo.

El hedor de un barranco lleno de basura confirmó su habilidad como navegante. Grif arrugó la nariz, se apresuró a dejar el olor tras él, y llegó a la cima de la colina.

Las casas, muchas de las cuales fueron emplazadas con la ayuda de Morgan Katarn, estaban medio enterradas en el suelo, una estrategia que ayudaba a que permanecieran frescas durante el día y calientes durante la noche.

Una dispersión de rectángulos de color amarillo-anaranjado señalaba la ubicación de ventanas y daba a entender lo acogedor de las viviendas. Grif pasó de largo. Era tarde, y eso significaba que la mayoría de los líderes electos y no-electos de la colonia estarían reunidos dentro del Descanso del Contrabandista, con bebidas a mano.

Grif se relamió los labios ante el pensamiento, ignoró el medio domado corredor de arbustos que arremetió contra el extremo de su cadena, y siguió el trillado camino hacia el fuerte. Escuchó un fragmento de conversación, el cierre de una puerta, y el chirrido de una multiherramienta. Sonidos comunes que encontraba reconfortantes.

El Fuerte Ninguna Parte fue construido con la forma de una estrella de seis puntas. Cañones bláster habían sido montados en cada una de las puntas de la estrella… una estrategia que situaría a los atacantes ante un fulminante fuego cruzado. Los cañones, además de baterías de misiles ocultas, eran una potente amenaza contra cualquier cosa excepto un asalto imperial, asalto imperial sobre el cual había ido a advertir.

—¿Quién anda ahí? —preguntó una voz desde las sombras con un tono que parecía indiferente.

El colono se detuvo.

—Grif Grawley.

El centinela, un contrabandista llamado Horley, salió a la luz de las lunas.

—¿Grif? Carole ha llamado. Estaba preocupadísima.

—Iré con ella —prometió Grif—. Tan pronto como pueda. ¿Dónde está el tipo gordo que se cree el alcalde?

Horley se rió entre dientes.

—Donde siempre, holgazaneando en el Descanso, quejándose del Imperio.

—Bien. Mantén los ojos abiertos… o podría haber aún más de lo que quejarse.

El centinela quiso preguntar qué significaba el comentario, pero Grawley se había ido. Horley tiritó, culpando al viento frío de la noche se volvió hacia las tierras baldías. Las nubes taparon a las trillizas, y las tinieblas oscurecieron la tierra.

Grif escuchó el Descanso del Contrabandista antes de verlo realmente. La música, popular en Corellia dos años antes, era matizada con risas y el *booong* del gong de la bebida. Alguien había invitado a una ronda.

Grif rodeó una esquina, asintió a un viajero espacial que pasaba y anduvo a trancos la anchura del patio interior. Las excesivamente familiares puertas se abrieron al tacto de su mano, y él parpadeó ante la repentina luz. La barra había sido fabricada a partir de un tanque de combustible dañado y alineada a un lado de la sala. Una docena de mesas desiguales ejercían de islas sobre el suelo rara vez barrido. Las paredes, que estaban

cubiertas con un espontáneo collage de recuerdos, habían incitado muchas historias. Había quince o veinte personas presentes. Se giraron cuando él entró en la sala.

—¡Mirad! —exclamó alguien—. ¡Es Grif Grawley! ¡Oye, Grif! Carole está buscando voluntarios. No vas a conseguir ningún porteador, ¡ya lo sabes!

Hubo un coro de carcajadas cuando los parroquianos se rieron a costa de Grif. Recordaban una noche seis meses antes, en la víspera del cumpleaños de la pequeña Katie, cuando Grif intentó anestesiarse con una botella entera de Viejo Fiel. Llamaron a Carole y, con la ayuda de los parroquianos, le cargaron en un deslizador.

La ira ardió en su interior… ira y resentimiento.

Grif giró hacia su derecha, disparó desde la cadera y observó el sistema de sonido explotar. El silencio se hizo presente… interrumpido solamente por el goteo de los ingredientes licuados y el zumbido monótono del refrigerador. El alcalde Devo, con la panza colgando sobre su cinturón, fue el primero en recuperarse. Se puso en pie. Su rechoncho dedo índice apuñaló el aire.

—¡Ya es suficiente! Hemos tenido suficiente, Grif Grawley. Deja el arma en el suelo y da tres pasos atrás.

El colono no hizo ningún esfuerzo por obedecer. Buscó en su chaqueta, encontró el pedazo de metal plano y lo sacó. Hizo un ruido metálico cuando golpeó la mesa.

Devo bajó la mirada y la levantó de nuevo. Frunció el ceño.

—¿Y esto qué se supone que es?

—Una placa de identificación. Léela.

A regañadientes, con la cara enrojecida por la ira, el alcalde hizo como le habían dicho. Las palabras parecieron hacer eco a través del bar.

—Droide Sonda Imperial DS 4786. ¿Y? ¿De qué va esto?

Grif dejó que sus ojos vagaran por la sala.

—Me he enzarzado con un droide sonda imperial, le he embestido con mi aerodeslizador y he caminado hasta aquí. Podría ser una sonda solitaria, arrojada a nuestra atmósfera por una nave de paso, o podría ser parte de algo mucho peor. Sugiero que recojáis lo que podáis, montéis a vuestras familias en deslizadores y me sigáis. Hay lugares donde podéis esconderos.

Por un momento hubo silencio seguido de un completo caos. Parecía como si todo el mundo tuviera algo que decir.

—¡Sacad al idiota de aquí!

—¿Y si tiene razón? ¿Cómo nos han encontrado?

—Os dije que esto podría pasar…

—Grif no reconocería a un droide sonda ni aunque estuviera flotando en su whiskey…

Grif golpeó el gong con una botella medio vacía de Viejo Fiel. El farfulleo cesó. Grif analizó las caras ante él.

—Creed lo que queráis. Sin embargo, una pregunta. ¿Cómo explicáis el hecho de que los satélites meteorológicos estén caídos? No sólo uno… todos ellos.

El colono se volvió hacia una mujer llamada Peeno. Era la segunda al mando del Capitán Jerg… y algunos dirían que algo más que eso.

—¿Qué hay de eso, Marie? ¿Ya tienes esos satélites arriba y funcionando?

La contrabandista, una mujer con el pelo rojo corto y un pendiente en la nariz, negó con la cabeza.

—Todos cayeron casi al mismo tiempo. No hemos podido contactar con ellos desde entonces.

Grif insistió.

—¿Qué hay de las naves? ¿Hay alguna en órbita?

Jerg había partido más de treinta días antes y se había llevado las lanzaderas con él. Todos sabían que se había ido, y todo el mundo sabía que pasaría otro mes antes de que volviera. Peeno negó con la cabeza otra vez.

Grif asintió.

—Tal como pensaba. Meted las cabezas bajo el ala… y moved vuestros culos. Buena suerte, porque la vais a necesitar.

Diciendo esto, el colono tomó un largo trago de la botella que estaba en su mano, la dejó con un golpe, y echó una moneda en la barra. Esta giró, cayó, y aterrizó boca arriba.

Grif estaba a medio camino a través del patio cuando comenzó el griterío… y a sólo veinte kilómetros de casa. Estaría bien ver a Carole.



El sol ya había salido hacía algún tiempo para cuando la lanzadera de asalto imperial se aproximó desde el sur. Hizo una serie de círculos, cada uno más estrecho que el anterior, como si los que iban a bordo hicieran turismo, lo cual en cierto modo hacían.

Sariss soltó su arnés de seguridad, entró en la cabina y miró sobre las cabezas de los pilotos. El Fuerte Ninguna Parte relucía entre el calor reinante.

—Vaya vertedero.

Yun, un joven casi aniñado Jedi con una mata de pelo castaña, se movió para unirse a ella. En parte porque era curioso… y en parte porque ella era su mentora.

—Eso seguro. No sé de qué escaparon, pero debió ser muy malo.

—Fue muy malo —convino Boc mientras se situaba por detrás de ellos—. Huyeron de nosotros.

La cabeza de Peeno giró siguiendo a la lanzadera junto con el cañón de energía del fuerte. Llevaba unos auriculares, armadura de torso y su rifle bláster en ristre. El artillero número tres, un colono llamado Dinko, quería disparar.

—¡Puedo alcanzarla, teniente! Sólo dígalo.

La lanzadera viró, y Peeno giró con ella.

—No es una buena idea, Dinko. Esa nave de asalto no ha venido ella sola. Hay al menos una nave, tal vez más, en órbita. Si quisieran matarnos, ya lo habrían hecho.

Desconecta tu arma… y eso también va para el resto. Quieren hablar, así que vamos a darles la oportunidad.

La lanzadera se acercó, dando la oportunidad a los colonos de echar un vistazo a los números de registro pintados en su vientre, y aterrizó en la plataforma. Gravilla se esparció a los lados, y el ruido atrajo aún más a los ciudadanos del Fuerte Ninguna Parte al lugar.

Los colonos habían esperado soldados de asalto, seguidos por un oficial, en cambio se llevaron una sorpresa. Ojos y bocas se abrieron con sorpresa cuando Sariss, Yun y Boc salieron de la nave.

—¿Quiénes son?

—¡Tienen sables de luz!

—¿Qué hace aquí un cabeza de gusano?

—¿Qué os pasa gente? ¡Disparadles!

El último comentario vino de un colono llamado Lasko. Su primera esposa dio su vida defendiendo el Pozo-G de Sulon. La mera visión de los imperiales le llenó de odio.

La intensidad de las emociones de Lasko envió ondas a través de la Fuerza. Sariss se detuvo, se volvió e identificó al colono entre la multitud. Lasko pareció sorprendido, se llevó las manos a la garganta y luchó por respirar. Su rostro se volvió azul, sus rodillas cedieron, y golpeó el suelo. Entonces, justo cuando la fuerza vital empezaba a abandonar su cuerpo, Sariss cedió.

Lasko sorbió aire hacia sus doloridos pulmones, se frotó la garganta y se puso en pie. Sus amigos y vecinos evitaban sus ojos mientras el colono se abría paso entre la multitud. Entonces, después de haber dejado a la multitud tras él, Lasko echó a correr. Ahora tenía una nueva esposa y un bebé de seis meses. Se montó en un deslizador y se dirigió hacia las tierras baldías, esperando lo mejor.

Sariss se regodeó con el miedo que la rodeaba. Gracias al colono, y a su bocaza, una lección había sido aprendida. Resiste, y morirás.

La multitud empezó a retroceder, a dispersarse, pero Yun negó con la cabeza.

—¿Qué prisa hay? Quedaros… así os mantendréis a salvo.

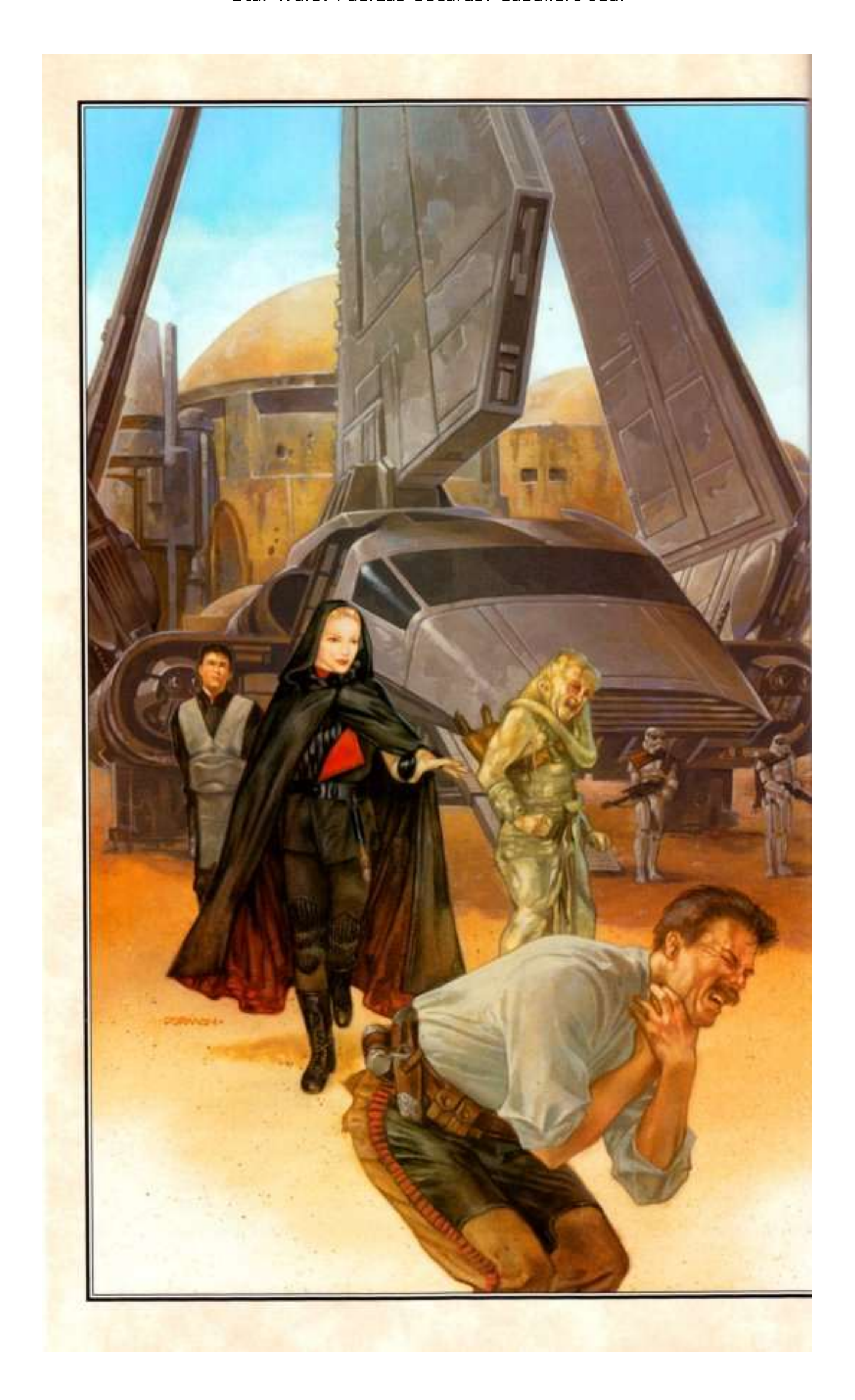
Boc se echó a reír, un sonido agudo y entrecortado que llenó de miedo los rostros de los colonos. Sariss se paró con las manos en las caderas.

—Bueno, ¿quién está al mando?

Hubo silencio, seguido de miradas de reojo y pies removiéndose. Fue entonces cuando el alcalde Devo fue empujado a codazos y con los hombros hacia delante. Una vez expuesto, el político trató de obtener el máximo de una mala situación. Se ajustó la barriga, encontró una sonrisa y dio tres pasos adelante.

—Ese soy yo… Alcalde Byron Devo III a su servicio. ¿Y usted es?

—Mi nombre no tiene importancia —respondió Sariss fríamente—. Lo importante es que tú, y tus traicioneros votantes, habéis establecido un asentamiento ilegal con propósito de contrabandear y evadir impuestos. Ambos cargos punibles con la muerte.



Devo tragó saliva, se dio cuenta de que sus manos habían subido a su garganta, y las obligó a bajar. Parecía como si la mujer lo supiera todo. Sin embargo, las palabras le habían sacado de problemas antes, y podían hacerlo de nuevo.

—No, no, ¡está usted completamente equivocada! ¡Deme una oportunidad para explicarlo!

Sariss pareció dudar.

—¿Tú *tienes* una explicación? Parece difícil de creer. Sin embargo, todo el mundo merece una oportunidad. Así se hacen las cosas en el Imperio… Llévame a tu oficina. Tendrás una, ¿no?

—¡Oh, sí! —balbuceó Devo felizmente—. Sígame…

La multitud se apartó para dejarlos pasar. Yun sonrió, y Boc se rio.

A Sariss le llevó menos de una hora llenar a Devo de falsas promesas, sacarle al político toda información relevante, y confirmar sus descubrimientos a través de conversaciones posteriores con Peeno y el encargado del tapcafé.

Yun, con la ayuda de Boc, utilizó el tiempo para examinar las defensas del Fuerte Ninguna Parte.

Más de 300 pares de ojos observaron a los Jedi subir a su nave y despegar. El alcalde Devo, deseoso de reafirmar su autoridad y recuperar la credibilidad que pudiera haber perdido, hizo un gesto obsceno.

—¡Eso es para vosotros y para el Emperador!

La lanzadera acababa de desaparecer en el horizonte cuando Peeno se acercó.

—Bueno, Byron, ¿qué piensas? ¿Por qué todo ese interés en ruinas y artefactos?

Debo tenía ojos pequeños, redondos y brillantes. Saltaron de aquí para allá.

—Supongo que por algo valioso. Algo por lo que merece la pena enviar una fuerza operativa a Ruusan.

Peeno asintió.

—Exactamente, así que guárdatelo para ti mismo. ¿Quién sabe? Quizá podamos encontrarlo nosotros.

Los ojos de Devo relucieron mientras visiones de valiosos tesoros bailaban en su cabeza.

—¡Podría ser nuestro, Marie! ¡Todo nuestro!

Peeno asintió, preguntándose si los imperiales eran tan estúpidos, y temiendo que no lo fueran.



El puente era grande y abierto como correspondía a una nave capital. Jerec, con las manos juntas detrás de la espalda, estaba de espaldas al área de mando. La tripulación, que ocupaba las trincheras semicirculares abiertas en la muy brillante cubierta, estaba pendiente de cada palabra. A él le gustaba eso. Proyectó su voz para que fuera escuchada.

—¿Y tu conclusión?

Sariss, al igual que Yun y Boc, todavía estaba a bordo de la lanzadera, terminando su informe. Un holo de su cabeza y hombros flotaba en el aire.

—Así pues, milord, basándome en entrevistas con miembros de la comunidad criminal y en la miseria en la que se ven obligados a vivir, parece seguro concluir que el Valle sigue sin ser descubierto.

Jerec hizo una pausa, permitió que la tensión se acentuara, y finalmente asintió.

—Concuerdo. Destruid el asentamiento.



El grupo de ataque imperial había estado reuniéndose durante más de veintiséis horas. La zona plana, rodeada de colinas, era un área de espera perfecta. Se había establecido una instalación de mantenimiento, se habían enterrado depósitos de combustible, y se había establecido un perímetro. La zona era patrullada por un par de caminantes AT-ST apoyados por soldados fuertemente armados.

La unidad, que dependería de la velocidad, la sorpresa y la fuerza abrumadora, consistía en cuatro lanzaderas de asalto y seis cazas TIE. Las naves estaban tripuladas por los mejores que la gran fuerza operativa podía ofrecer y estaban listas para la acción.

Sariss, con su cabello azotado por el viento del desierto, echó un último vistazo a las naves bajo su mando y habló a través de un micrófono de cable fino.

—Bien, conocéis el plan. Cazas TIE primero… naves de asalto en segundo lugar. Acabemos con ellos.

La Jedi sintió la rampa rebotar bajo su peso cuando entró en la nave. Se deslizó en el puesto de copiloto, se sujetó el arnés y asintió al piloto. Este aumentó la potencia, tiró de los controles y examinó las lecturas. La nave se elevó, se balanceó ante la brisa, y se alejó. El resto de lanzaderas la siguieron.

Los contrabandistas habían anticipado la posibilidad de un ataque desde el espacio, razón por la cual habían tenido los satélites. Sin embargo, una vez que el sistema de vigilancia orbital había sido neutralizado, y sin detectores terrestres de respaldo, el ataque habría cogido por sorpresa a la colonia si no hubiera sido por la visita de los Jedi. Aun así, incluso *con* previo aviso, sólo estaban preparados parcialmente.

Los cazas TIE llegaron primero, volando bajo y lento, con sus cañones escupiendo muerte. La descarga inicial perforó agujeros en los muros de tierra comprimida, destruyó la puerta sur y prendió fuego a un barracón de almacenamiento. El humo proveyó una excelente señalización y ayudó a orientarse a los pilotos durante los sucesivos ataques.

Las defensas de la fortaleza estaban atendidas… Peeno se había ocupado de eso. Las torretas giraban a medida que los artilleros rastreaban las naves que llegaban y Dinko gritaba con alegría.

—Me he cargado a uno de esos cretinos, teniente… ¡mira eso!

Peeno, que estaba dirigiendo el esfuerzo defensivo desde un búnker subterráneo, consultó sus monitores. No había muchos, y todos estaban situados sobre un viejo

módulo de carga, conectados a través de una maraña de cables. Vio un caza TIE explotar, vio escombros llameantes caer sobre la Colina de Katarn y supo que habría víctimas.

—Buen tiro, Dinko… sigue así.

—Tenemos cuatro lanzaderas de asalto entrantes… rango, treinta kilómetros.

Peeno no reconoció la voz… pero agradecía la información. El campo de visión del fuerte y el sistema de adquisición de blancos consistía en voluntarios equipados con electrobinoculares.

Ella se giró hacia su oficial de control de armas, un chico de dieciséis años con cara sombría y aptitud para la electrónica.

—¿Estado de los misiles?

—Listos…

—Prepara el lanzamiento… lánzalos.

El joven pulsó algunas teclas. Escotillas se abrieron, un vuelo de seis misiles se disparó hacia el cielo y voló a baja altura.

—¡Les tenemos! —dijo el adolescente entusiasmado—. ¡Les tenemos!

—Tal vez sí —respondió Peeno sin emoción—, o tal vez no. Prepara el vuelo dos.

Sariss observó impasible cómo el primer caza TIE explotaba, maldijo al piloto por tonto y sintió la lanzadera dar un bandazo a babor.

—Interferencia eólica —informó el piloto lacónicamente—. Misiles tierra-aire entrando… disparando aire-aire.

El piloto pulsó un botón y dos vuelos de cuatro misiles se alejaron. Sariss sintió la lanzadera sacudirse y vio explosiones de color rojo anaranjado poblar el cielo. El piloto mantuvo la cuenta.

—Tres, cuatro, cinco…

—Y seis —dijo Sariss secamente, cuando la lanzadera número tres se tambaleó, se desvió de curso e impactó en la ladera de una colina.

Poco después el fuerte ya estaba por debajo, todavía resistiendo, a pesar de que tres de sus torretas esféricas habían sido destruidas y de que había sido quebrada una sección de 40 metros del muro.

Figuras como hormigas se veían corriendo en todas direcciones, mientras que otras buscaban la comparativa seguridad de las cuevas subterráneas. Un caza TIE bajó en picado ametrallando, segó una fila completa de fugitivos y se alejó rugiendo.

—Desciende —dijo Sariss sombríamente—. Algunos de los criminales están escapando.

El piloto asintió, giró la nave bruscamente y activó el intercomunicador.

—Treinta hasta tierra… preparados.

Cuarenta soldados de asalto estaban hacinados en el área de carga. Hicieron una última revisión a sus armas y esperaron el momento del aterrizaje. Llegó con un sonoro golpe y una luz verde. La luz del día se hizo presente, la rampa cayó y un oficial comenzó a gritar.

—¡Vamos! ¡Vamos! ¡Vamos!

Y ellos fueron. Fuego terrestre apareció para saludarlos, uno cayó, el resto cargó.

La lanzadera se sacudió bajo el impacto de un misil portátil pero permaneció intacta. Sariss, quien estaba desarmada a excepción de su sable de luz, recorrió la rampa. Un haz de energía pasó al lado de su cabeza, impactó derribando a un soldado, y a ella la dejó intacta.

Fue entonces cuando vio a Devo, avanzando a trompicones para encontrarse con ella, su rostro contorsionado por el miedo.

—¿Qué estáis haciendo? Respondí a tus preguntas. ¡Prometiste dejarnos en paz!

La Jedi sonrió.

—¡Vaya, alcalde Devo! Encantada de volver a verte. Los políticos decís tantas mentiras que supuse que reconocerías una cuando la oyeras.

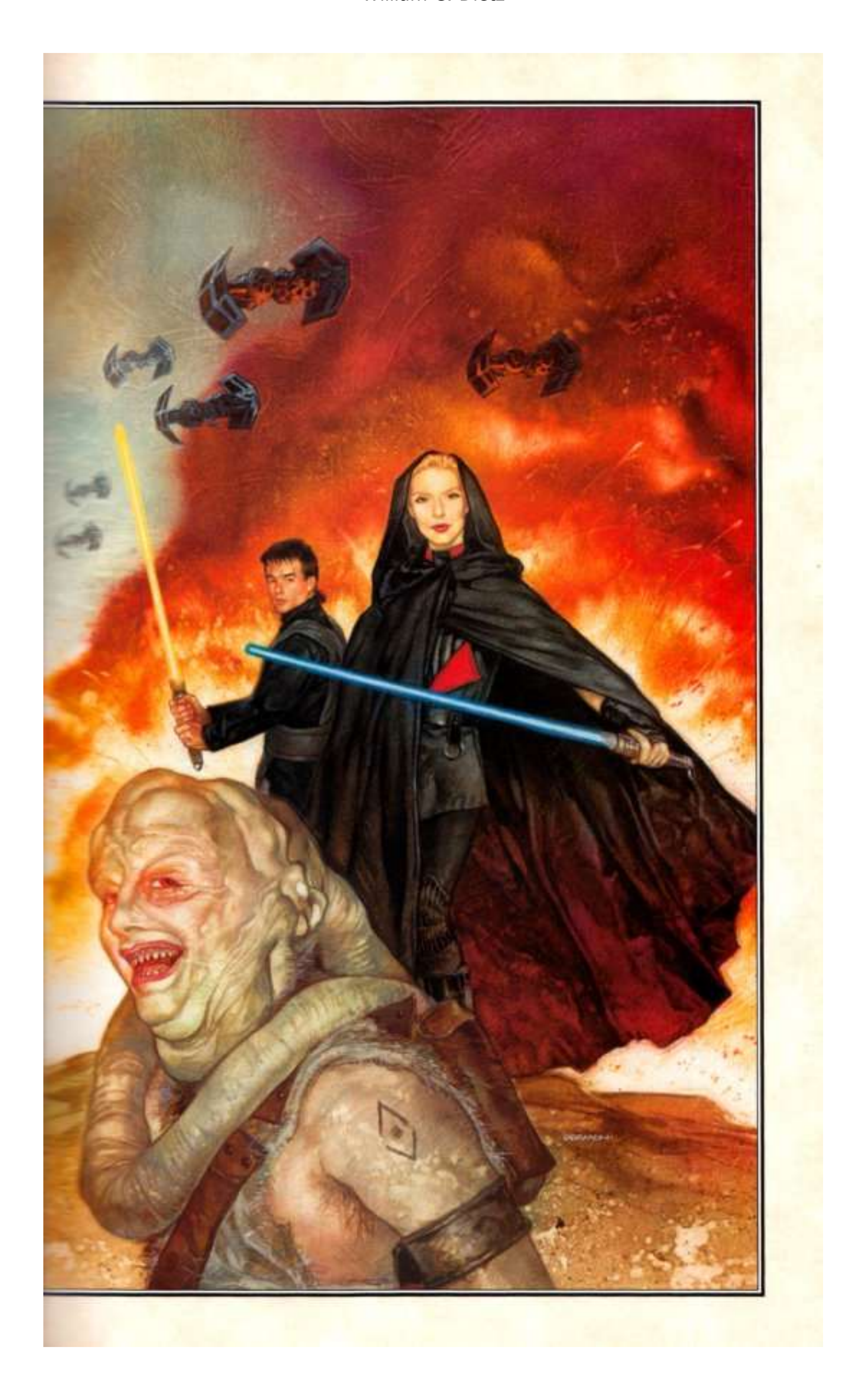
Sariss encendió el sable de luz. Este crujió y la hoja apareció. El colono, con los ojos como platos, intentó retirarse. Con un chisporroteo de energía, su cabeza se separó de sus hombros y rodó por una pendiente.

Tomó quince minutos someter el fuerte y otros veinte despejar las cuevas subterráneas. Algunos de los colonos habían logrado escapar, Sariss lo sabía, pero no estaba dispuesta a seguirlos. El largo y nada glamuroso trabajo de exterminio podía dejarse para suboficiales y soldados de asalto. Su tarea estaba hecha.

La Jedi esperó a que Boc rematase a un colono herido, ordenó a Yun que destruyera las granjas subterráneas, y subió a una colina cercana. Una vivienda semienterrada crepitaba mientras ardía, una mujer yacía muerta a pocos metros de distancia, y un gra luchaba por romper su atadura.

Sariss llegó a la cumbre, miró a través de las tierras baldías, y se preguntó cómo fue el planeta cuando las fuerzas de la luz y de la oscuridad se enfrentaron en las llanuras. Cuando un relámpago artificial quebró el cielo, cuando los Jedi cayeron como trigo ante una cosechadora, y el hedor de ozono llenó el aire.

El hecho de que se hubieran producido tales batallas era increíble, pero aún más sorprendente era el hecho de que los antiguos luchadores estaban aún allí… escondidos en su Valle… esperando a que alguien dominase su poder. ¿Jerec? Sí, probablemente, pero con ella a su lado. El viento barría las llanuras, haciendo que su capa revoloteara y llevándose el humo hacia el este. La primera batalla había sido luchada… y la primera batalla había sido ganada.



CAPÍTULO 2

Fuego salpicó el lado de babor de la *Nueva Esperanza* cuando un escuadrón de bombarderos TIE imperiales se abrió paso a través de las defensas rebeldes y lanzó sus torpedos de protones. Los escudos deflectores habían caído unos diez minutos antes… por lo que muchos de ellos estaban destinados a impactar.

Leia Organa sintió el casco estremecerse, se encontró con la mirada de Mothma y supo lo que ella estaba pensando. Los mejores días del acorazado ya habían pasado. En el pasado estacionada sobre Churba, donde sirvió como museo de guerra, la nave había sido un símbolo de la dominación imperial. Un símbolo que las fuerzas rebeldes habían robado y remolcado. La victoria fue en gran parte psicológica, pero un casco es un casco, y los rebeldes necesitaban naves. Siendo el caso, el acorazado experimentó una revisión completa, fue rebautizado como la *Nueva Esperanza* y apresuradamente puesto en servicio.

Aun así, dicho esto, la *Esperanza* no era rival para las nuevas naves de la mitad de su tamaño y servía como un CG móvil[1]. Había estado en órbita alrededor de Milagro un par de meses, donde había proporcionado la estructura de mando rebelde desde una plataforma espacial.

Es por ello que ambas mujeres sabían que el acorazado no tenía posibilidades contra un destructor estelar, se preguntaban por qué la nave imperial no se había acercado, y estaban agradecidas de que no lo hubiera hecho. Los bombarderos TIE eran una cosa, sin embargo las armas pesadas que el destructor podía desplegar eran algo muy diferente. No es que fueran a decir nada delante de la tripulación del puente. La moral estaba alta, y querían mantenerla así.

Los informes de daños continuaban llegando.

—La batería turboláser catorce ha recibido un impacto directo…

—Tenemos una fuga de presión en el compartimento A-Cuarentaitrés…

[1] CG; Cuartel General. En el original, HQ (*Headquarters*). *(N. del T.)*.

—La matriz de sensores de babor ha caído… junto con las cápsulas de escape de la sesenta a la sesenta y nueve…

La tripulación del puente, bajo el estoico mando de una mon calamari llamada Capitana Tola, reconoció los informes y asignó los recursos adecuados para tratar con ellos.

Mon Mothma, con el cabello aún húmedo por una ducha interrumpida apresuradamente, parecía serena como de costumbre. Un alfiler plateado aseguraba su túnica, que colgaba en pliegues ordenados.

—¿Alguna noticia del General Solo?

Leia sabía que la pregunta era retórica, pero respondió de todos modos.

—No, los tres escuadrones deberían estar al otro lado de Milagro en estos momentos, preparándose para lanzarse hacia aquí aprovechando la gravedad orbital.

Mon Mothma asintió con aire ausente. Había mucho que considerar. El primero de los tres escuadrones pertenecía a la *Esperanza* y consistía en pilotos de primera con cazas estelares ala-X casi nuevos. Los escuadrones dos y tres eran otra cosa. Los pilotos, muchos de los cuales aún se estaban recuperando de heridas recibidas anteriormente, habían sido reclutados en la nave hospital *Misericordia* y transportados a la superficie de Milagro. Una vez allí, se les asignaron una mezcolanza de viejos ala-Y, ala-X reacondicionados, y, milagro de milagros, dos ala-B acabados de preparar para la batalla.

Eran estas fuerzas, bajo el mando del General Han Solo, las que decidirían la batalla. *Si* podían encontrar el destructor estelar desde el cual se habían lanzado los bombarderos TIE, y *si* podían neutralizarlo. Añadido a la urgente necesidad de una victoria rebelde estaba el hecho de que un Grupo de Batalla había sido lanzado seis días antes. Una fuerza que podía regresar victoriosa o maltratada y necesitada de apoyo.

Todo lo cual planteaba otra pregunta: ¿habían sabido los imperiales que la *Nueva Esperanza* era vulnerable? Y si es así, ¿cómo? ¿Había encontrado un droide sonda su escondite? ¿Los imperiales habían plantado un espía en la estructura de mando rebelde? Mon Mothma suspiró. Las posibilidades eran infinitas… y explicaban por qué rara vez dormía lo suficiente.

Una voz familiar surgió por uno de los canales de comunicación entre naves.

—Aquí Solo… nos acercamos al polo norte y estamos a punto de romper el horizonte planetario. Ponednos al día.

Un poderoso ordenador estaba siendo usado para analizar los vectores de ataque imperiales, el tráfico de comunicaciones y las rutas de salida. Y esa información, combinada con las estadísticas de motores y consumo de combustible de los bombarderos TIE, es lo que proporcionaría a la fuerza de ataque rebelde la ubicación probable del destructor estelar. O eso esperaban, ya que la mejor manera de evitar que la nave capital lanzara cazas TIE o se enzarzara directamente con la *Nueva Esperanza* era incapacitarla o, en su defecto, ahuyentarla.

Los cazas estelares rebeldes rompieron el horizonte planetario, recibieron la información que necesitaban y cambiaron de rumbo.

—Lo tenemos —confirmó la voz—. Mantén mi cena caliente. Corto.

Leia sonrió, supo que el comentario iba dirigido a ella, y recordó la comida que Han y ella casi habían compartido. Había habido vino, velas, y la posibilidad de…

Una mano tocó el brazo de Leia. Ella se giró, sujetó al técnico de comunicaciones para que no cayera cuando el acorazado recibió otro golpe, y sonrió de forma reconfortante.

—¿Sí?

—Una llamada para usted, señora —balbuceó el joven—, de su hermano.

Leia frunció el ceño.

—¿De Luke? ¿Estás seguro?

—Sí, señora —el técnico asintió enfáticamente—. Por la frecuencia seis; canal cuatro.

Luke Skywalker había dejado el acorazado dos semanas antes, primero para llevar a cabo una misión propia, y luego para echar un ojo a Kyle Katarn y Jan Ors.

Después de obtener los planos que permitieron a la Alianza destruir la Estrella de la Muerte imperial, los agentes habían asumido una nueva misión: la búsqueda del Valle de los Jedi. Una misión que Skywalker consideraba importante y esperaba que tuviera éxito. Ahora había regresado… y en el peor momento posible.

Leia corrió hacia una consola donde esperaba el holo de la cara de Luke Skywalker. Llevaba casco y un mono de vuelo.

—¡Luke! ¡Retrocede! ¡Estamos bajo ataque!

—¿En serio? —dijo el Jedi con sarcasmo—. Nos hemos dado cuenta. Un par de cazas TIE nos asaltaron cuando salimos del hiperespacio. Dimos cuenta de ellos, pero parece que hay más por delante.

—¿«Nos»?

—El *Cuervo Oxidado* está pegado a mi ala de estribor. Kyle Katarn y Jan Ors mandan saludos.

—Alejaos —instó Leia—. Hay demasiados entre vosotros y nosotros. Han y tres escuadrones de cazas están buscando el destructor imperial ahora.

—Demasiado tarde —dijo Skywalker lacónicamente—. Lo hemos encontrado… ¡o ellos nos han encontrado! Es un destructor, sí, clase Imperial por su aspecto, con daños en proa. Veo bastante escolta… treinta naves, tal vez más. Sin embargo podría ser peor, al menos la mitad parecen ser transportes.

—¿Qué ha dicho? —demandó Mon Mothma, apareciendo al lado de Leia—. ¿Ha dicho Luke «daños»?

—Sin duda —respondió Skywalker—. Veo daños graves en la proa del destructor… como si hubiera golpeado algo o algo lo hubiera golpeado. Han puede rastrear mi transpondedor mientras nosotros le damos algo en qué pensar.

Mon Mothma bajó el puño sobre la consola. Un lápiz saltó en respuesta.

—¡Eso es! Por eso el destructor no ha venido a por nosotros… ¡está dañado! ¡Se dejó caer en este sistema buscando un lugar donde esconderse y nos ha encontrado a nosotros esperándolo! ¡Capitana Tola! Informe al General Solo y prepárese para romper la órbita.

Si Tola estaba molesta por la manera en que una civil le había dado órdenes, no dio muestra de ello. Se dieron órdenes, el acorazado rompió la órbita, y comenzó el contraataque.

La *Esperanza* se bamboleó cuando un piloto imperial perdió el control de su caza y se estrelló contra el casco. La explosión destruyó la chimenea de refrigeración tres y se extinguió. Las luces parpadearon, y a continuación se estabilizaron. Mon Mothma miró a Leia.

—Va a estar reñido.

La mujer más joven asintió, sintió que sus uñas se apretaban contra las palmas de sus manos y luchó por mantener la compostura.

—Sí, realmente muy reñido.



El *Cuervo Oxidado* hizo una maniobra de bucle mientras Jan Ors luchaba por mantenerse en la estela de Luke Skywalker. El ala-X del Caballero Jedi era más pequeño, más rápido, y mucho más maniobrable que la nave corelliana.

Originalmente diseñado para transportar cargamentos pequeños pero críticos a mineros de asteroides o estaciones espaciales orbitales, el *Cuervo* había servido a muchos propósitos desde entonces, muchos de los cuales no eran exactamente legales. Siendo ese el caso, tenía un buen cambio de velocidad y podía cargar más armamento que la mayoría de las naves de su tamaño. Algo por lo que Jan estaba agradecida… dada la decisión aparentemente suicida de Luke Skywalker de enzarzarse con lo que parecía ser la mitad de la Armada Imperial.

—¡Aquí vienen!

La transmisión parecía innecesaria, dada la cantidad de objetivos que llenaban el ventanal de la nave. Jan resistió la tentación de agacharse cuando haces de energía se deslizaron sobre el casco del *Cuervo* y comenzaron un interminable viaje a través del espacio.

Skywalker disparó en respuesta y tuvo la satisfacción de ver cómo una nave enemiga explotaba y otra se tambaleaba fuera de control mientras Jan añadía el peso de sus armas a la lucha.

Kyle Katarn estaba sentado en el asiento del copiloto, deseando tener algo que hacer y rechinando los dientes con frustración. El *Cuervo* era *su* nave, pero Jan había estado en los controles cuando comenzó la pelea, y no había ninguna forma admisible de usurpar su posición. Tampoco es que ese movimiento tuviera mucho sentido, ya que ella era mejor piloto.

Todo lo cual dejaba a Kyle impotente… ¿o no? A diferencia de la mayoría de los Jedi, quienes servían de aprendices bajo un Maestro, Kyle se había visto obligado a trabajar con sus talentos por su cuenta, o *casi* por su cuenta, ya que había recibido la ocasional orientación del Jedi ahora incorpóreo conocido como Rahn.

Y entre las muchas cosas que Kyle había aprendido estaba el hecho de que no había un arma más poderosa que una mente abierta.

Por ejemplo, tomando la situación actual: había una oportunidad en algún lugar frente a él, y todo lo que tenía que hacer era encontrarla. La situación trajo a la mente de Kyle los combates estratégicos que le obligaron a estudiar en la Academia Militar Imperial. Una profesión que adoptó para poder obtener una educación… pero que abandonó después de que su padre fuera asesinado. Asesinado y su cabeza colocada en una pica para que todos la vieran. Kyle no estuvo allí, pero vio un holo, y la imagen atormentaba sus sueños.

El destructor estelar imperial pareció multiplicar su tamaño. Las naves de apoyo que rodeaban la nave mayor abrieron fuego. Kyle vio que habían formado una esfera protectora alrededor del destructor, el cual, aunque pesadamente armado, era temporalmente vulnerable debido a los daños en proa y la necesidad continua de lanzar y recuperar cazas TIE… muchos de los cuales estaban ocupados en otra parte.

De repente Kyle lo tuvo, el lugar perfecto para esconderse, a pesar de que el enemigo sabría exactamente dónde estarían. No esconderse para siempre… solo el tiempo suficiente para que llegasen los cazas rebeldes.

—¡Jan! ¡Luke! Moveos al centro de su formación. Colocaos entre el destructor y su escolta, y mantened esa posición todo el tiempo que podáis.

Skywalker giró bruscamente el ala-X, disparó contra un caza TIE, notó que era uno de los modelos más nuevos (un OT si la memoria no le fallaba[2]), y consideró la sugerencia del agente. La idea parecía suicida al principio… hasta que comprendió su genialidad. Al colocarse entre la nave capital y su escolta, obligarían a los imperiales a romper la formación, a dispararse unos contra otros en un intento de golpear a las naves rebeldes, ¡o a dejar de disparar por completo!

—Buena idea, Kyle… *si* podemos llegar allí de una sola pieza. Voy a entrar…



Han Solo comprobó que el grupo de ataque rebelde aún estaba en rumbo de aproximación, vio que así era y se volvió hacia su compañero.

—Hagamos un chequeo de última hora, Chewie… ¿cómo está ese acoplamiento de energía? No me gustaría que se quemase con un par de cazas TIE en nuestra estela.

Aunque capaz de entender Básico, Chewbacca no estaba capacitado para hablarlo. Gruñó resentido, pulsó algunos botones y señaló hacia una pantalla.

Han frunció el ceño.

—Sí, puedo leer, pero el que vaya bien *ahora* no significa que seguirá siendo así en el futuro.

---

[2] OT; Objetivos-Terrestres. En el original, GT (*Ground-Targeting*). *(N. del T.)*.

Chewbacca emitió un gemido, comenzó a soltar su arnés y se detuvo cuando una voz surgió por la frecuencia de comunicación del grupo.

—Medpac Uno a Líder de Grupo…

Han sonrió. Había habido muy poco tiempo para detalles como los nombres de identificación. Siendo ese el caso, el segundo escuadrón, formado principalmente por heridos ambulantes, había elegido uno muy propio.

—Te copio, Medpac Uno… adelante. Cambio.

—Los bandidos están saliendo a jugar… veinte… tal vez más. Cambio.

Han maldijo la necesidad de que el *Halcón Milenario* se quedara atrás, protegido por una pantalla de cazas ala-Y, y deseó poder ver al enemigo por sí mismo. Sin embargo no tenía sentido… no con una unidad tan improvisada. El liderazgo sería crucial, y no habría ninguno si lo mataban durante los primeros minutos de la batalla.

—Recibido… habrá incluso más a medida que aparten cazas de la *Esperanza* para enviarlos a cruzarse con nosotros. Recuerda, no dejes que los imps nos retengan en múltiples escaramuzas. Ve a por el destructor.

—Recibido —dijo Medpac Uno con una jovialidad que realmente no sentía—. Contactando ahora.

Los siguientes quince minutos fueron de los más largos en la vida de Han. Medpac Uno y su escuadrón aguantaron el ataque inicial, perdieron dos ala-X, y consiguieron pasar. El poder de tres escuadrones completos, sin importar cuán dudosas fueran algunas de las naves en particular, era difícil de resistir.

El oficial a cargo de la Fuerza Operativa imperial continuamente enviaba vuelos de dos naves para alejar a los cazas rebeldes y así debilitar el contraataque.

Han, que tenía instintos solitarios y nunca había disfrutado siguiendo las órdenes de otras personas, se encontró en la posición irónica de tener que mantener una disciplina férrea. Los pilotos que sucumbían a la tentación, o que eran aislados por causas ajenas a su voluntad, eran dejados para que se las arreglasen solos mientras la fuerza mayor se abría paso entre oleadas de cazas TIE. Minidramas, demasiados para contarlos, se desarrollaban por su cuenta.

—¡Rompe a la derecha, Medpac Tres! Hay uno en tu cola.

—¡*Yiiiiija*! Come energía, apestoso imperial…

—Cuidado a tus seis… dos en camino.

—¡Oye, tú! El del ala-Y… sígueme.

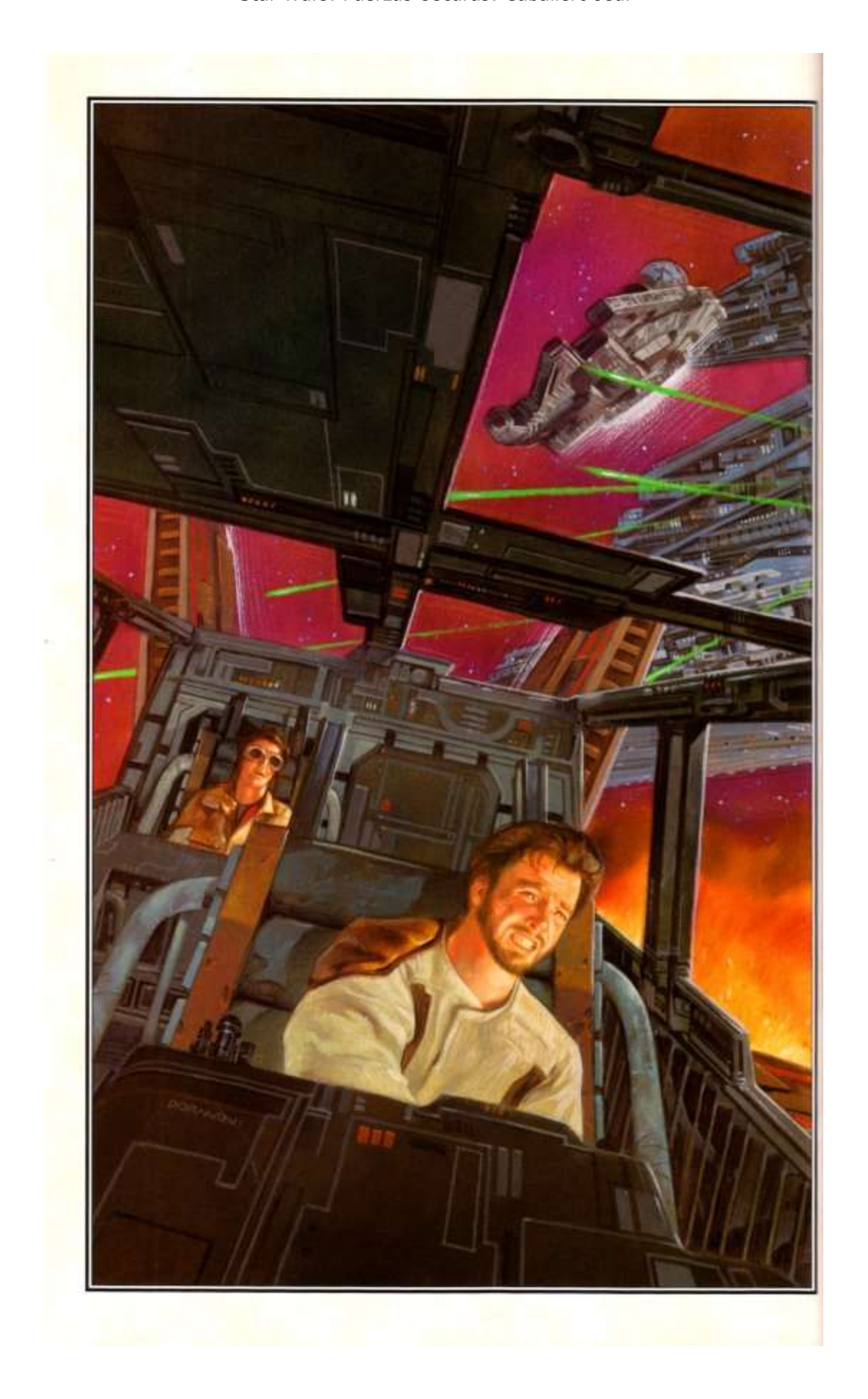
—Eso duele… duele mucho…

—Estoy en ello, Azul Seis… mantente estable…

Entonces, a través de la mezcolanza del tráfico de comunicaciones, Han escuchó lo que había estado esperando.

—Medpac Cuatro a Líder de Grupo… Tengo una visual de la Fuerza Operativa imperial… repito… una visual de la Fuerza Operativa imperial.

Han viró a un lado para evitar los restos de un caza TIE, disparó a otro, y envió un pensamiento hacia Luke. *Aguanta, chico… ya casi estamos ahí…*





El ala-X se balanceaba de lado a lado esquivando fuego láser mientras avanzaba. Luke casi podía oír la voz de Yoda: *Todo un patrón tiene, empezando por la estructura subatómica de la piedra que tienes en la mano y extendiéndose hasta las mismas estrellas. Hmmm, sí. El patrón encuentra, la manera en que fue entretejido comprende, y en tu camino nada se interpondrá.*

Cada una de las naves imperiales tenía su propio núcleo de control de fuego, y todos esos núcleos estaban supeditados a un ordenador a bordo del destructor. Si bien esa estrategia aprovechaba al máximo el armamento de la Fuerza Operativa, también creaba un patrón que Luke podía *percibir*.

El truco consistía en enfocar su mente hacia la comprensión de los subpatrones individuales que contribuían al todo, pero hacerlo sin pensarlo conscientemente, ya que el pensamiento consciente llevaba tiempo y generaba dudas. Siendo ese el caso, Luke «sentía» a dónde dirigir su nave, disparaba cuando el instinto le decía que lo hiciera, y se abría paso a través de un laberinto de fuego láser. El *Cuervo Oxidado*, todavía de una pieza y en la cola de Luke, lo seguía por detrás.

Jan, con sus manos danzando entre los controles, habló por la comisura de la boca.

—¿Has visto eso? Es como si *supiera* qué camino tomar.

Kyle, que había progresado bastante en lo que se refería a sus propios talentos, asintió con admiración.

—Eso es porque *sabe* qué camino tomar. Mantente a su estela.

Jan disparó los cañones de la nave, hizo una mueca cuando el *Cuervo* atravesó velozmente la explosión resultante, y observó cómo el destructor se hacía más grande. Las naves rebeldes ya habían penetrado la pantalla exterior para entonces y estaban pasando a través de la segunda.

Las luces parpadearon cuando un pedazo de caza TIE golpeó el escudo deflector, causó una sobrecarga y se alejó girando.



El capitán naval imperial Purdy M. Trico observó las holopantallas, escuchó el tráfico de comunicaciones, y se preguntó por qué los dioses habían decidido abandonarle. Una mano se desvió hacia un bulto en su uniforme. El amuleto siempre había funcionado antes… ¿qué había cambiado?

La estructura de poder imperial desaprobaba los dioses, *cualquier* clase de dioses, especialmente aquellos que se creía que tenían más poder que el estado. Pero eso no había impedido que Trico siguiera adorando a las mismas entidades que sus antepasados, ni siquiera en la Academia, donde tales cultos podían resultar en expulsión, y tampoco durante los años posteriores cuando el ser descubierto hubiera arruinado su carrera.

Entonces, ¿por qué los dioses lo habían abandonado durante su hora de más necesidad? ¿Por qué Mugg, Bron y el gran Pula habían permitido que la cañonera rebelde embistiera su destructor? Y después, cuando había buscado la relativa seguridad de un sistema solar devastado por la guerra, ¿por qué lo habían maldecido con un acorazado? Por no mencionar el enjambre de cazas hostiles. Incluso ahora, dos naves rebeldes estaban colándose entre sus defensas como si estuvieran protegidas contra cualquier daño.

Su ensimismamiento, que había durado poco más de unos pocos segundos, terminó cuando el ocasionalmente entrometido oficial ejecutivo atrajo su atención.

—Perdón por molestarlo, señor… pero el acorazado rebelde ha roto la órbita y se dirige hacia aquí.

Trico provenía de un mundo con elevada gravedad y, siendo de la cuarta generación, tenía el físico de un levantador de pesas de metro y medio de altura. Los músculos se le tensaban y contorsionaban mientras luchaba contra el impulso de retorcer la cabeza del otro oficial.

—¿«*Ha*» roto la órbita? ¿Has dicho «*ha*»? ¿Por qué no fui informado cuando comenzó esa maniobra?

Al OE le resultó difícil tragar. Aunque más competente que muchos, Trico tenía la reputación de ser algo así como un tirano, y uno volátil.

—Porque nuestros cazas estaban tratando de interceptar a los rebeldes… señor.

Trico podía escuchar a los dioses riendo. Forzó a su voz a permanecer firme.

—¿Has permitido eso? ¿Ninguno de nuestros cazas ha sido destinado a monitorizar el acorazado? ¿Una nave que, aunque anticuada, tiene un revestimiento más grueso que el nuestro y monta grandes armas ofensivas?

El OE comenzó a temblar.

—No ha sido culpa mía… pensaba…

Un agujero apareció en el centro de la frente del oficial ejecutivo, y sus ojos se pusieron en blanco como si tratara de echarle un vistazo a la herida. El cuerpo hizo un ruido sordo cuando golpeó la cubierta.

Trico enfundó su arma y alzó la vista para descubrir que las naves rebeldes, las dos que había observado antes, no solo habían penetrado sus defensas internas, sino que lo habían hecho con impunidad. Su dedo índice tembló mientras señalaba el holo.

—¿A qué estáis esperando? ¡Destruidles!

—Sí, señor —respondió el oficial de control de armas con voz trémula—. ¿Debemos destruir también a nuestros escoltas? —la pregunta *sonaba* insubordinada… pero no lo era.

Trico volvió a mirar, se dio cuenta de que los rebs habían tomado sus posiciones adrede, y masculló un terrible juramento.

—¡Pula, llévatelos! Les enseñaré a esos perros un poco de respeto… ¡rompe la formación!

Toda la tripulación del puente sabía que eso era un error, pero nadie tuvo el coraje de decirlo. No con el cuerpo del OE todavía donde había caído. Se dieron órdenes, se transmitieron a las partes interesadas, y se tomaron medidas al respecto. Lentamente, con una dignidad acorde a una nave de su tamaño e importancia, se abrió una brecha entre el destructor y su escolta.

Luke vio el movimiento, supo lo que significaba, y presionó los aceleradores. El ala-X salió disparado.

—¡Jan! ¡Kyle! ¡Seguidme!

Jan empujó los aceleradores hasta el tope, sintió cómo las fuerzas G la empujaban hundiéndola en el asiento, y rezó una oración silenciosa.

Llovió energía cuando el destructor disparó sus baterías principales y los escoltas hicieron lo mismo. El resplandor creado por los rabiosos rayos de energía hizo que los ventanales se oscurecieran y dejaran a los rebeldes a ciegas. Sus escudos deflectores destellearon hasta el borde del agotamiento pero aguantaron. El tiempo pareció ralentizarse…



—Líder de Grupo a mando —dijo Han uniformemente—. Nos hemos acercado al enemigo y estamos a punto de atacar. El destructor ha roto la formación. Sus escudos deflectores están desactivados para recuperar a los cazas, y está disparando lejos de nosotros. Recomiendo poner en acción a la *Esperanza*.

Mon Mothma miró a la Capitana Tola y esperó el juicio de la mon calamari. Había sido un error ordenar que la nave rompiera la órbita sin consultarlo… uno que se negaba a repetir. Sí, sabía lo que *ella misma* haría, pero la decisión era de la capitana.

Leia contuvo el aliento, agradecía que la decisión le perteneciera a otra persona, e hizo todo lo posible para parecer despreocupada.

La Capitana Tola, consciente del silencio que se había adueñado del puente, asintió. Puede que el acorazado fuera una pieza de museo, pero las probabilidades eran tan buenas como probablemente podrían alcanzar a serlo.

—Ya habéis oído al general: ¡esta es la oportunidad que habíamos estado esperando! Hay un destructor ahí fuera… vayamos a darle una lección de historia.



El Capitán Trico estaba furioso.

—¡Has fallado, maldito sea tu despreciable pellejo! ¡Dos naves y no has dado a ninguna! Eres un incompetente y una desgracia para esta nave.

—El acorazado se mueve para atacar, señor —respondió desesperadamente el oficial de control de armas—. Recomiendo que nos reunamos con nuestra escolta… o que toda la Fuerza Operativa salte al hiperespacio.

—¿Y dejar morir a más de cien pilotos de TIE? —demandó el Capitán Trico fríamente—. ¿Has perdido la cabeza? ¿O solo el coraje?

Trico estaba alargando la mano hacia su arma, preparándose para eliminar a otro incompetente, cuando un técnico de comunicaciones lo interrumpió.

—¡Aquí vienen, señor! ¡Cazas rebeldes seguidos por el acorazado!

Trico se giró, su rostro estaba contorsionado por la ira, su dedo índice derecho apuntó como un arma. La tripulación entera del puente palideció.

—¡Os quedaréis y luchareis! ¡Dispararé al primer hombre que deje su puesto!

El oficial de control de armas observó a sus subordinados por el rabillo del ojo, supo que no lo respaldarían, así que se volvió hacia las consolas de control.

—Ya habéis oído al capitán. Vamos a trabajar.

La batalla subsiguiente duró más de tres horas… pero el resultado nunca estuvo realmente en duda. Aislado de las naves de escolta, y con solo un puñado de cazas TIE para defenderlo, el destructor no solo estaba debilitado sino que se encontraba francamente vulnerable. Aun así, los imperiales continuaron luchando, no valerosamente, lo hicieron solo porque Trico insistió en que lo hicieran.

Finalmente, después de que el casco hubiera sido repetidamente agujereado y hubieran sido silenciadas más de la mitad de las baterías láser, el oficial de armas, sabiendo que las grabadoras del puente habían filmado el comportamiento excéntrico de su oficial al mando y confiando en que la tripulación estaba lista para respaldarlo, tomó cartas en el asunto.

El Capitán Trico estaba despotricando, gritando los nombres de sus dioses, cuando el disparo de bláster taladró su cerebro. Una oferta de rendición incondicional fue presentada dos minutos más tarde.



El turboascensor se detuvo, las puertas se abrieron y los rebeldes salieron al pasillo.

Kyle dio dos pasos y se detuvo. Jan chocó contra él. Estaba a punto de decir algo cuando vio por qué se había parado él.

Más de un centenar de cazas imperiales habían atacado a la *Esperanza*… pero este era el único que había penetrado el casco. Los paneles solares de la nave habían sido arrancados, pero el morro sobresalía en el pasillo. El piloto, aún visible dentro, estaba desplomado sobre los controles. Le habían quitado el casco visor, y Jan vio que era poco más que un crío, solo uno de los cientos que habían muerto durante la batalla de doce horas. Una voz se oyó junto a ella. Pertenecía a un tripulante con un uniforme manchado de humo. Tenía un cortador de fusión en su mano y era parte de un equipo de control de daños.

—Curioso, ¿verdad? Recibimos un torpedo en ese mismo punto, hizo un agujero a través del casco, y el caza se encajó en él cinco minutos más tarde. Todo lo que hemos

tenido que hacer es cubrir las rendijas con sellador de emergencia, presurizar el pasillo, ¡y listo! ¡Un parche perfecto! Algo para contarles a los niños.

Jan asintió cortésmente, pensó en los nietos que el piloto imperial nunca tendría, y siguió a Kyle por el pasillo. Había matado a hombres como el piloto, a muchos, y deseaba que eso terminara.

Kyle se vio obligado a agacharse bajo cableados temporales, a abrirse paso entre equipos de reparación y a ceder el paso a droides de reparación de alta prioridad. El aire olía a ozono, sellador y humo. El acorazado había recibido una auténtica paliza, a pesar de lo cual se veían sonrisas cordiales, asentimientos y saludos, cosa que impresionó al agente. Habían sufrido pérdidas, pérdidas dolorosas, pero habían salido victoriosos. La historia se exageraría a través de la narración… y viviría mucho después de que ellos se hubieran ido.

Los centinelas apostados frente al camarote de Mon Mothma revisaron las credenciales y, para sorpresa de Kyle, le permitieron conservar tanto la pistola como el sable de luz. Una señal de confianza que a él, a diferencia de los que lo acompañaban, nunca le había sido concedida antes.

Jan sabía lo que él estaba pensando y le guiñó un ojo. Kyle sonrió en respuesta. Jan, más que cualquier persona que hubiera conocido, podía leer su mente. Sus manos se tocaron, y Luke, quien fue el último en cruzar la puerta, no pudo evitar sonreír. Estos dos habían sido hechos el uno para el otro… y esperaba que vivieran lo suficiente como para explorar las posibilidades.

La habitación había sido diseñada para satisfacer las necesidades de almirantes con deberes principalmente ceremoniales. Siendo ese el caso, era enorme. A pesar del hecho de que la nave había sido revisada por completo el año anterior, pocos recursos fueron derrochados en decoración. Los tapices, muchos de los cuales tenían cientos de años, parecían estar fuera de lugar. Especialmente dado el estilo poco ostentoso de la ocupante actual. Mon Mothma, a quien Kyle había conocido anteriormente, se adelantó para saludarlo.

—Kyle… me alegra verte de nuevo. Jan… ¿cómo estás? Ya conoces a Leia… ¿conoces a Han Solo?

Jan no lo conocía personalmente, aunque ciertamente había oído hablar de él, y le tendió la mano.

Luke abrazó a Leia y se volvió hacia Kyle.

—Kyle, me gustaría presentarte a mi hermana, Leia Organa, y a Han Solo.

Kyle les dio la mano e intentó ignorar el hecho de que eran famosos. Ambos tenían aspecto de sentirse igual que él: cansados y ojerosos. Mon Mothma abrió la sesión.

—Sé que todos deberíamos dormir un poco, así que vamos con esto. Han, supongo que Leia te informó sobre esto, pero no dudes en hacer preguntas. Kyle, Luke me ha dicho que no solo confirmaste que el Valle de los Jedi existe, sino que lograste obtener las coordenadas. ¡Felicidades! La Alianza tiene contigo otra deuda de gratitud.



Kyle recordó el viaje casi fatal a las profundidades de Nar Shaddaa, el saqueo de la granja de su padre, el duelo con el Jedi Oscuro Yun, el enfrentamiento con el droide 8t88, la batalla con Gorc y Pic, y el desagradable lugar desde el cual las coordenadas finalmente fueron recuperadas. El hecho de que Mon Mothma pudiera resumirlo todo en una sola frase lo sorprendió. Aun así, desde el punto de vista de ella, eran los resultados los que contaban. Se encogió de hombros.

—Gracias, pero Jan merece al menos la mitad del crédito.

Sangre coloreó las mejillas de Jan, y Mon Mothma sonrió.

—De hecho fue Jan, con una gran cantidad de ayuda de Leia y Luke, quien me convenció para que dejase que tú te ocuparas del problema, ¿o no lo sabías?

Kyle *no* sabía eso, aunque podría haberlo supuesto, ya que Mon Mothma tradicionalmente había sospechado de sus motivos. Fue su turno de sonrojarse, y fue Han quien respondió.

—No dejes que te moleste, chico… ¡tampoco confían en *mí*!

Todos rieron, incluída Mon Mothma.

—Entonces, Kyle, sabemos dónde se encuentra el Valle. ¿Y ahora qué?

Kyle había anticipado el momento y había preparado su discurso.

—Una batalla fue librada en el planeta Ruusan hace más de mil años. Una batalla librada entre dos ejércitos de Jedi. De alguna manera —y aquí el agente miró a Luke—, y nadie está seguro de cómo, el poder representado por estos ejércitos quedó atrapado dentro de un Valle.

»Un Jedi Oscuro llamado Jerec robó las coordenadas de la granja de mi padre y sin duda ha hecho uso de ellas. *Si* puede drenar el poder que allí descansa, *si* puede controlarlo, seremos testigos del nacimiento de un Imperio que hará que este parezca progresista en comparación.

—Sí —dijo Mon Mothma con impaciencia—, somos conscientes de la amenaza. ¿Qué crees que deberíamos *hacer* al respecto?

Kyle no estaba tan seguro de que Han conociera todos los hechos… pero decidió dejar pasar el comentario.

—Propongo ir allí, con Jan si ella está dispuesta, y encontrar una manera de detenerlo. Lo hicimos en Danuta… y podemos hacerlo de nuevo.

Mon Mothma meditó sobre la misión a Danuta. Fue decididamente muy arriesgada, pero los agentes localizaron los planos de la Estrella de la Muerte y los robaron. Un logro que, combinado con información obtenida por otros, permitió a los rebeldes ganar la Batalla de Yavin. La pareja tuvo suerte, *mucha* suerte, y las probabilidades estaban en contra de que tuvieran tanta suerte otra vez.

—Admiro tu valentía, Kyle, por no mencionar tu dedicación a la causa rebelde, pero las probabilidades están en tu contra. Puedes apostar a que Jerec tiene un destructor, quién sabe cuántas naves de apoyo, y abundantes tropas. No, lo que necesitamos es un Grupo de Batalla totalmente equipado.

—Buen razonamiento —dijo Leia gentilmente—, pero, ¿de dónde lo sacaríamos? Ya andamos cortos de efectivos.

—Cierto —reconoció Mon Mothma pensativamente—, pero considera la alternativa. ¿Cómo pasarían Kyle y Jan entre las naves de bloqueo? Y aunque lo consiguieran, ¿qué harían en la superficie? Se sabe muy poco del planeta, pero una cosa es segura: no hay población civil entre la que esconderse.

Luke tenía una expresión distante, casi soñadora. Fue él quien rompió el silencio que siguió.

—Todo lo que dice Mon Mothma es verdad… pero la verdad tiene muchas caras. El poder que Jerec busca controlar fluye de los espíritus atrapados en el Valle… espíritus que *deben* ser liberados. Si Kyle libera a los espíritus, la amenaza debería desaparecer. Todo sin el uso de un Grupo de Batalla. ¿Fácil? No, pero existe un flujo hacia tales hechos, un flujo con poder propio —el Jedi miró a los que lo rodeaban.

»Me dijeron que hay una especie de seres inteligentes en Ruusan, una especie con una larga historia, gran parte de la cual ha sido preservada en algo que ellos llaman el poema de las edades. Hay numerosas profecías hacia el final del poema, incluyendo una que dice: “Y un Caballero vendrá, una batalla se librará, y los prisioneros serán liberados”. Ellos creen que se refiere al Valle… y yo estoy de acuerdo.

Kyle había escuchado esas palabras antes, pero aun así sintió un escalofrío recorrer su espalda y se preguntó si debería sentirse orgulloso o muy, muy asustado. La segunda posibilidad parecía más lógica.

Mon Mothma suspiró. Sí, sabía que había más en la vida de lo que ella podía oír, tocar, probar, sentir o ver. Sabía que ciertas personas, siendo Luke un excelente ejemplo, tenían lo que podía describirse como sentidos adicionales. Pero *saberlo* y sentirse cómoda con ello eran dos cosas distintas. Ella prefería tener acceso *directo* a datos relevantes cuando concernían a decisiones importantes… y esta decisión era extremadamente importante. Aun así, si Luke decía que algo era de una manera, generalmente era así. Forzó una sonrisa.

—Bien, respecto a los problemas mencionados anteriormente, ¿cómo llegarán a la superficie del planeta Kyle y Jan?

Han se aclaró la garganta. Tenía la voz ronca después de más de doce horas de dar órdenes.

—Si bien es cierto que las naves de bloqueo detendrían a una de *nuestras* naves, una nave imperial podría pasar.

Kyle fue rápido en aprovechar la idea.

—¡Han tiene razón! Podríamos almacenar el *Cuervo* en uno de los transportes capturados, entregar algunos suministros, y escabullirnos… ¡Es perfecto!

—No tan rápido —dijo Mon Mothma con cautela—. Dale *un poco* de crédito a los imperiales. El transporte sería cuestionado y, al carecer de los códigos de reconocimiento apropiados, revisado.

—Cierto —se sumó Jan—, pero todo oficial de mando quiere tener todos los suministros que puedan caer en sus manos, en especial en lo que respecta a municiones. Si un transporte sale del hiperespacio y les ofrece una carga de torpedos de protones, los imperiales se abalanzarán sobre él. Especialmente si la nave y la tripulación parecen legítimas.

Mon Mothma levantó una ceja.

—¿Torpedos de protones? Tienes que estar bromeando… ¿Qué tal raciones de campaña en su lugar?

—Algunas raciones de campaña son igual de letales —dijo Han en tono de broma—, pero entiendo tu preocupación. ¿Qué tal algunos torpedos *especiales*? Del tipo que explotan en el tubo de lanzamiento.

—Exactamente lo que tenía en mente —convino Jan—. Entonces, ¿todo resuelto?

Mon Mothma miró alrededor de la mesa y vio que cada cabeza asentía a su vez. Ella agregó su aprobación a la de todos los demás.

—Una última pregunta. ¿Quién tripulará el transporte? Y lo que es más importante, ¿quién lo dirigirá?

—Me ofrezco voluntario para comandarlo —respondió Han rápidamente—. Esto podría ser divertido.

—*Y* exigir mucho tiempo —agregó Mon Mothma prudentemente—. No podemos darnos el lujo de prescindir de ti ahora mismo.

Leia, consciente de que era bastante parcial en este asunto, asintió de acuerdo. Han miró en su dirección, pero decidió permanecer en silencio.

—Encontraré algunos voluntarios —dijo Jan—. Gente con experiencia en Operaciones Especiales.

—Bien —dijo Mon Mothma, contenta de delegar al menos una tarea a otra persona—. ¿Comentarios finales?

—Solo uno —respondió Kyle sobriamente—. Deseadnos suerte… tengo la impresión de que la vamos a necesitar.



CAPÍTULO 3

La luz del sol se reflejaba a través de un mar de brillante cristal. Cristal que una vez fue parte de cúpulas iridiscentes, altos minaretes, arcos elevados, torres verticales, y todas las demás estructuras que constituían una ciudad. Una ciudad reducida a un mar de lava artificial cuando un cañón láser imperial sembró la destrucción a lo largo de la una vez hermosa metrópolis. La escoria resultante era más espesa donde los edificios habían estado concentrados y más fina hacia los suburbios, donde se había establecido la base militar.

Todavía se podía observar el pasado, en una colina donde un templo casi translúcido relucía con una belleza esmeralda, en una elevación donde una estatua medio derretida extendía una mano hacia los cielos y hacia una llanura donde grupos aislados de viviendas permanecían intactos.

El prisionero 272-20-136 soltó el manillar con forma de T y esperó a que el martillo percutor se quedara en silencio. Luego, teniendo cuidado en lo que hacía, el hombre tomó aire profundamente y se quitó la máscara de la cara. Milagro tenía una atmósfera ligera, por lo que a él y a los demás prisioneros se les permitía trabajar sin grilletes. No había adónde ir… no sin aire.

El prisionero se secó la frente con un trapo, permitió que las bandas elásticas apretaran de nuevo la máscara contra su cara y verificó el sellado. El aire dejó un sabor cobrizo en su boca.

El comunicador formaba parte del equipo de la máscara… y la voz artificial era parte de su vida.

—Eso ha sido un descanso no autorizado, Unidad 136. Veintisiete segundos serán deducidos de tu próximo período de descanso.

El prisionero miró por encima de su hombro y vio que un droide de detención se había acercado por detrás. Parecía un cubo de basura flotante y tenía una personalidad acorde.

—Mi nombre es Obota, Alfonso Obota, Al para mis amigos.

—No —respondió el droide sin emoción—, eso es lo que *solías* ser y quizá vuelvas a ser. En este momento en concreto eres la Unidad 136… y el miembro de mi grupo con más probabilidades de ser disciplinado. Por favor, vuelve al trabajo.

Obota comenzó a objetar pero se lo pensó mejor. Tenía suficientes problemas sin buscarse más. El prisionero tomó el manillar e hizo bailar el martillo. El mástil de comunicaciones requería seis anclajes, cada uno hundido en los estratos del subsuelo y soldado en su lugar. Su tarea era taladrar a través de un manto de cristal fundido de tres metros de espesor.

El taladro vibraba débilmente, el ruido era amortiguado por la atmósfera poco densa. Proyectiles de cristal salpicaban la parte inferior de las piernas de Obota. Dolía, pero sabía que no debía detenerse. El agujero tenía poco más de un metro de profundidad cuando la voz resonó en sus oídos.

—Te requieren en el barracón de administración, Unidad 136… de inmediato.

Sorprendido, pero feliz por dejar el trabajo, Obota comenzó a correr. Todo lo que hacían los prisioneros se llevaba a cabo «de inmediato». El incumplimiento daría lugar casi seguro a castigos que los droides de detención casi idénticos dispensarían con la uniformidad de una máquina.

La base no había existido tres meses antes y consistía en sesenta y tres edificios prefabricados. Era una extensa superficie que incluía una pista de aterrizaje, instalaciones de reparación, baterías de misiles tierra-aire, cuarteles y un centro de detención militar.

Normalmente concurrido, el lugar parecía aún más bullicioso después de la batalla; el personal de tierra luchaba por atender a los cazas estelares con cicatrices de batalla, un grupo funerario de aspecto sombrío se dirigía hacia una hilera de tumbas excavadas recientemente, y una compañía de infantería marchaba a lo ancho de un patio de armas.

El edificio veintitrés servía como cuartel general para el Centro Correccional Militar, o CCM. Este, al igual que las estructuras que lo rodeaban, tenía una esclusa de aire externa, paredes hinchables y una berma protectora.

Obota esperó a que se abriera la esclusa, compartió la cámara estanca con un droide administrativo, y finalmente entró. El interior era verde vómito estándar. Una larga lista de cosas que supuestamente no debían hacerse se desplazaba a través de un lector, y el suelo, el cual algunos otros prisioneros habían pulido hasta conseguir un brillo intenso, se extendía a izquierda y derecha.

El droide, que disfrutaba de unos privilegios que el humano no, eligió el pasillo a la derecha. Los pies metálicos de la máquina chirriaron dejando marcas oscuras en un suelo por otra parte inmaculado. Obota se quitó la máscara, se la ató al cinturón y se acercó a la puerta de aglomerado de madera. El letrero decía:

CCM 63

HONOR A TRAVÉS DE LA DISCIPLINA

Llame antes de entrar

Obota llamó tres veces, gritó:

—¡Prisionero 272-20-136 presentándose según órdenes, señor! —y esperó una respuesta.

—Entre.

Obota abrió la puerta, dio unos pasos y se puso en posición de firmes. Un oficial de aspecto cansado asintió, consultó su cuaderno de datos, y levantó la vista de nuevo.

—Gire a la izquierda en el pasillo… cuarta puerta a la derecha. Muévase.

Obota anhelaba preguntar «por qué» pero sabía que no debía hacerlo.

—¡Señor! ¡Sí, señor!

Obota dio media vuelta, cruzó la puerta y marchó por el pasillo. El oficial observó cómo se cerraba la puerta, se preguntó qué querrían esos misteriosos individuos del pobre diablo, y regresó a su trabajo.

Obota marchó por el pasillo, localizó la oficina correcta y descubrió que estaba vacía. «Date prisa y espera». Una frase que podría haber servido como el *verdadero* lema para el CCM.

Había sillas, y Obota sintió el fuerte impulso de sentarse en una de ellas, pero sabía que iba en contra de las reglas. Reglas reforzadas por holocámaras montadas en lo alto de cada rincón de la habitación. Siendo ese el caso, el prisionero adoptó posición de descanso, eligió un punto en la pared perfectamente vacía y se obligó a mirarlo fijamente.

Pasó un minuto, seguido de cinco, seguidos de diez más. ¿Se habían olvidado de él? Obota estaba a punto de concluir que lo habían hecho cuando escuchó voces y sintió que la cubierta de espuma fibrosa vibraba bajo sus botas. Se puso firme mientras el sargento y dos civiles entraban en la oficina. No porque valoraran positivamente la cortesía, sino porque los prisioneros honraban a todo el mundo.

Obota decidió ignorar al sargento y centrar su atención en los civiles. Eran los que lo habían convocado (o al menos eso suponía), y eran de los que debía preocuparse. ¿Por qué lo habían convocado? ¿Qué es lo que querían? No había forma de saberlo. Ambos llevaban uniformes de vuelo indescriptibles y expresiones neutrales adornaban sus rostros. ¿Y qué era eso que colgaba a un lado del hombre? ¿Un sable de luz? Eso *sí* que era inusual.

El sargento asintió en dirección a Obota.

—Ahí está… ¿hay algo más que necesiten de mí?

La mujer negó con la cabeza.

—No, sargento, nos hacemos cargo desde aquí.

El suboficial asintió, dejó la habitación y cerró la puerta tras él. La mujer consultó un cuaderno de datos portátil, levantó la vista y se encontró con la mirada de Obota.

—Mi nombre es Jan Ors… este es Kyle Katarn. Tú eres Alfonso Luiz Obota, número de servicio 272-20-136, originario del Sistema Adega. Te graduaste el cuarto de tu clase en la Academia de Comerciantes. Designado tercer oficial en un carguero, renunciaste para unirte a la Alianza. Eso fue hace más de un año. Aceptaste el nombramiento de teniente segundo, te convertiste en el segundo oficial de un transporte de Operaciones

Especiales llamado *Orgullo de Aridus*, y encabezaste un motín seis meses después. ¿Correcto hasta ahora?

Obota recordó la cara del Capitán Nord, las gotas de sudor que perlaron su frente, y la forma en que sus manos temblaron. El *Aridus*, que ahora llevaba el nombre de *Espíritu de Solaris*, tomó tierra y, bajo la tapadera de descargar una carga completamente legítima, introdujo a un equipo de Operaciones Especiales. Estuvieron fuera durante seis horas y dos minutos, dos minutos más de lo que el plan de inserción anticipó, y Nord quiso despegar. Despegar y dejar a doce hombres y mujeres varados en un planeta plagado de tropas imperiales. Obota obligó a su mente a centrarse en el presente.

—¡Señora! ¡Sí, señora!

Jan asintió pensativamente.

—La transcripción de tu consejo de guerra dice que rechazaste una orden legal, confinaste a tu oficial al mando en su camarote, y tomaste el control de la nave. ¿Cierto?

Obota recordó la explosión que momentáneamente convirtió la noche en día. El sonido de las sirenas y la llamada de comunicador mientras los comandos corrían hacia la nave. Recordó a Nord gritando a la tripulación: «¡Despegue! ¡Despegue! ¡Despegue!», y su puño conectando con la barbilla del viejo oficial. Todo eso era de dominio público, lo filmaron las grabadoras de la sala de control y fue presenciado por la tripulación del puente.

—¡Señora! ¡Sí, señora!

Kyle observó cómo las emociones recorrían la cara del prisionero. Él mismo era un renegado, un desertor con un precio sobre la cabeza, y podía imaginar cómo se sentía Obota. El conflicto entre el voto que juró y lo que sabía que era correcto. ¿O era más complicado que eso? El Capitán Nord afirmó que su segundo oficial fue insubordinado desde el principio. ¿Una mentira interesada? ¿O una declaración de hechos?

Jan levantó la vista del cuaderno de datos.

—Los registros dicen que mientras que tres de los comandos llegaron al *Aridus* y fueron extraídos con éxito, cazas TIE atacaron vuestro transporte por encima de la atmósfera. Cinco de tus compañeros de tripulación murieron durante la batalla. La nave sufrió daños graves y apenas logró saltar al hiperespacio. Tres vidas a cambio de cinco… un trato bastante malo, ¿no crees?

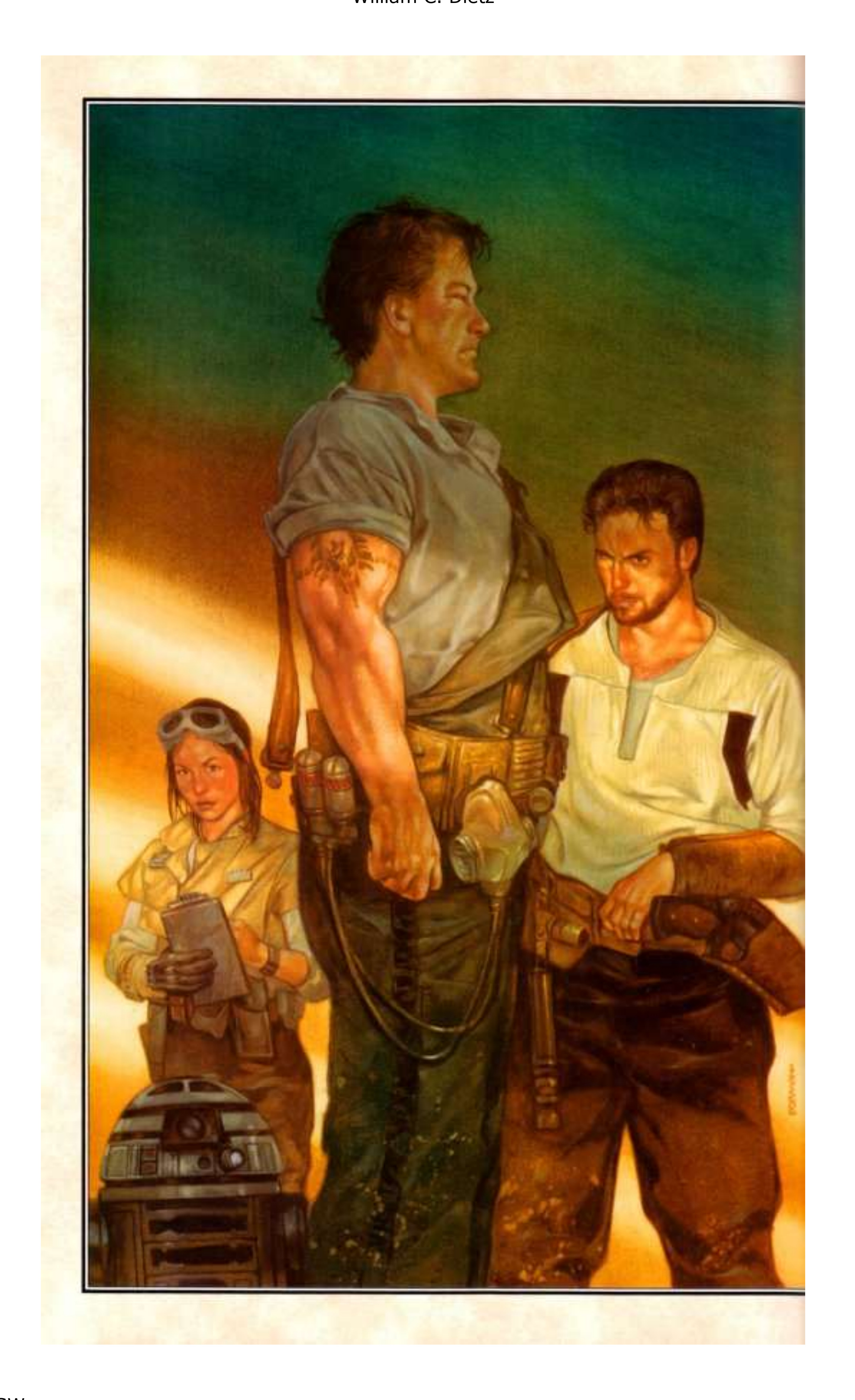
Obota recordó el miedo, la carnicería y el humo. Vio las caras de aquellos que murieron, sabía que podrían haber vivido si él hubiera obedecido las órdenes, y deseaba haber muerto en su lugar.

—¡Señora! ¡Sí, señora!

—Entonces —dijo Jan tranquilamente—, sabiendo cómo resultó todo, ¿tomarías la misma decisión de nuevo?

—¡Señora! ¡Sí, señora!

—¿Por qué?



Obota sabía la respuesta (había estado despierto incontables noches pensando en ello), pero vaciló. ¿Quiénes eran estas personas? Eran individuos de operaciones encubiertas, eso era obvio, pero, ¿haciendo qué? ¿Y para quién? Saber esto le daría ventaja, pero *no* lo sabía, y no tenía manera de averiguarlo. Siendo así, se decidió por la verdad.

—Porque parecía lo correcto.

Hubo silencio por un momento. Jan miró a Kyle, y el Jedi consideró las palabras de Obota. Sin excusas complicadas, sin racionalizaciones sofisticadas, sin explicaciones egoístas. Sonrió.

—Descanse, teniente Obota, necesitamos un oficial de cubierta con experiencia, y usted cumple los requisitos.



El *Gran Transportista* salió del hiperespacio y sondeó el apartado sistema estelar en busca de naves. Había muchas que encontrar, incluida una pantalla de naves de bloqueo, un destructor estelar, numerosos escoltas y un alarmante número de cazas TIE. La mayoría de naves estaban localizadas alrededor del cuarto planeta a partir del sol.

Obota, teniente recién restituido, aunque llevaba el título honorífico de «capitán», sintió algo pesado golpear el fondo de su estómago. Sí, esperaba encontrar un Grupo de Batalla imperial y se hubiera sentido decepcionado si no lo hubiera hecho, pero la visión de todas esas señales luminosas en las pantallas de los detectores lo asustaba mortalmente.

El desafío fue casi instantáneo.

—Aquí el destructor estelar imperial *Venganza*… identifíquese o será destruido.

—Cazas acercándose rápidamente, señor —intervino un técnico—. Una fragata de escolta ha roto la órbita y viene a echar un vistazo.

Obota revisó su uniforme imperial para asegurarse de que los cierres estuvieran bien acoplados, ajustó el vendaje que rodeaba su cabeza y escaneó el puente. La tripulación del puente vestía uniformes mugrientos, llevaban vendas manchadas de sangre y maquillaje cuidadosamente aplicado. Parecían exhaustos.

Incluso un ojo inexperto vería el parche improvisado del casco, los cables colgando y la consola de control ennegrecida por el fuego, sabiendo lo que quería decir todo ello: El *Gran Transportista* había estado en una batalla.

Un suboficial, que guardaba un parecido asombroso con Kyle Katarn, interceptó la mirada de Obota y le hizo un alentador gesto con el pulgar hacia arriba. El oficial de cubierta le hizo un guiño, se giró hacia la entrada de holo y tocó un botón.

—¿*Venganza*? Aquí el teniente Hortu Agar; oficial de ingeniería del transporte imperial *Gran Transportista*. Asumí el mando cuando el Capitán Drax y la mayoría de la tripulación del puente fueron asesinados.

El holo se arremolinó, y un *verdadero* capitán apareció. Tenía ojos estrechos, nariz picuda y una boca con forma de rendija.

—Escúcheme atentamente, teniente quienquiera-que-sea… Quiero los códigos de reconocimiento y los quiero *ahora*.

¿Realmente el destructor les dispararía? Obota había desechado la idea antes… pero comenzó a dudar. La desesperación en su voz fue real.

—¡No sé los códigos, señor! ¡Se emiten en base a la necesidad de conocerlos, y los oficiales de ingeniería no están autorizados a recibirlos! Estábamos de camino a Byss cuando los rebeldes nos asaltaron. Luchamos… pero no sirvió de nada. El puente recibió un impacto directo. Por lo tanto, dado que transportamos una carga completa de torpedos de protones, pensé…

—¿Ha dicho «torpedos de protones»? —preguntó el imperial.

—Bueno, sí —respondió inocentemente Obota—, doscientos cincuenta torpedos de protones para ser exactos, directamente de las fábricas del Sector Corporativo. Es por eso que…

—Suficiente —ordenó el oficial—. Un equipo de abordaje inspeccionará su nave y, suponiendo que los hechos coincidan con su historia, se realizarán reparaciones de emergencia. Usted y su tripulación lo han hecho bien, teniente… y el Imperio sabe cómo mostrar su gratitud.

Obota intentó parecer modesto.

—Gracias, señor.

—Una cosa más —agregó el oficial.

—¿Señor?

—¿En qué condiciones se encuentra su hangar?

—Es completamente funcional, señor.

—Excelente. Aquí podemos aprovechar esos torpedos… Que su tripulación los prepare para el transbordo. Una lanzadera los recogerá.

Obota asintió obedientemente.

—¡Señor! ¡Sí, señor!

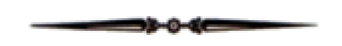
—Eso es todo —dijo el imperial, y el holo desapareció.

Obota tocó un botón, se aseguró de que el comunicador estaba realmente apagado, y se volvió hacia los aplausos.

—Excelente representación —dijo Kyle con admiración.

—No podría haber sido mejor —dijo Jan mientras emergía de entre las sombras—. Podrías haber hecho carrera en los escenarios.

—Gracias —dijo Obota, haciendo una reverencia—. Pero eso no ha sido más que el primer acto. El segundo acto está a punto de comenzar, la audiencia está en camino.



Transcurrió más de una hora desde el momento en que el *Gran Transportista* dejó el hiperespacio hasta que la lanzadera de asalto entró en el hangar del transporte.

La tripulación, que ya había pasado por más de veinte simulacros de abordaje en Milagro, estaba en posición. Tenían identificaciones falsas, holos familiares, resguardos de entradas, recibos diversos y todas las demás cosas que las personas guardaban en sus carteras.

Todos eran humanos, ya que los no humanos eran una rareza en las naves militares imperiales, y, con la excepción de Jan Ors, todos eran hombres, ya que a muy pocas mujeres se les había permitido servir en las fuerzas armadas del Imperio.

La dotación de la nave, que supuestamente debía ser de veinticinco individuos, se había reducido a doce, un número destinado a reflejar graves pérdidas y el hecho de que había pasado mucho desde que la armada del Imperio había disfrutado del lujo de tripulaciones completas.

Sí, pensó Obota para sí mismo, *los detalles son importantes. ¿Hemos pensado en todo? La próxima hora nos lo dirá...*

Las compuertas se cerraron y el hangar fue presurizado mientras la lanzadera de asalto se posaba en la cubierta ennegrecida por los repulsores. Obota esperó la luz verde, escuchó el sonido de bocina y abrió la escotilla. El aire siseó mientras las presiones se igualaban. El rebelde se deslizó por la abertura, divisó al oficial al mando y se apresuró a saludarlo.

—¡Teniente! ¡Estamos más que encantados de verlos! Bienvenidos a bordo.

El teniente, que veía todo esto como una especie de distracción ociosa, sonrió y le dio la mano.

—Parece que han pasado por muchos problemas… lo siento por los trámites.

Jan observó el intercambio desde la oscurecida cabina del *Cuervo* mientras manipulaba un equipo de comunicaciones improvisado. Parecía que Obota y el teniente se llevaban bien… pero, ¿y el resto del equipo de abordaje? Sus caras estaban ocultas tras las armaduras y visores. La única forma de saber lo que decían era monitorizar sus conversaciones… y ahí es donde entraba el equipo de comunicaciones.

La inspección fue superficial en el mejor de los casos, y duró unos cuarenta y cinco minutos. Después de un recorrido rápido por el puente, un paseo por los espacios de ingeniería y un vistazo a los agujeros recién parcheados, el equipo de abordaje regresó al lugar desde donde habían comenzado.

El imperial era un tipo hablador… ansioso por intercambiar rumores y jactarse de sus viajes a la superficie de Ruusan. Y Obota, quien sabía que esa información podría ser útil, escuchaba con atención. Los dos eran uña y carne para cuando pasaron de nuevo a través de la escotilla.

El hangar estaba presurizado, por lo que Obota acompañó al teniente hasta la lanzadera de asalto y ya se estaba felicitando a sí mismo por un trabajo bien hecho cuando el otro oficial se fijó en el *Cuervo*. Lo señaló, y Jan, quien estaba observando a

través de las holocámaras de la nave, sintió que se le helaba la sangre. El Imperial se volvió hacia Obota.

—¿Qué demonios es *esa* cosa?

Por supuesto, habían anticipado la pregunta, pero Obota había esperado oírla antes y le pilló a contrapié. Luchó por recuperarse.

—No es nada bonita, ¿verdad? Perdimos nuestra lanzadera hace unos tres meses, el capitán solicitó una nueva, y eso es lo que nos enviaron.

El teniente asintió con simpatía.

—Todo resulta escaso… por eso mismo el comandante está tan contento por poder tener esos torpedos. El Grupo posee sólo la mitad de la munición a la que tiene derecho, lo cual sería perjudicial en una batalla a gran escala. ¡Maldición! Debería echar un vistazo… pero es un fastidio.

Kyle, alertado por Jan y todavía disfrazado de suboficial, irrumpió en la cubierta.

—¡La barcaza está en posición, señor! Están listos para aterrizar.

El hangar era demasiado pequeño para dar cabida a tres naves al mismo tiempo, así que tendría que ceder.

Obota medio esperaba que el teniente procediera con su inspección de todos modos y se sintió aliviado cuando no lo hizo.

—Gracias, capitán. Ya he visto suficiente. *Espero* volver a verle alguna vez… y les deseo un viaje seguro a casa.

Obota no pudo evitar sentir simpatía por el otro hombre. Estrechó la mano del teniente y salió por la escotilla. Kyle hizo lo mismo.

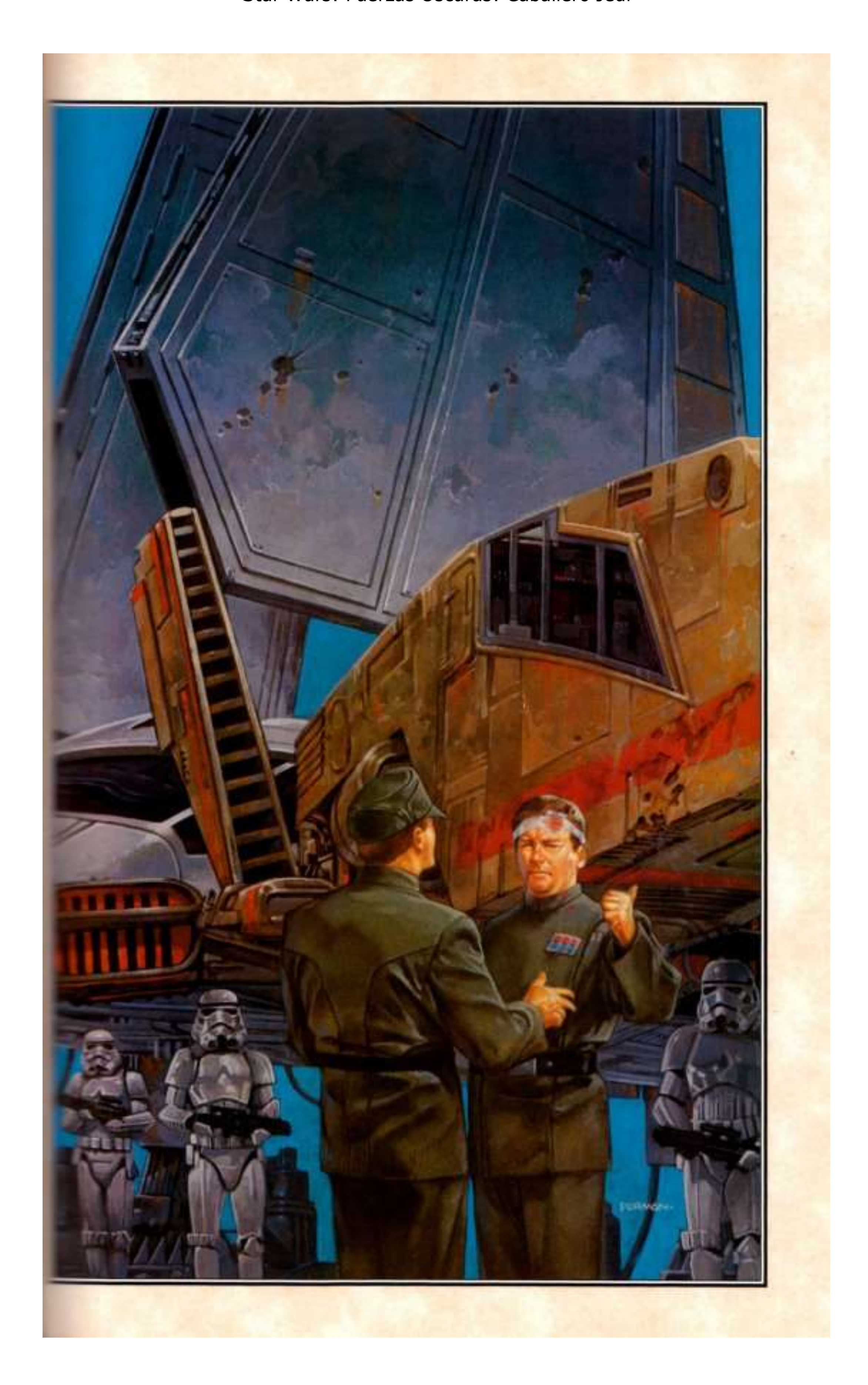
Jan observó los movimientos, suspiró aliviada y deseó que todo hubiera terminado. Pero no mucho después de que se vaciara de aire el hangar y la lanzadera partiera, una barcaza con forma de caja tomó su lugar.

La barcaza transportaba a dos humanos y doce elevadores. Los droides no necesitaban oxígeno, y tenían las bodegas a tiro de piedra, por lo que Obota dejó el hangar abierto al espacio. Esto produjo el meritorio efecto de acelerar el proceso mientras que simultáneamente se aislaba a los pilotos.

La barcaza hizo tres viajes antes de que el último torpedo hubiera sido recogido de las bodegas del transporte y se autorizara su partida. En el momento en que la nave imperial se fue, Obota declaró su intención de llevar a cabo las reparaciones que pudiera y enviar al *Cuervo* a una serie de recados. Había partes que recoger, raciones que obtener, y una misión de «entrenamiento» que permitiría a los agentes pasar sobre el hemisferio norte de Ruusan.

Tales actividades implicaban cierto riesgo, pero proporcionarían a los rebeldes una excelente oportunidad para familiarizarse con la operación imperial e introducir al *Cuervo* en el patrón rutinario de idas y venidas del Grupo de Batalla.

El aterrizaje, y todo lo que siguió, se produjo dieciséis horas después.



Habiendo recibido las autorizaciones necesarias, el *Gran Transportista* se separó del Grupo de Batalla imperial y se preparó para saltar al hiperespacio. Nadie prestó mucha atención a la evolución de la maniobra, ya que era vista como rutinaria y aburrida.

Y pese a que el oficial de operaciones de la flota se dio cuenta del hecho de que el transporte invadió una zona de seguridad Clase I pasando a través de las capas superiores de la atmósfera de Ruusan, lo achacó a la falta de experiencia del oficial al mando. Algunas cosas era mejor ignorarlas… o eso le parecía a él.

Sin embargo, fue durante ese breve momento en el cual el carguero se deslizó sobre el planeta cuando el *Cuervo Oxidado* dejó la seguridad del hangar de la nave mayor y descendió a través de la estratosfera. Jan manejaba los controles. Examinó el panel de instrumentos, esperó a estar bien adentro de la atmósfera y encendió los motores.

—Hasta aquí, todo bien.

Kyle asintió.

—Sí, pero no les llevará mucho tiempo detectarnos. Necesitamos un lugar donde escondernos.

—Cierto —convino la otra agente—, pero primero echemos un vistazo al asentamiento… ese del que habló el teniente.

—¿Fuerte Ninguna Parte?

—Exacto. Nos vendría bien un guía, alguien que conozca la superficie, y ese es el lugar más lógico en el que mirar.

—Buena idea —estuvo de acuerdo Kyle—, pero rápido, antes de que nos lancen un ala de cazas TIE.

Jan asintió y descendió la nave a través de una delgada capa de nubes.

WeGé, el droide utilitario que el padre de Kyle diseñó y que construyeron entre los dos, miró por encima de sus hombros. La máquina podía asumir una variedad casi infinita de configuraciones, pero normalmente tenía la forma de una U invertida. Su brazo derecho era el más poderoso. Incorporaba cuatro juntas articuladas y una pinza en forma de C. La izquierda era menos maciza pero montaba herramientas de tipo humano. Un motor repulsor permitía a WeGé flotar sobre la cubierta.

El droide emitió una serie de pitidos. Kyle asintió.

—Así es, chico… Ruusan tiene un aspecto muy diferente a Sulon.

WeGé hizo un sonido chirriante y se ancló a un mamparo.

Preocupado de que pudieran ser detectados, Kyle escaneó todo el espectro de canales de comunicación. Se escuchaba un parloteo rutinario, estallidos de estática cuando ordenadores intercambiaban paquetes de datos a alta velocidad, y algo más, algo tan débil, tan intermitente, que no estaba seguro de si era intencional. Sin embargo *percibía* que era intencional, y si el Jedi había aprendido algo en los últimos meses, era a confiar en sus sentimientos.

La nave se sacudió cuando Jan la niveló sobre un desierto ondulado y siguió el terreno a medida que subía y bajaba. *Si* se mantenían lo suficientemente bajos y *si* tenían suerte, los agentes escaparían a la detección de los sensores terrestres.

—Escucha esto —dijo Kyle, subiendo el volumen—. ¿Significa algo para ti?

Jan escuchó lo que parecía como una serie de chasquidos. Algunos sonaban en rápida sucesión, mientras que otros se oían tras cortos períodos de silencio entre ellos.

—No, pero es repetitivo, lo cual descarta fenómenos naturales de cualquier tipo.

—Eso es lo que pensaba —convino Kyle—. Vamos a probar algo…

Kyle tocó algunas teclas, pasó la señal a través del ordenador de la nave y esperó una respuesta. Una pantalla cobró vida, y unas palabras aparecieron y se desplazaron de arriba hacia abajo.

«La señal muestra una coincidencia del noventa y nueve por ciento con un código primitivo que implica dos símbolos alternos. Las combinaciones específicas de estos símbolos representan las letras; justo como la notación binaria proporciona una representación simbólica de palabras y números».

Kyle experimentó una sensación de excitación, demandó una traducción y observó el texto aparecer.

«Aterrizar a cincuenta y seis kilómetros rumbo sur desde el Fuerte Ninguna Parte».

El agente verificó que no había más, y señaló hacia la pantalla.

—¡Míralo! ¡Están allí!

—¿*Quiénes* están allí? —preguntó Jan cínicamente—. ¿Los colonos? ¿O una compañía de soldados de asalto?

Kyle se encogió de hombros.

—Todo es posible… pero tengo un *buen* presentimiento.

Jan elevó el *Cuervo*, sobrevoló una montaña de arena, y observó a Kyle por el rabillo del ojo. Ella no había planeado enamorarse de él, ni de ningún otro, pero había sucedido y tenía que lidiar con ello. Lidiar con él *y* con su talento. Era como si tuviera toda una serie de sentidos adicionales… sentidos que ella no tenía.

Jan sintió que una mano cubría la suya, se volvió para encontrarse con la mirada de Kyle y lo vio sonreír.

—¿Estás bien?

La agente pensó en ello por un segundo, se dio cuenta de que sí y asintió.

—Sí, siempre y cuando te tenga a ti.

Kyle le apretó la mano.

—Como si pudieras deshacerte de mí… ¡cuidado con ese risco!

Jan lanzó el *Cuervo* hacia la derecha, guió la nave a través de un espacio en forma de U, y ambos rieron.

Kyle había notado que la señal se hacía cada vez más fuerte a medida que se aproximaban al Fuerte Ninguna Parte. Entonces, justo cuando el *Cuervo* sobrevoló algunas ruinas carbonizadas, las manecillas del indicador se dispararon.

—Echemos otro vistazo —sugirió Kyle, señalando hacia atrás por encima de su hombro—. Podría haber supervivientes.

Jan asintió, efectuó un giro cerrado y redujo la velocidad. El asentamiento, o lo que quedaba de él, realmente ofrecía un panorama desolador. Quedaba muy poco a parte de

edificios quemados, paredes derruidas y tierra ennegrecida. Un solitario gra pastaba al lado del fuerte abandonado.

Kyle silbó por lo bajo.

—¡Mira eso! No queda ni un edificio en pie… ¿por qué?

Jan sabía que la pregunta era retórica y no respondió. Los imperiales habían tratado de erradicar a los colonos o, en su defecto, asegurarse de que eran reducidos a poco más que cazadores-recolectores.

—Está bien —dijo Kyle—, no siento ninguna forma de vida inteligente por aquí… probemos en la zona de aterrizaje.

Jan, que todavía se preguntaba si tal movimiento era sensato, giró hacia el sur. Tardaron menos de quince minutos en alcanzar su destino. Se trataba de una llanura aluvial ubicada entre dos antiguos lechos fluviales. Una cosa era segura, había muy pocas posibilidades de una emboscada, ya que no había ningún lugar donde esconderse. Jan se inclinó a estribor.

—Parece que no hay nadie en casa, ¿ahora qué?

—Las apariencias engañan —respondió Kyle—. Alguien está observando… puedo *sentirlo*.

Jan frunció el ceño.

—¿Alguien bueno? ¿O alguien malo?

Kyle se encogió de hombros.

—Lo siento, eso no lo sé. Aterricemos, mantengamos los sistemas de armas listos y veamos qué sucede.

Jan suspiró, deseó que hubiera otra forma, pero siguió la sugerencia de Kyle. El *Cuervo* descendió, flotó sobre el suelo por un momento, y finalmente se posó sobre la grava aluvial. Jan dejó los sistemas de armas activados, preparó los controles para un arranque rápido y esclavizó los sensores a un control remoto portátil. Fue entonces y solo entonces cuando la agente siguió a su compañero afuera. Se arrodilló al lado de la nave y dejó que la grava se filtrara entre sus dedos.

El metal crujía a medida que se enfriaba, y una brisa soplaba desde el norte. Jan aspiró profundamente el fresco aire sin reciclar.

—Bonito, ¿verdad?

Kyle encontró algo sólido rebuscando con los dedos, apartó la grava y liberó el objeto.

—¡Oye! ¡Mira esto!

Levantó el objeto para que ella lo inspeccionara, y Jan vio lo que quedaba de una vieja daga. El mango, que podría haber sido de madera o hueso, se había descompuesto cientos de años antes, pero la hoja estaba como nueva.

Entonces, como sensibilizada por el hallazgo de Kyle, su mirada se fijó en algo que sobresalía en la llanura. La rebelde se acercó, tocó el objeto con su bota y sintió que cedía. Se inclinó, encontró un asidero, y lo sacó.

—¡Mira, Kyle! ¡Un casco!



Kyle se levantó y se movió en su dirección.

—Parece que hemos tropezado con un antiguo campo de batalla… Me pregunto quién ganó…

La pregunta quedó sin respuesta cuando algo zumbó sobre la cabeza del agente. El bláster de Jan estaba medio fuera de su funda cuando Kyle la agarró del brazo.

—¡No! Déjalos mirar.

El dispositivo completó un circuito alrededor de la nave y regresó. Tenía la forma de un bumerang y estaba equipado con sensores. Jan nunca había visto algo como eso… lo cual sugería que se trataba de los colonos y no de los imperiales. La máquina flotó quedándose estática, como examinándolos, giró, y entró en el *Cuervo*. WeGé permanecía a bordo… Kyle podía imaginarse a las máquinas examinándose entre ellas. Sus pensamientos se dirigieron hacia los dueños del dispositivo volador.

—Cautelosos, ¿verdad?

Jan asintió.

—Y con razón.

El volador, si es que el dispositivo podía llamarse así, salió de la nave, voló en círculos sobre sus cabezas y se lanzó hacia el oeste. Volvió segundos después, volvió a ejecutar la misma secuencia, y se alejó de nuevo.

—Quieren que lo sigamos —dijo Kyle con calma—. Pongamos la nave en marcha.

Los rebeldes volvieron a entrar en la nave, verificaron los sensores y despegaron. El remoto flotaba frente a ellos, y de pronto giró y aceleró alejándose. La máquina con forma de bumerang era rápida para algo de su tamaño, pero era difícil mantener el contacto visual y volar tan despacio. Jan se sintió aliviada cuando el dispositivo perdió altitud y se preparó para aterrizar.

Kyle vio un par de colinas bajas alzarse para abrazarlos y utilizó su talento recientemente desarrollado para extenderse con la Fuerza. Era como un lago enorme, en gran parte tranquilo, pero receptivo a la menor perturbación. Había seres sintientes por delante… unos cuantos. ¿Eran colonos? ¿Supervivientes del ataque al Fuerte Ninguna Parte? ¿O soldados de asalto esperando emboscados? La lógica sugería lo primero… sus emociones lo último.

Grif Grawley estaba en la cima de una de las dos colinas que custodiaban la entrada al Valle y a las ruinas de más allá. La estatua que ocupó la plataforma a su izquierda cayó cientos de años antes.

Los restos estaban esparcidos por la ladera delantera y apuntalaban una mano hábilmente esculpida. La palma estaba ennegrecida donde habían ardido señales de fuego, orientando a los viajeros a muchos kilómetros de distancia. Debió haber sido algo impresionante. Carole le tocó el brazo.

—¡Grif! ¡Mira! Aquí vienen.

El colono miró, agarró los electrobinoculares y miró de nuevo. Era una nave, eso seguro… con Fido a la cabeza. Sonrió. No se sabía quiénes eran los visitantes, pero una cosa era segura: la nave estaba despejada. Él mismo había supervisado la inspección.

—¿Qué piensas? —preguntó Carole—. ¿Son rebeldes?

Grif siguió a la nave mientras pasaba y descendía hacia el suelo.

—Buena pregunta, cariño. Tú has visto el vídeo… ¿reconoces al hombre?

—No, creo que no…

—Bueno, podría estar equivocado, pero a mí me resulta familiar. Se parece mucho al chico de Morgan Katarn… el que dejó Sulon para ir la Academia Militar Imperial. La pregunta es, ¿tengo razón? Y *si* la tengo, ¿de qué lado está? Es hora de averiguarlo.

La plaza era lo suficientemente grande como para acomodar a un escuadrón de ala-X. Jan eligió un lugar entre una fuente que alguna vez tuvo que ser espectacular y un amplio tramo de escaleras que conducían a un templo. Un grupo de humanos, todos armados, vigilaron su maniobra.

El *Cuervo* aterrizó con un sonoro golpe. Los rebeldes instaron a WeGé a vigilar y bajaron por la rampa para salir a la cada vez más cálida atmósfera. Un hombre con una barba de tres días se adelantó, ofreció su nombre, Grif Grawley, y le estrechó la mano a Kyle.

—Hola, muchacho, ¿cómo está tu padre?

Kyle observó el rostro del otro hombre, se dio cuenta de quién era, y sonrió.

—¿Ciudadano Grawley? ¿Eres tú? ¡Esto es maravilloso! ¿Cómo está tu esposa?

—Estoy bien —dijo Carole, dando un paso adelante—. Gracias a tu padre… Tuvimos problemas en Sulon y él nos trajo aquí.

Grif se aclaró la garganta.

—Lo cual genera una pregunta interesante, muchacho. Sabemos de qué lado está tu padre, pero tú eres un misterio. Suelta el bláster *y* el sable de luz. Eso también va por ti, jovencita… hasta que aclaremos las cosas.

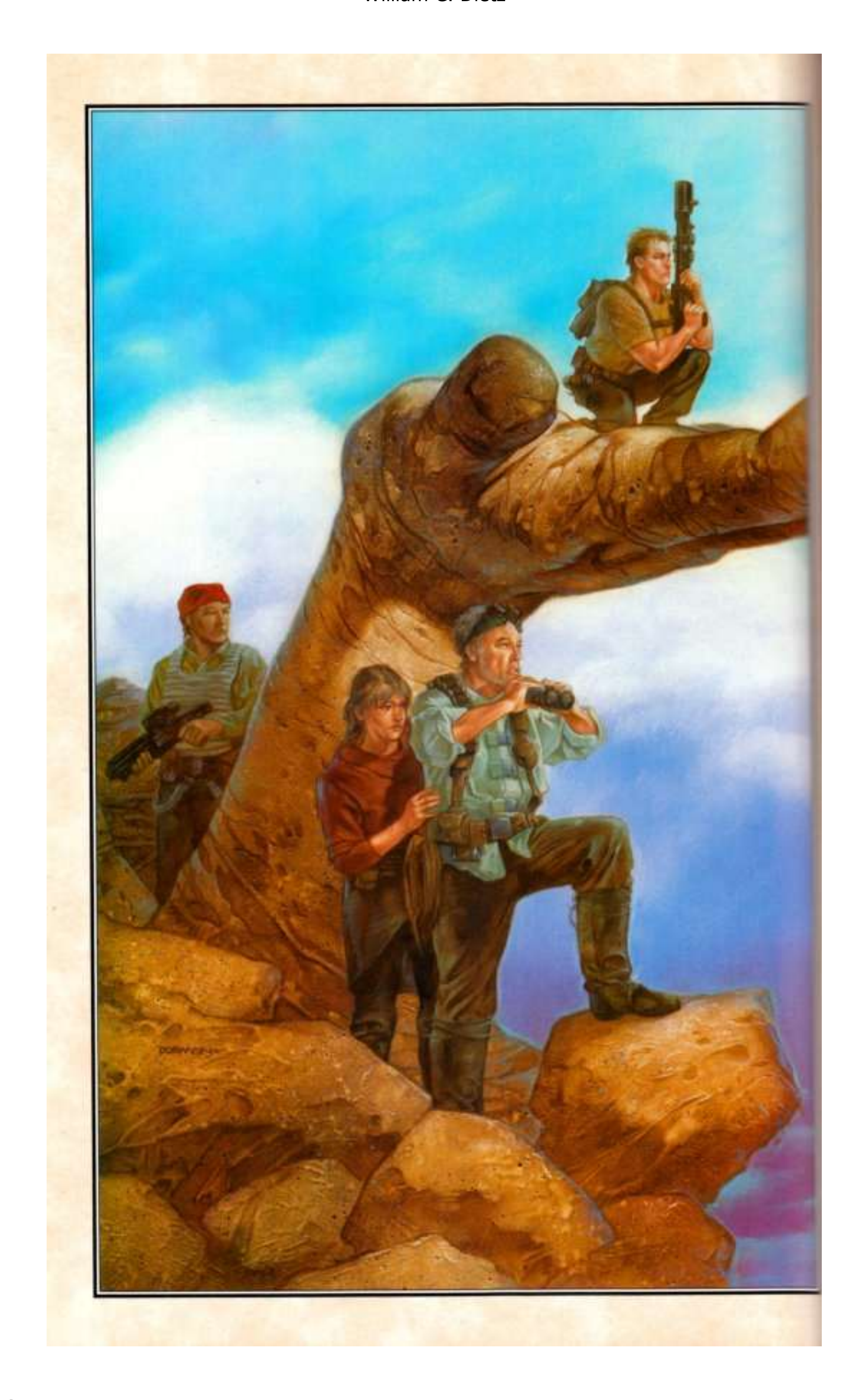
Los agentes miraron a su alrededor, vieron más de una docena de armas apuntando en su dirección, e hicieron lo que se les dijo.

—Eso está mejor —dijo Grif con ecuanimidad—. Ahora, ¿por dónde íbamos? Ah, sí, ¿cómo está tu padre?

—Muerto —respondió Kyle amargamente—. ¿Recuerdas el espaciopuerto? Bueno, ahí es donde exhibieron su cabeza. En una pica para que todos la vieran. Por eso estoy aquí, para vengar su muerte, pero más que eso, para evitar que los imperiales saqueen el Valle de los Jedi.

Carole Grawley se llevó la mano a la boca y su marido frunció el ceño. ¿Morgan Katarn? ¿Muerto? Podría ser una mentira… pero Grif no lo creía. Maldijo, se volvió hacia un grupo de testigos y dio algunas órdenes.

—Lasko, Kimber, Pardy; echad un poco de malla sobre esa nave y despejad la plaza. Ya sabéis que los imps no están ciegos… Vamos, vosotros dos… ocupémonos de esto sin el sol sobre nuestras cabezas. Frío por la mañana y calor más tarde, así es como van las cosas aquí.



Los rebeldes se sentían desnudos sin sus armas y más que un poco nerviosos ante tantos blásters apuntando en su dirección. Grif los condujo escaleras arriba y atravesó una enorme entrada. El interior del templo estaba sorprendentemente bien iluminado gracias a un antiguo sistema de claraboyas y espejos. Una docena de rayos de luz, cada uno llegando desde un ángulo diferente, convergía en la estatua de un hombre. Estaba inclinado hacia delante, con el mentón apoyado en un puño.

Grif señaló el espacio a su alrededor.

—Bienvenidos a nuestro hogar temporal. Aquellos que tuvieron la fortuna de sobrevivir al ataque al Fuerte Ninguna Parte se agruparon, reunieron todos los recursos que pudieron y vinieron aquí.

Carole Grawley escuchó con asombro cómo su marido, que normalmente carecía de tacto, suavizaba el hecho de que los «urbanitas», como a él le gustaba llamarlos, ignoraron sus advertencias, sufrieron pérdidas terribles y huyeron hacia las tierras baldías. Un área sobre la cual sabían muy poco. Carole nunca olvidaría el día en que ellos llegaron, activando las alarmas del perímetro e interrumpiendo la siesta de media tarde de su marido. El hecho de que Grif aceptara ayudarles, y posteriormente se metamorfoseara en su líder, no fue menos que un milagro. O eso le parecía a ella.

Ajeno a los pensamientos de su esposa, Grif señaló hacia una mesa improvisada y al equipo amontonado más allá.

—Descansa un poco y cuéntanos la historia. Aquí la mayoría de las cosas suceden por la noche… así que tenemos mucho tiempo.

Kyle tomó asiento e intentó ignorar a los espectadores. Contó la historia de cómo fue a la Academia, recibió la noticia de la muerte de su padre y se dirigió a casa. Fue durante el viaje cuando se encontró con Jan por segunda vez, se enteró de que su padre había sido asesinado por el Imperio, y se comprometió con la causa rebelde.

La incursión en Danuta no parecía relevante, así que la dejó de lado y fue directamente a los eventos en Sulon. Estos eran de considerable interés para la mayoría de los presentes, ya que de allí provenían la mayoría de ellos y, en muchos casos, esperaban regresar.

Kyle describió sus batallas con Yun, Gorc, Pic y 8t88 en términos secos y desapasionados, explicó cómo Jan y él recuperaron las coordenadas y por qué habían venido.

Un colono llamado Lasko, el mismo que fue atacado por Sariss, había escuchado con interés. ¿Podrían los Jedi de la historia de Katarn ser los mismos que destruyeron el Fuerte Ninguna Parte? Ciertamente parecía que sí.

Jan sentía que había sido una historia bien expuesta, pero al menos uno de los presentes estaba en desacuerdo. Era un individuo belicoso con una prominente mandíbula inferior y hombros robustos. Su nombre era Pardy, Luther Pardy, y llevaba las armas de Kyle como si fueran suyas.

—Es una bonita historia, chico, una *muy* bonita historia, como los cuentos de hadas que las señoras les cuentan a los críos. ¿Por qué deberíamos creer esta basura?

Especialmente lo de la Fuerza, Caballeros Jedi y todo eso. Me suena bastante conveniente… algo así es lo que diría un espía.

Lasko miró a los dos hombres, decidió apoyar a Katarn si se trataba de eso, y permitió que una mano descansara sobre su bláster.

Una nube pasó frente al sol. El nivel de luz se redujo un veinte por ciento. La estatua pareció fruncir el ceño, y todas las miradas convergieron en Kyle. Lentamente, para no asustar a ninguno de los colonos de gatillo fácil, se levantó.

Pardy, quien pesaba más que el agente por unos buenos quince kilos, sonrió. Una victoria rápida y fácil elevaría su estatus dentro del grupo. Haría que Grawley le escuchara más. Se relamió los labios.

Kyle se encontró con los ojos del otro hombre, tendió la mano como si estuviera dispuesto a estrechársela con él, y visualizó lo que quería. Un objeto zumbó por los aires y golpeó la superficie de su palma haciendo un ruido seco. La energía chisporroteó cuando el sable de luz fue encendido, y Pardy dio un paso atrás.

Media docena de blásters se elevaron pero cayeron cuando Grif negó con la cabeza.

—Bueno, Pardy, ¿no hay más preguntas? Supongo que no. Será mejor que le devuelvas ese bláster. Bienvenido a Ruusan, muchacho… y tú también, Jan. Habladnos sobre el Valle y lo que podemos hacer para ayudar.

Lasko sintió una tremenda sensación de alivio. Solo un Jedi podía derrotar a otro Jedi. Ahora había esperanza.



No había un momento especialmente seguro para moverse por la superficie del planeta, pero la noche ofrecía cierta protección y era el único momento en el que los brincadores se aventuraban a salir. Había sido idea de Grif encontrarse con los lugareños y buscar su consejo. Después de todo, los brincadores eran o nativos de Ruusan o bien llevaban allí tanto tiempo que no marcaba ninguna diferencia, y conocían el planeta mejor que nadie.

Grif dio un codazo al brazo del agente. Los dos, además de Jan y seis de los colonos más capacitados, se habían refugiado en una fortaleza rocosa. Había un peñasco en el centro del refugio, rodeado por rocas desprendidas más pequeñas a las que había dado origen inadvertidamente. Moldeado de los flancos de su matriz por las fuerzas combinadas de calor, agua y frío, el peñasco proporcionaba un punto de vista desde el cual los rebeldes podían observar la planicie circundante.

Ruusan tenía nada menos que tres lunas… todas ellas visibles. Grif señaló hacia el área plana frente a ellos.

—Ahí es donde es más probable que aparezcan los brincadores… Tienen forma de bolas, tienen tentáculos retráctiles y dependen del viento para propulsarse. Todo lo cual puede que explique su estilo de vida, paciencia y fatalismo inherente.

Kyle levantó una ceja, Grif pareció incomodarse.

—Oye, tiene sentido, ¿no? No necesitas ningún título de antropología para imaginar eso.

—Tiene mucho sentido. Continúa.

—Bueno, tienen ojos grandes, para captar luz, y les encanta rodar con el viento. Es entonces cuando buscan obstáculos, se dirigen a ellos, y chocan brincando por los aires.

—De ahí el nombre «brincadores» —intervino Kyle.

—Correcto —confirmó Grif—. Y entonces es cuando flotan… tanto como el viento los lleve.

—Suena maravilloso —dijo Jan melancólicamente—. Espero que vengan.

—No hay forma de saberlo —respondió el colono—, pero las condiciones son las adecuadas. Tu padre los conocía —añadió Grif, volviéndose hacia Kyle—. Y ellos todavía hablan de él, o escriben sobre él, ya que así es como se comunican.

—¿Los brincadores conocían a mi padre? —preguntó Kyle incrédulo—. ¿Cómo es posible?

—Tu padre era un hombre interesante —respondió el colono—. Una vez que nos trajo y organizó las cosas, tomó prestado un deslizador y se fue. Todos dijeron que estaba loco. Quién sabe cuándo se topó con los brincadores, pero lo hizo. Ellos lo llaman «aquel que nunca fue Caballero», signifique lo que signifique.

Kyle sintió cómo se le ponía la piel de gallina a lo largo de los brazos. Su padre podría haber sido un Caballero Jedi… y eligió no serlo. En cualquier caso, esa era *su* teoría, que se hacía eco con lo que decían los brincadores. Pero, ¿cómo podía saberlo?

—¡Mira! —dijo Jan emocionada—. ¡Veo algunas manchas blancas!

—Aquí vienen —confirmó Grif, mirando a través de sus electrobinoculares—. Fijaos bien… disfrutaréis con esto.

Las criaturas enviaban ondas a través de la Fuerza. Kyle había levantado sus electrobinoculares y estaba a punto de echar un vistazo cuando otra presencia se registró en su conciencia.

El agente se volvió, trepó a una roca de cima plana y escaneó el horizonte sur. Le tomó menos de cinco segundos localizar los objetivos entrantes e identificarlos por lo que eran: un deslizador terrestre con dos motos deslizadoras como escolta.

—¡Grif! ¡Jan! Tenemos compañía. Alertad a los demás.

—¿Qué hay de los brincadores? —exigió Jan—. ¡Tenemos que advertirles!

Kyle se dio la vuelta, se dio cuenta de que los globos estaban mucho más cerca de lo que habían estado antes, y los vio rebotar en el aire. Su mente iba a toda velocidad, tratando de encontrar una solución, cuando las motos deslizadoras abrieron fuego.

Más pequeñas y por lo tanto más rápidas que el deslizador pesadamente cargado, se dividieron ante la pila de rocas que había frente a ellas y fueron en direcciones opuestas. Una hacia el oeste y la otra hacia el este. La luz generada por los cañones de energía dividió la noche en formas geométricas mientras las motos se perdían en la distancia. Los brincadores reaccionaron replegándose.

—Los están agrupando —gritó Grif—, ¡para que los soldados del deslizador puedan masacrarlos!

—No, esta noche no lo harán —dijo Jan sombríamente—, no mientras yo viva.

La agente tomó su rifle bláster, trepó a una posición aún más alta, y envolvió la cincha alrededor de su codo. Kyle consideró tratar de detenerla y supo que sería inútil. Jan iba a pelear a pesar de que probablemente un tiroteo revelaría su presencia y comprometería una misión ya de por sí peligrosa. Todo por unos alienígenas que ni siquiera había conocido. Mon Mothma nunca lo hubiera aprobado. Sin embargo, Kyle la amaba por eso, y se volvió hacia Grif.

—Si tu gente quiere ajustar cuentas, esta es su oportunidad. Los presos estan seguros, pero nadie escapa… *nadie*.

Jan quería aprovechar al máximo la sorpresa. Eso significaba que cada uno de los primeros disparos tenía que contar. Echó un vistazo por el visor, apuntó frente a la moto deslizadora a la distancia que juzgó correcta y apretó el gatillo.

Energía coherente surgió, el imperial chocó contra ella y la moto explotó. Llovieron escombros todavía llameando mientras el motorista superviviente disparaba contra las rocas y pedía ayuda.

El oficial a cargo de la patrulla, el teniente Aagon, vio la explosión, sabía que sus soldados de asalto serían menos vulnerables en el suelo, así que ordenó al piloto que aterrizara.

Los soldados salieron corriendo, Aagon los siguió, y corrieron hacia las rocas. Fue una carrera corta y fácilmente completada.

El oficial sabía que los rebs estaban en el lado opuesto de las rocas y quería mantenerlos allí. Su piloto, un sargento llamado Forley, y el artillero, un recluta llamado Leeno, todavía estaban a bordo. Aagon habló por el comunicador.

—Llevad el deslizador al otro lado de las rocas. Inmovilizad a los rebeldes. Nosotros atacaremos por detrás.

El motorista muerto había sido el mejor amigo de Forley. Él planeaba hacer algo más que inmovilizar a los rebs… planeaba matarlos.

—¡Señor! ¡Sí, señor!

Confiando en la competencia de Forley, Aagon lideró a seis soldados a través del laberinto rocoso. Podría haber solicitado refuerzos, pero tenía buenas razones para no hacerlo.

La primera era que su área de patrulla autorizada se encontraba a diez kilómetros al sur. Una bonita compilación de barrancos y desfiladeros, pero no el tipo de lugar al que los brincadores iban, lo que significaba que la caza era deficiente.

La segunda razón tenía que ver con su inmediato superior, un tipo ambicioso que enseguida se llevaría todo el crédito y dejaría para Aagon la lucha.

No, decidió el teniente, *nosotros mataremos a los rebeldes, informaremos de que el combate tuvo lugar doce kilómetros al sur, y nos anotaremos algunos puntos para la próxima consignación.* Justo el tipo de cosa que estimularía su siguiente ascenso.

Confiando en que su plan funcionaría y con ganas de seguir adelante, el oficial trepó por un peñasco y se deslizó por un hueco. Los soldados le siguieron.



El deslizador rodeó las rocas y, con el apoyo de la moto restante, abrió fuego. Había muchos lugares donde esconderse, por lo que el ataque tuvo muy poco efecto. Pero Forley sabía una cosa o dos y cambió de táctica. Le ordenó a Leeno que concentrara el fuego en un solo peñasco. El artillero lo hizo, observó la roca comenzar a brillar, y pronto fue recompensado con una explosión.

Kyle se agachó cuando fragmentos de roca afilados como navajas volaron en todas direcciones, arrancaron el brazo a un rebelde y se desintegraron al golpear las rocas circundantes. El hombre comenzó a gritar pero se detuvo cuando otra esquirla lo golpeó en la cabeza. Kyle se escabulló hacia Jan.

—Dame una ventaja de dos minutos y luego acaba con ellos.

Jan asintió sombríamente y no se perturbó lo más mínimo cuando Kyle se llevó a la mayor parte de la fuerza rebelde con él. Él mismo había conducido soldados de asalto a la batalla, y también con éxito.

Una adolescente había sido dejada atrás para cubrir la espalda de Jan. La chica se llamaba Portia. Tenía la piel oscura, dientes blancos y ojos inteligentes. La agente disparó sin apuntar a la moto deslizadora, hizo un gesto a la chica, y la siguió a través de las rocas.

Luz brilló por detrás de ellas. Las mujeres se detuvieron y miraron atrás. Otra piedra había empezado a relucir, por lo que se agacharon detrás de un saliente. Jan miró el arma de la adolescente. Parecía estar limpia y bien cuidada. La roca explotó, los fragmentos salpicaron las superficies circundantes, y las rebeldes los ignoraron.

—Bien, Portia, ¿eres buena con esa cosa?

—Una de las mejores —respondió la adolescente con confianza—. Eso es lo que me dicen.

—Genial —respondió Jan firmemente—, porque estamos a punto de apostar mi vida en ello.



El soldado RW957 estaba donde le gustaba estar, en el extremo final de la columna, cerrando la retaguardia. Una posición donde era menos probable que lo mataran en una emboscada, o lo enviaran a una misión suicida, o accidentalmente le dispararan por la espalda. *Sí señor,* pensó para sí mismo RW957, *debes tener un plan si quieres sobrevivir, y no solo* un *plan, sino muchos planes, es por eso que…*

La única advertencia fue el susurro de tela. Un brazo se deslizó alrededor del cuello del soldado, una mano le quitó el casco, y la luz de la luna se reflejó en la hoja afilada. El

soldado de asalto pensó en la palabra «ayuda» pero nunca tuvo la oportunidad de pronunciarla.

Jan trepó a una roca cuidadosamente elegida, encendió la bengala y la agitó en el aire. El soldado de la moto deslizadora mordió el anzuelo, giró hacia el objetivo y accionó los frenos. *Una plataforma estable permite un disparo certero.* Eso es lo que decía el manual, y el manual tenía razón.

Portia se obligó a sí misma a esperar hasta que el objetivo quedó alineado con su visión, apretó el gatillo como se suponía debía hacerlo, y lo mantuvo presionado. Los primeros rayos fueron deflectados por la armadura blanca, pero el cuarto logró chamuscarla, y el quinto, el sexto y el séptimo la perforaron. El soldado cayó del sillín, la moto comenzó a ir a la deriva, y Jan lanzó la bengala tan lejos como pudo.

Aagon escuchó las explosiones de las rocas, vio encenderse la bengala, y se preguntó qué estaban tramando los rebs. El oficial buscó un asidero, encontró lo que estaba buscando y se elevó a sí mismo. La parte superior de la roca era plana e inclinada hacia el norte. Algo se movió, y él levantó su bláster. Fue entonces cuando un dedo tocó su hombro.

—Yo no haría eso si fuera tú… suéltalo.

El imperial estaba en proceso de volverse, de tratar de matar al hombre que estaba tras él, cuando escuchó algo «chasquear». Parpadeó ante la aparición de una barra de luz incandescente, se alejó momentáneamente y a continuación descendió hacia su cara. Tuvo un instante para un último pensamiento, algo profundo hubiera sido bonito, pero no llegó nada. La luz era la cosa más brillante que Aagon hubiera visto jamás.

El deslizador había disparado innumerables rayos de energía y todo había sido en vano. Siguió flotando mientras Forley luchaba por tomar una decisión… no era algo que la estructura de mando imperial entrenara para que hicieran los sargentos. Ambos motoristas estaban muertos, y no podía contactar con el teniente. Todo debería haber terminado ya. ¿Qué hacer? ¿Quedarse ahí? ¿O huir? Ninguna de las alternativas parecía muy atractiva. El deslizador era un objetivo muy visible, aunque huir conllevaba sus propios problemas. ¿Y si Aagon y el resto del escuadrón seguían vivos? ¿Cómo explicaría dónde habían estado? Todo era un lío.

Leeno interrumpió los pensamientos de Forley.

—¡Sargento! ¡Detrás de ti!



Forley se volvió, se dio cuenta de que un gran globo blanco se había desplazado a pocos centímetros de su rostro, y alzó las manos. El brincador usó sus tentáculos para sujetar las manos, las usó para empujarse hacia delante y envolvió la cabeza del sargento.

Horrorizado, Leeno giró su arma hacia proa y abrió fuego. El brincador murió, pero también lo hizo Forley, lo que causó que el imperial entrara en pánico. Saltó por un lado y corrió. El artillero seguía corriendo cuando los brincadores descendieron del cielo, le hicieron caer sobre las rodillas y lo inmovilizaron contra el suelo.

Grif, junto con un par de rebeldes, llegaron dos minutos después. Leeno, con su mente inundada de imágenes de la muerte de Forley, continuaba gritando.



Las tres hermanas habían abandonado el cielo, las estrellas apenas eran visibles, y una irregular línea rosada marcaba el horizonte oriental. Habían pasado horas mientras los rebeldes enterraban a los muertos, camuflaban las tumbas y cargaban armas y otro equipamiento en el deslizador imperial.

—Un buen aparato —dijo Grif, palmeando un sólido flanco—. Podemos aprovecharlo.

—*Y* la moto deslizadora —añadió Jan—, sin mencionar el resto de cosas.

—Puede que todavía queden más cosas ahí afuera —dijo Kyle, recordando lo difícil que había sido buscar en la oscuridad—. Espero que no las encuentre la gente equivocada.

Grif se encogió de hombros.

—¿Qué probabilidades hay? Además, tenemos que salir de aquí antes de que salga el sol y comience la búsqueda.

Eso tenía sentido. Kyle se volvió hacia la delegación de brincadores. Su piel se mecía ante la brisa mientras usaban sus tentáculos como anclas.

Uno del grupo, un individuo al que Grif había denominado «Flotador», había aceptado servir como guía. Se movió entre sus compañeros y se despidió de cada uno de ellos.

Su líder, un espécimen especialmente curtido que se había encontrado con Morgan Katarn durante la visita de este al planeta, observó cómo Kyle rascaba el duro suelo de tierra escribiendo con un cuchillo de combate.

«Tú y tu pueblo debéis ocultaros… ¿estaréis bien?».

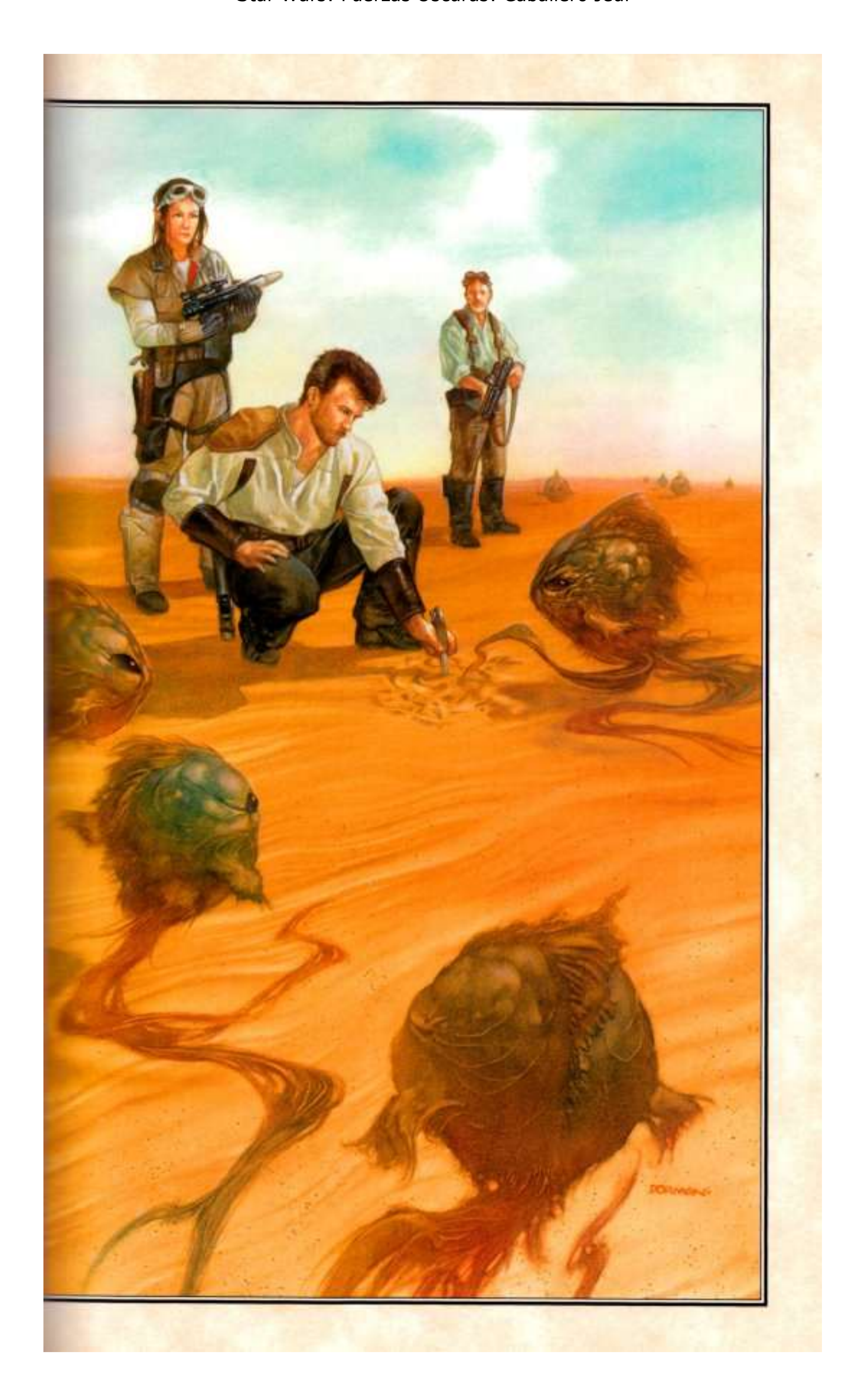
Sintió el tentáculo seco y cálido donde lo tocó en la mano, se deslizó hacia abajo y tomó el control del cuchillo. La sintaxis era extraña pero comprensible.

«Soplando el viento firme. Estaremos bien».

Kyle aceptó el cuchillo de vuelta y labró una respuesta.

«Siento la muerte de vuestro amigo. Gracias por permitir que Flotador nos ayude».

«Sentimos nosotros la muerte de vuestro compañero racial», respondió el brincador. «Flotador va donde debe… aunque muerte pueda traerle».



Kyle pensó en Jerec, en aquellos que le servían, y sintió un vacío en la boca del estómago. Tomó el cuchillo.

«Sabéis lo que hemos venido a hacer… ¿tendremos éxito?».

El brincador parpadeó. La hoja desprendió pequeños pedazos de roca mientras grababa palabras en el suelo.

«Todo el mundo sabe que un Caballero vendrá, una batalla se librará, y los prisioneros serán liberados. Si no ahora… entonces algún día».

La respuesta distaba mucho de ser satisfactoria… y las palabras resonaron mucho después de que el viento las borrara.

CAPÍTULO 4

Yun había apartado de una patada las sábanas de su cama. Yacían amontonadas en la cubierta. Sus miembros se crisparon ante el horror que estaba a punto de cometer. La lluvia salpicaba sobre el suelo ya empapado. Una capa de lo que parecía niebla o ectoplasma flotaba sobre el barro removido. Veinte hombres y mujeres estaban arrodillados ante una tumba abierta. Eran culpables de algo… no podía recordar de qué.

Algunos prisioneros tenían lágrimas corriendo por sus mejillas, otros gruñían desafiantes, pero la mayoría no mostraba ninguna expresión. Simplemente miraban hacia la fosa y esperaban su destino.

Yun levantó el sable de luz sobre su cabeza, sintió cómo se hacía más pesado, y se dio cuenta de que se había transformado en una antigua espada. La hoja curvada tenía el borde afiladísimo. Fue entonces cuando el Jedi recordó que había tenido este sueño muchas veces antes. Luchó por despertarse, fue incapaz, y supo lo que sucedería.

Por quizá enésima vez, el rostro de Nij Por Ral, un profesor de lingüística un tanto corpulento, levantó la mirada hacia él y suplicó misericordia.

—¡Por favor! ¡Te lo ruego, perdónanos!

Una parte de la personalidad de Yun no sentía ninguna animosidad en particular hacia el hombre y quería aceptar su petición, pero otra parte, la sombra que habitaba en su interior ansiaba estatus y reconocimiento. Estatus y reconocimiento que podían ser y serían otorgados por Jerec y Sariss si *cumplía* con sus expectativas.

El acero reluciente comenzó su curso descendente. Yun lamentó el golpe incluso mientras caía. No por la lesión que causaría, sino porque era defectuoso, y todos lo sabrían. Hizo una mueca cuando la hoja se hundió en el hombro de Por Ral. El metal rechinó contra hueso mientras el lingüista gritaba de dolor y Yun forcejeaba para liberar el arma. Finalmente, habiendo movido la espada adelante y atrás, la espada se soltó. Muerto de vergüenza, el Jedi puso fin a los gritos angustiados del prisionero.

Pero el horror no había terminado… ni mucho menos. Yun siguió recorriendo la fila. Su madre, padre y hermana estaban de rodillas ante él. Le suplicaban con los ojos, pero era en vano. Ya los había matado, si no con acero, con palabras. Pero no importaba

cuántas veces los asesinara, siempre regresaban. La hoja se elevó y descendió. Cabezas rodaron y cayeron en el foso, seguidas de los cuerpos a los que pertenecían.

La lluvia, combinada con la sangre de sus víctimas, había empapado la ropa del Jedi. Se estremeció, luchó por levantar la espada y se sorprendió por su peso. Era pesada, *demasiado* pesada, como si cada vida de alguna manera se hubiera añadido a su masa…

Luz inundó la habitación, y Yun se removió en respuesta. El Jedi rodó saliendo de la cama, activó el sable de luz y se levantó listo para luchar.

Boc, quien estaba en la escotilla, rio burlonamente.

—¿Qué pasa, chico? Andamos un poco nerviosos, ¿eh? Bueno, contrólate. Parece que Jerec necesita tu escuálida presencia.

Yun dio un paso adelante, sable de luz en mano, pero el otro Jedi rio.

—Ahorra tus energías, chico… creo que vas a necesitarlas.



El camarote, ya espartano, pareció aún más desnudo cuando Jerec colocó la última de sus escasas pertenencias en la maleta. Si bien el Jedi no tenía ningún interés en la cantidad, era escrupuloso con las posesiones que tenía y no le gustaba que otros las tocaran.

Llamaron a la puerta. La forma en que cada persona interactuaba con la Fuerza era única, y esta perturbación era típica de Yun. Un estudiante prometedor… pero lleno de dudas. *Ah, bueno*, pensó Jerec para sí mismo, *un poco de aderezo lo arreglará*.

—Entra.

Yun entró cautelosamente, preguntándose qué le reservaba el viejo Jedi, esperaba que el Maestro estuviera de buen humor. Jerec asintió reconociendo la presencia de Yun.

—Gracias por venir… Necesito tu ayuda.

¡Jerec necesitaba su ayuda! El joven Jedi sintió que su corazón se hinchaba hasta al menos dos veces su tamaño normal. No podía esperar a contárselo a Sariss.

—Sí, milord, ¿cómo puedo ayudarle?

—La fase dos del reconocimiento ya está completa. La torre se encuentra en las etapas finales de construcción. Siendo así, el *verdadero* trabajo puede comenzar. Me marcharé a la superficie en una hora.

Yun asintió.

—Sí, milord.

—¿Has estudiado los resultados del reconocimiento?

—Sí, milord.

—¿Y los hallazgos principales son?

—Un gran valle, lleno de miles de tumbas Jedi, e investido con su poder.

—¿*Y*?

Yun se encogió de hombros.

—Y un sistema circundante de cuevas, algunas de ellas vacías, otras llenas de artefactos potencialmente valiosos.

—Artefactos potencialmente *valiosos* —enfatizó Jerec, cerrando la maleta—. Justo lo que necesito para sufragar el coste de esta flota… y para que dejen de molestarme esos imbéciles imperiales. ¡Maldición, son estúpidos! El universo entero se extiende ante ellos y no ven nada. Aun así, son como son, y debemos aceptarlo. Botín, eso es lo que quieren, y botín tendrán. Gracias a ti.

Yun sintió que su corazón se hundía. ¿Botín? Chatarra más bien… chatarra interesante, pero chatarra al fin y al cabo. Especialmente cuando se comparaba con la cámara principal y el inimaginable poder disponible allí. Pero tener tales pensamientos y expresarlos en voz alta eran dos cosas diferentes. Yun se tragó su decepción.

—Sí, milord. ¿Cómo debo proceder?

Jerec giró sus cuencas vacías en dirección a Yun.

—Acompáñame a la superficie, localiza a un oficial llamado Vig y asume el mando. El trabajo avanza lentamente, demasiado lentamente, y quiero que tú corrijas eso.

Yun percibió que había más, reunió valor y formuló la pregunta obvia.

—Conozco al Mayor Vig. Parece lo suficientemente capaz… ¿cuál es el problema?

Jerec sonrió.

—Más de mil espíritus Jedi están atrapados dentro de las paredes del Valle… y nuestros esfuerzos los han despertado. Algunos de los espíritus presos han comenzado a aullar a través de los pasillos, a asustar a los soldados de asalto y a sembrar el caos. El mayor está fuera de sí.

Yun maldijo su suerte. Hacer de niñera de espíritus y soldados de asalto… una tarea de bajo nivel. ¿Por qué no Maw? ¿O Boc? Porque Maw era impredecible… y Boc demasiado astuto. ¿Y Sariss? No, Jerec tendría otras tareas más importantes para que su segunda al mando llevara a cabo. Yun suspiró.

—Sí, milord. Me prepararé y me reuniré con usted en el hangar.

Jerec esperó a que se cerrara la escotilla, sintió que la energía del joven Jedi empezaba a desvanecerse, y sonrió. Incluso la mejor de las espadas debía ser probada.



Yun preparó sus cosas rápidamente y se dirigió hacia el hangar. Rara vez tenía la oportunidad de pasar tiempo con el Maestro, e intentaba aprovechar todas las oportunidades, sin importar cuán breves fueran.

Los dos hombres se encontraron en el pasillo principal, y caminaron hombro con hombro hacia el hangar. Los soldados de asalto se apartaban rápidamente de su camino, los oficiales se ponían firmes, mientras tanto Yun disfrutaba con el reflejo de la gloria. Era en momentos como ese cuando sus dudas desaparecían y el precio parecía merecer la pena.

La lanzadera estaba esperando, la puerta del hangar se abrió y un par de cazas TIE los escoltaron en su descenso. El viaje a la superficie transcurrió sin incidentes, lo cual Yun agradeció. Jerec tenía muchas cualidades desagradables, pero había excepciones: podía

ser muy encantador cuando lo deseaba. El Maestro obsequió a Yun con divertidas historias, el joven Jedi se rio en todos los momentos propicios, y el viaje terminó pronto.

Jerec enfatizó la despedida… y la resultante sensación de transcendencia persiguió a Yun hasta sus aposentos.



La alarma zumbó y no se detuvo. Yun alcanzó la consola que había junto a la cama y descubrió que el módulo de calefacción instalado recientemente en la habitación estaba estropeado. El Jedi todavía estaba en la cama cuando un droide entró en la habitación, se anunció a sí mismo en voz alta con tono alegre, y colocó una bandeja sobre la mesa.

—Buenos días, señor. Aquí está su desayuno… ¿Hay algo más que pueda hacer por usted?

—Sí, bombea un poco de calor aquí dentro —gruñó Yun mientras salía de la cama—. La habitación está helada.

—Por supuesto, señor, de inmediato, señor —dijo el droide, dirigiéndose a la puerta—. Enviaré un droide de mantenimiento.

Yun se deslizó a la estación de aseo y se dio el gusto de darse una ducha caliente. Después de eso, fue tarea simple ponerse ropa limpia, consumir su desayuno tibio y dirigirse al trabajo.

Un soldado de asalto había sido asignado para guiarlo y estaba parado en la base de la torre.

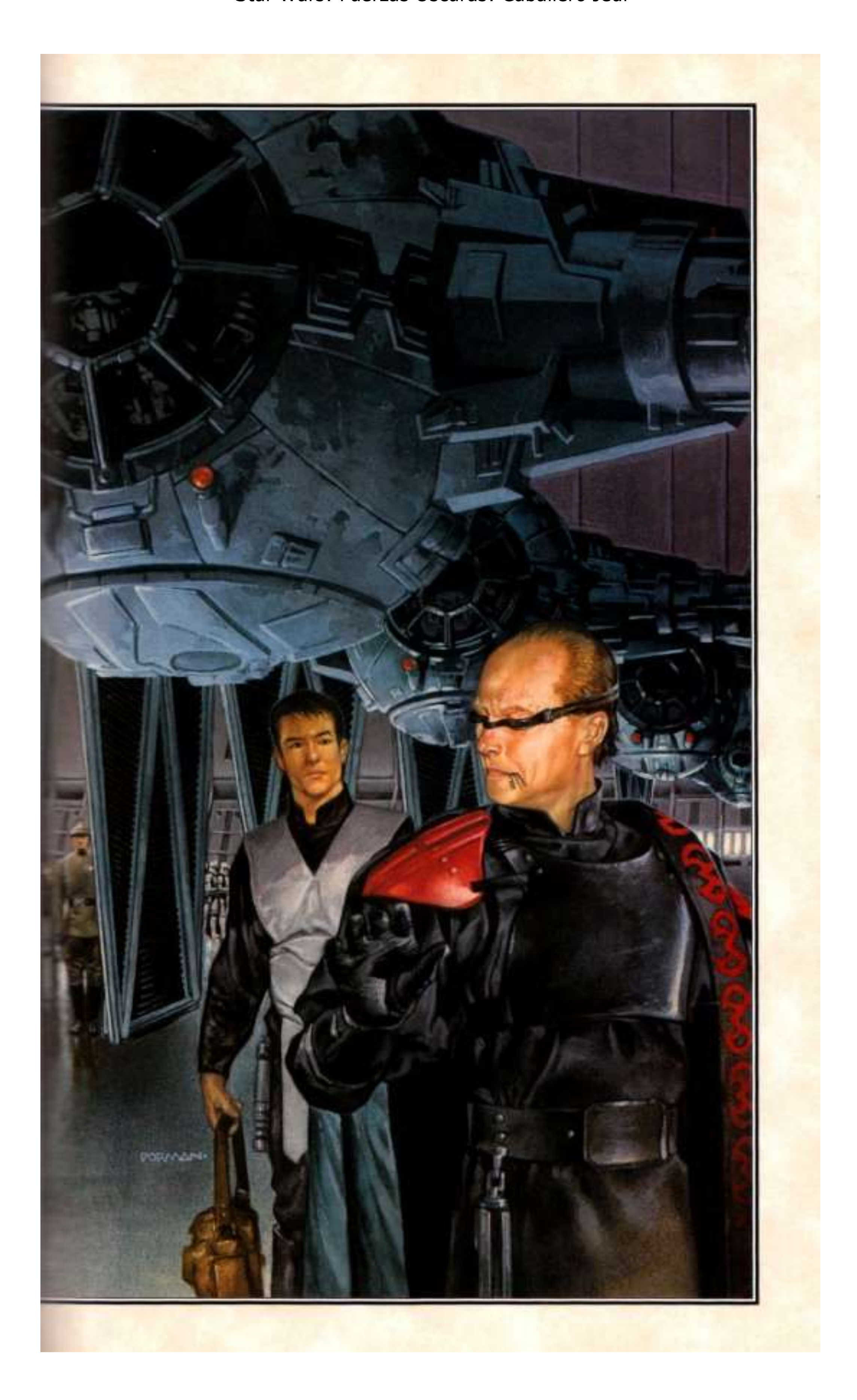
—Buenos días, señor. El Mayor Vig me ha enviado… Yo encabezaré la marcha.

El soldado de asalto partió, y Yun lo siguió. El terreno frente a la torre estaba atravesado por huellas de bandas de rodadura, había suministros apilados en palés flotantes, y la seguridad era estricta. Aún más notable, al menos para él, era la forma en que el lugar se *sentía*.

Cada Jedi percibía la Fuerza a su propia manera ligeramente subjetiva. Para Yun, se manifestaba como un zumbido eterno… una gentil vibración que nunca desaparecía. Pero este lugar era diferente. La Fuerza se sentía más intensa, como si hubiera sido amplificada y gruñera como una bestia voraz. De hecho, la actividad era *tan* fuerte que podía ser percibida por aquellos con poco o ningún talento en la Fuerza.

Acababan de llegar a una hondonada y habían comenzado a bajar por un tramo de escaleras erosionadas por el agua cuando una entidad parecida a un alma en pena aulló sobre la cabeza del soldado de asalto. El soldado se estremeció, logró mantener la compostura y se volvió hacia Yun.

—Comienzan temprano hoy, señor. Parece uno desagradable.



Dado el hecho de que la Fuerza estaba más concentrada de lo normal, Yun descubrió que era fácil dar forma a un pensamiento y arrojarlo al odioso espíritu. El resultado fue dramático, por no decir otra cosa. Más enfadado que asustado, el espíritu convocó a más entidades y las envió a aullar alrededor de la cabeza del Jedi. El soldado, con su mente consternada bajo el asalto, se quebró y huyo. Yun, confiando en su entrenamiento, se mantuvo firme.

Una voz habló dentro de su cabeza.

El dolor no significa nada para ellos. Han sufrido durante miles de años. Piensa en su tragedia, comprende su horror, y comunica esa comprensión.

Por algún motivo, la voz le resultaba familiar, y el Jedi se esforzó por ubicarla.

—¿Quién eres tú? —exigió Yun—. ¿Uno de ellos?

No, en realidad no, respondió la voz. *Te he dado la llave… úsala*.

Sabiendo que tanto Jerec como Sariss esperaban que tuviera éxito, por no mencionar a los soldados de la cámara de abajo, Yun siguió las instrucciones. Pensó en los espíritus que gemían a su alrededor, en la medida en que habían sufrido, y la ira se desvaneció. Sintió una sensación de empatía, de comprensión, y la extendió hacia aquellos que le rodeaban.

El cambio fue casi instantáneo. Los gemidos cesaron, las entidades se esfumaron, y la Fuerza se tranquilizó.

Satisfecho con los resultados y seguro de su habilidad para tratar con situaciones similares, Yun envió un mensaje de agradecimiento.

—Gracias.

No hubo respuesta de su benefactor invisible… solo una momentánea sensación de calidez.

El soldado de asalto aún no había reaparecido, pero Yun no tuvo dificultades para seguir el camino hacia abajo, más allá de una pared grabada con antiguos jeroglíficos y un lugar donde un droide desactivado miraba fijamente hacia una alcoba saqueada. Uno de los brazos de la máquina había sido convertido en una señal direccional. Yun giró a la derecha.

El pasillo lateral era relativamente corto y se abría a una gran cámara. Reflectores montados sobre soportes arrojaban luz sobre las paredes, módulos de carga se alzaban en pilas desordenadas, y una confrontación estaba en marcha.

El Mayor Vig era un hombre grande, con el pelo corto y rojo, y un tupido bigote. Este era antirreglamentario, y una fuente constante de frustración para sus superiores, pero finalmente tolerado por el coraje y competencia casi legendaria del oficial. Competencia que se traducía en respeto… y explicaba por qué los soldados de asalto estaban vacilando en ignorar tanto sus órdenes como el bláster que tenía en la mano. La voz del oficial resonó a través de la caverna.

—Quietos ahí… el primer hombre que se mueva muere.

Hubo un momento de silencio mientras los soldados asimilaban las palabras del oficial y consideraban las consecuencias de lo que estaban a punto de hacer. Fue entonces

cuando un grupo de tres aulladores entró en la cámara a través de la pared trasera, atravesaron el pecho de un soldado y se esfumaron traspasando el suelo.

Fue demasiado. Ojos se desorbitaron, cabezas giraron en todas direcciones, y la multitud avanzó. Fue entonces cuando Yun habló.

—Buenos días, caballeros. ¡Veo que ya están trabajando duro! Lord Jerec estará complacido. Lo siento por las condiciones de trabajo algo inusuales… tal vez yo pueda ayudar.

A pesar del hecho de que muy pocos de los soldados siquiera habían *visto* a Jerec, y muchos menos lo habían conocido, todos eran muy conscientes de *quién* era y de los poderes muy exagerados que le atribuían no solo a él, sino a la camarilla de Jedi que lo asistían. Siendo ese el caso, la aparición repentina e inesperada de un personaje tan eminente adquirió cualidades aparentemente místicas. El resultado fue que cuando Yun dijo que podía ayudar, los soldados le creyeron.

Sintiendo el cambio, e interpretando correctamente el aspecto avergonzado que había aparecido en los rostros de sus subordinados, el Mayor Vig enfundó la pistola. Empezó a decir algo, se dio cuenta de que Yun estaba distraído, y esperó a que el Jedi lo notara. No llevó mucho tiempo. Yun completó su interacción con algunos espíritus no visibles y sonrió.

—Creo que el asunto está resuelto… por el momento, en cualquier caso. Informa a tus hombres de que si bien tales incidentes sin duda continuarán, yo estaré por aquí para tratar con ellos. Eso significa que pueden regresar al trabajo. Lord Jerec tiene un interés personal en este empeño… y no hay tiempo que perder.

El Mayor Vig habló con sus oficiales, quienes pronto tuvieron a los soldados de vuelta en el trabajo. La mayoría de sus homólogos habrían presentado cargos basándose en la teoría de que unas pocas ejecuciones altamente visibles resultarían de gran ayuda para la disciplina, pero Vig no culpó a los soldados por estar asustados y decidió ignorar lo que habían hecho. Una estrategia que Yun encontró interesante.

Sariss, así como el mentor de esta, le había enseñado a Yun que el tipo de liderazgo que mostraba Vig era una señal de debilidad y que el respeto fluye del miedo. Miedo nacido del poder, el cual era el objetivo de toda la actividad en Ruusan. El mayor interrumpió sus pensamientos.

—Gracias, señor. Los aulladores han sido un problema constante.

Yun se encogió de hombros.

—Me alegro de poder ayudar. De hecho, parece que tendrás que aguantarme por aquí.

El bigote de Vig se curvó sobre lo que podría haber sido una sonrisa. Sabía que Yun estaría al mando, pero veía esto como una ventaja. Por lo que respectaba al oficial, el Jedi era bienvenido para tratar con los aulladores *y* con Jerec.

—Bienvenido a bordo, señor. ¿Le gustaría una visita guiada?

Yun indicó que sí y siguió al oficial a través de la cámara principal hacia uno de los muchos almacenes que se ramificaban desde allí. La narración del oficial tenía una cualidad enlatada que sugería que Vig había ofrecido la visita guiada antes.

—La cámara principal es un fenómeno natural, formada por un antiguo río, pero los almacenes, aunque son muy antiguos, son mucho más recientes. Fueron tallados en la roca sólida.

El oficial hizo una pausa y señaló hacia una pared.

—Observe, aún puede ver las marcas de herramientas.

Yun miró, confirmó la observación de Vig, y siguió al oficial a una habitación medio vacía. Un droide estaba trabajando duro despegando una sustancia pegajosa de una pared.

—Parece raro, ¿verdad? —preguntó el oficial—. Aun así, los antiguos sabían lo que hacían. Bajaron los suministros aquí, los apilaron a lo largo de las paredes y los rociaron con conservante. Curiosamente, ese sellador es mucho mejor que el que usamos nosotros para el mismo propósito, tanto, que podría valer la pena duplicarlo. Mire esto…

Vig esquivó al droide, tomó uno de los paquetes recientemente liberados y lo colocó en las manos del Jedi.

Yun aceptó el objeto, despegó los últimos restos de gel maleable de la parte inferior de la caja y la giró. Estaba hecha de plástico o algo muy similar. La parte superior presentaba un solo grupo de jeroglíficos y un panel ligeramente elevado.

—¿Qué es?

—Presione el panel tres veces —dijo maquiavélicamente el oficial—. Colóquelo en el suelo y observe.

Yun hizo lo que se le indicó y dio un paso atrás. Diez segundos pasaron antes de que nada sucediera. Entonces, justo cuando el Jedi estaba a punto de perder el interés, la tapa se abrió, vapor surgió a la habitación y un olor a levadura inundó el aire.

—¡Comida! —dijo Vig encantado—, o desayuno o cena, según sea el caso. Mire dentro.

El Jedi miró. La caja contenía quince o veinte cosas similares a gusanos. Se movían y retorcían con tal vigor que la espesa salsa marrón se vertía por los bordes del recipiente.

—No estamos seguros de para qué especies se prepararon estas comidas —continuó el oficial—, y realmente no importa. Las raciones auto-calentadas han existido desde hace mucho tiempo… pero no raciones en las que el contenido aparentemente inerte es de alguna forma traído de vuelta a la vida. ¿Y respecto a la fuente de calor? Los módulos térmicos de nuestras raciones de campaña tienen una vida útil de unos veinte años. Estas han estado aquí miles de años o más.

Yun vio el valor y entendió por qué Jerec había conseguido una pequeña flota con la cual perseguir sus ambiciones personales. Era fabuloso u horrible, dependiendo de cómo eligieras verlo.

—Y eso no es todo —continuó Vig—. Vamos… ¡espere a ver el resto!

El Jedi siguió al oficial a través de una sucesión de almacenes donde aún más tesoros eran revelados. Había un proyector de rayo tractor no más grande que una vara, máquinas de curación tan solo ligeramente menos efectivas que los tanques de bacta, y un reactor de fusión tan pequeño que podía transportarse en una mochila. Todo lo cual cautivaría a

los patrocinadores institucionales de Jerec. Una dinámica política que Yun nunca había considerado antes.

Fue una mañana relativamente agradable, interrumpida por no más de tres aulladores, ninguno de los cuales representó mayores problemas.

Yun comió con el Mayor Vig, un capitán y dos tenientes en un almacén recientemente despejado. Se sentaron en una mesa preparada con un mantel blanco, utensilios con los escudos del regimiento y una comida recién hecha. Un droide sirvió como camarero. Todo fue bien hasta que los platos fueron retirados y la atmósfera cambió inexplicablemente.

La primera señal de que algo iba mal fue cuando el teniente Hab dijo algo ininteligible, se agarró la garganta y cayó hacia atrás. Pasó una fracción de segundo en la que el Jedi se preguntó si Hab se habría atragantado con un trozo de carne, seguido por la comprensión de que el problema era aún más grave. Yun trató de mantener la calma, luchó contra la tentación de enfrentarse a la fuerza con fuerza, e intentó extenderse con la Fuerza.

La entidad sintió el movimiento y liberó a Hab para reorientar sus energías. El espíritu se apoderó del agarre vital que unía a Yun con su cuerpo físico. El Jedi sintió un tirón… seguido por una tensión sostenida. ¡La entidad estaba tratando de sacarlo de su cuerpo!

El Jedi intentó retraerse y descubrió que no era capaz. El agarre de la otra entidad era demasiado fuerte. El miedo le hizo un nudo en el estómago, su boca se entreabrió, pero nada emergió. Fue en el momento álgido de su miedo cuando la voz habló en su interior.

No te rindas a la duda, hijo mío. Usa la misma técnica que aprendiste antes. Él es más fuerte, eso es todo. Incluso los Maestros Jedi pueden perder la cordura después de mil años de confinamiento. Ancla tu mente, extiéndete, y comprende. La Fuerza te protegerá.

Yun tragó saliva, se alegró al descubrir que tenía tanto control, y se arriesgó.

En lugar de continuar sus esfuerzos por retraerse, presionó hacia afuera. La entidad presintió la victoria y se precipitó a entrar. Yun acogió al espíritu, no dentro de su cuerpo, sino en la calidez de la comprensión y la esperanza de la libertad. El antiguo estaba demasiado mal como para ser sanado, no por una mente tan joven en todo caso, pero permitió que lo calmase.

Bien, dijo la voz. *Has hecho todo lo posible. Él regresa a su tumba.*

—¿Quién eres? —demandó Yun—. ¿Debería conocerte?

Sí, respondió la voz con calma. *Deberías. Porque participaste en mi asesinato, y habito en tus sueños.*

—¿Nij Por Ral?

No, aunque mi muerte siguió a la suya.

—¡Rahn!

Yun lo recordaba bien. Un Jedi que oyó hablar del Valle y dedicó su vida a encontrarlo. Rahn y un grupo de sus asociados fueron interceptados antes de que pudieran

localizar el Valle, y era la participación de Yun en los asesinatos que siguieron, mezclado con otros aspectos de su vida, lo que aún atormentaba sus sueños.

La voz sonó impasible.

Entonces, me recuerdas.

—Sí.

Bien.

—¿Por qué? ¿Por qué ayudarme?

La luz en tu interior titubea, respondió la voz con calma, *pero continúa ardiendo. El destino de miles de millones de seres recae en lo que sucederá aquí. Tú jugarás un papel en ello.*

—¿Un papel? —preguntó Yun—. ¿Qué tipo de papel?

Eso, respondió Rahn, *depende completamente de ti.*

Yun sintió la conexión romperse. Abrió los ojos a una habitación llena de rostros, pero se sintió muy solo.



Yun deambuló por los pasadizos subterráneos durante los dos días siguientes, trató con algún que otro aullador, y deseó que algo interesante sucediera. No pasó mucho tiempo antes de que su deseo se hiciera realidad.

El Jedi acababa de dejar el pasillo principal, esquivó un tren de palés gravitatorios pesadamente cargados, y estaba a punto de entrar en la tercera cámara cuando todo comenzó a temblar. Pequeños pedazos de roca llovieron sobre su cabeza, el polvo le hizo toser, y el suelo se estremeció cuando algo pesado lo golpeó. Los gritos comenzaron justo cuando el temblor se detuvo.

El Jedi podría haberse dirigido a la superficie y sabía que era lo más inteligente, pero descubrió que sus pies tenían sus propios planes. Llevaron a Yun a la cámara, y a un completo pandemónium.

Una gran sección del techo con forma circular se había derrumbado, atrapando a un hombre debajo. Su nombre era Jaru, y era conocido por tres cosas: el tamaño de su nariz, el hecho de que podía escupir más lejos que cualquier otro en su unidad, y su habilidad con un lanzagranadas. Jaru estaba vivo porque se había inclinado en el momento en que el techo cedió y un módulo de carga cercano había absorbido el impacto inicial. Aunque estaba medio aplastado, este todavía servía para mantener la losa en alto. El soldado había extendido las piernas y estaba pateando el suelo.

Órdenes fueron gritadas, cuerpos se movieron a través de la polvorienta oscuridad, y soldados sujetaron la losa. Dos droides, ambos diseñados para trabajos pesados de construcción, siguieron a los humanos situándose en posición. Un oficial contó hasta tres, músculos se tensaron, ojos se desorbitaron y sistemas hidráulicos gimieron, pero no ocurrió nada.

Fue entonces cuando se produjo la siguiente serie de temblores. Grandes pedazos de roca cayeron, un casco se rompió y un soldado cayó. Estaba muerto antes de tocar el suelo. Jaru gimió y continuó pateando.

—Cogedle por los tobillos —ordenó Yun—, y preparaos para tirar.

Si a las tropas imperiales se les había enseñado a entender algo, eso era la obediencia ciega. El oficial dio una serie rápida de órdenes y los hombres se lanzaron a obedecer tomando a Jaru por los tobillos.

Una vez que los soldados de asalto estuvieron en posición, Yun cerró los ojos, recurrió a la Fuerza y «vio» la losa elevarse en el aire. Era una medida realmente desesperada, ya que nunca había movido nada ni siquiera de una cuarta parte de ese tamaño durante su aprendizaje o en los años posteriores. Pero no podía dejar a Jaru yaciendo allí, no podía dejarlo morir, no podía…

Perlas de sudor salpicaban la frente del Jedi, las uñas se clavaron en las palmas de sus manos y sus labios formaron una mueca. Vio luz ardiendo más allá de sus párpados, energía crepitó, y algo se movió.

Los soldados de asalto le vitorearon. Yun abrió los ojos, vislumbró la losa flotando a un metro del suelo, y de repente perdió la concentración. La roca chocó contra el suelo con un enorme golpe, se partió por la mitad y se dividió en pedazos.

Yun, seguro de que Jaru había resultado muerto, sintió una horrible sensación de desesperación. Fue entonces cuando el oficial le dio una palmada en la espalda, Jaru se materializó entre un par de soldados, y todo había terminado.

Cargaron a Jaru en una camilla improvisada y lo llevaron a la superficie. El resto del grupo de trabajo le siguió. Los temblores ya habían pasado, y fue entonces, mientras seguía al oficial por una escalera muy desgastada, cuando Yun se dio cuenta de lo que había hecho.

Sí, confirmó Rahn. *Cuando las cosas han ido mal, te has olvidado del Lado Oscuro… pero el poder que necesitabas estaba ahí. Piensa en ello.*

Yun lo *pensó*. Hasta muy entrada la noche. Soñó, pero ninguno de los sueños se centró en la muerte, y una sonrisa se abrió en sus labios.



La cubierta de administración estaba solo unos pocos niveles por encima de la superficie. Eso hacía que fuera más fácil para las tropas estacionadas en tierra el ir y venir. La oficina era bastante austera y previsiblemente permanecería así. Cajas desembaladas estaban apiladas contra una pared sin terminar, un cable pelado colgaba de un panel de acceso, y el aire olía a sellador.

Sariss observó a Yun por encima de su escritorio algo desordenado. Tenía el mismo aspecto, pero se *percibía* diferente, aunque la naturaleza del cambio se le escapaba. Ella había oído hablar sobre el incidente del levantamiento de la roca, todos lo habían hecho, y leyó el informe del oficial. Incluso Yun había admitido que todo fue una anomalía, casi

un milagro que no sería capaz de replicar. Sin embargo, el episodio *aún* apuntaba a un talento extremadamente fuerte, uno que podría resultar ser superior al suyo algún día, una posibilidad que nunca antes se le había pasado por la cabeza a Sariss. Quizás era eso… tal vez Yun había ganado confianza adicional y estaba empezando a mostrar su poder. Una posibilidad no del todo agradable en una meritocracia altamente competitiva. Sariss compuso una sonrisa y forzó a sus labios a mostrarla.

—Lo has hecho bien… incluso Jerec está de acuerdo.

Yun pareció satisfecho.

—Gracias.

Sariss se rio entre dientes.

—Será mejor que esperes a escuchar lo que voy a decir… podrías cambiar de opinión.

Yun levantó una ceja.

—¿Una nueva tarea? ¿Algo peor que pastorear a los aulladores? Difícilmente parece posible.

—Oh, pero lo es —le aseguró Sariss alegremente—. Parece que una patrulla —echó un vistazo a su cuaderno de datos—, Zulú, Capaz, Mary 341 para ser exactos, lleva un retraso de cuarenta y dos horas.

—¿Contacto por comunicador?

—Ninguno.

—¿Búsqueda aérea?

—Cuatro aeronaves, baja altura, patrón estándar. Sin suerte.

—¿Droides sonda?

—Enviados… pero nada de momento.

Yun guardó silencio por un instante.

—¿Por qué yo?

Sariss se encogió de hombros.

—¿Por qué no? El sol te vendrá bien. Además, esto requiere un poco de cerebro. Toda una patrulla ha desaparecido sin dejar rastro. ¿Por qué? Jerec quiere saberlo.

—¿Qué hay de los aulladores?

—Pondré a Boc con eso.

Yun sonrió.

—Cuenta conmigo.

Sariss sonrió.

—Suponía que eso te gustaría.





Yun podría haber solicitado un deslizador, una oruga mecánica o incluso una lanzadera de asalto, pero en su lugar optó por un AT-ST y un AT-AT. En parte porque las máquinas eran excelentes plataformas desde donde observar el terreno circundante, en parte porque tenían suficiente potencia de fuego como para igualar cualquier cosa que probablemente encontrara, y en parte porque le gustaban esas pesadas máquinas. No solo por el aspecto que tenían de monstruos con lados planos, sino también por la sensación de poder que transmitían. Él montaba en el explorador biplaza de siete metros de altura, mientras que la máquina más grande y de mayor peso avanzaba por detrás.

El piloto del AT-ST era un teniente segundo de nombre Momo. Prefería «Perro Rabioso Momo», pero no había podido implantar el apodo entre las tropas. Tal vez por su cara de niño bueno, su sonrisa bastante atractiva y el hecho de que nunca había disparado un tiro con rabia.

Momo sacó el caminante de la hondonada y lo condujo a la llanura. Miró hacia el panel de control y a continuación al Jedi.

—Es esto, señor… el límite oriental de su área de patrulla.

Yun asintió.

—Tómate un descanso, teniente. Subiré arriba.

—¡Señor! ¡Sí, señor!

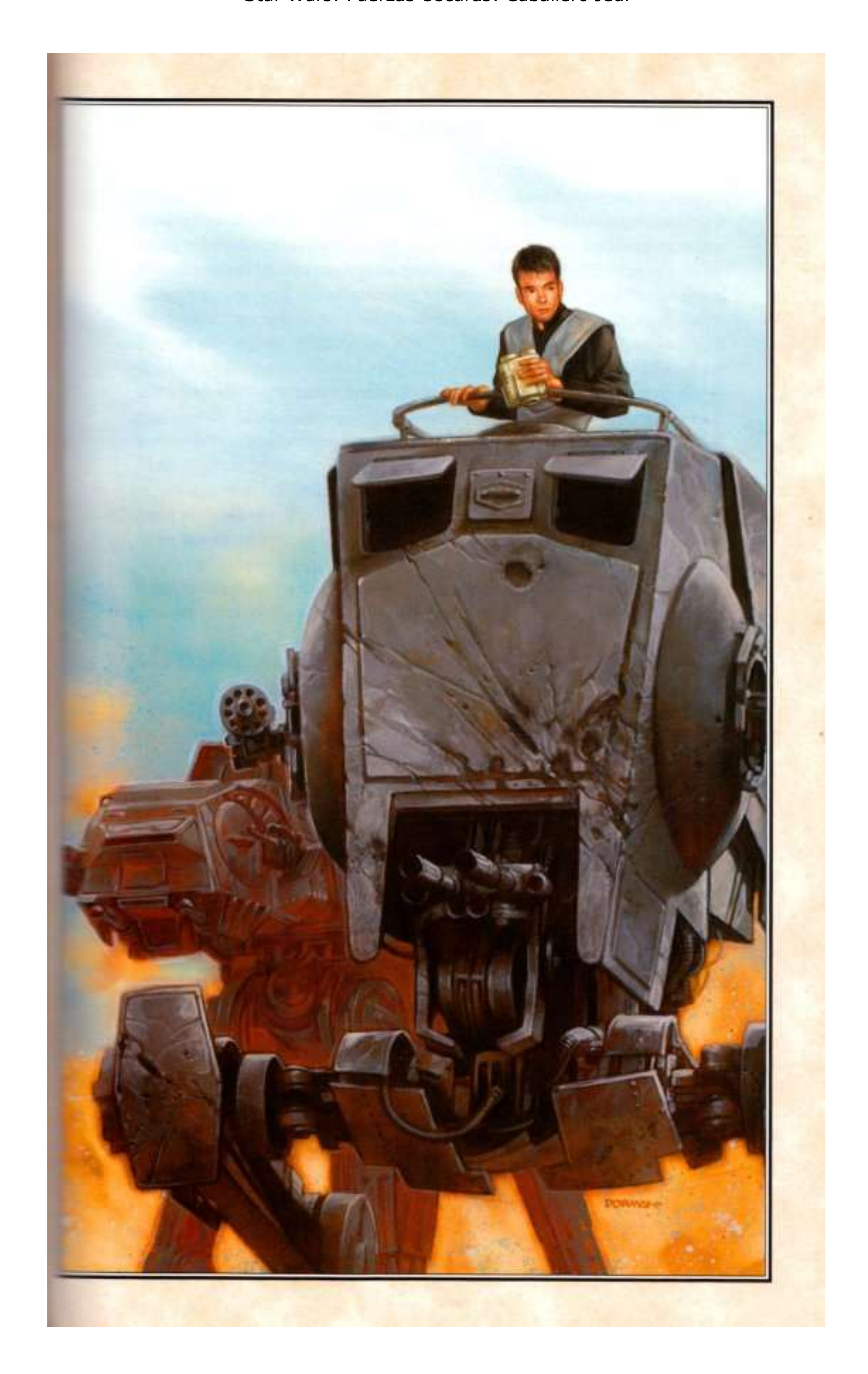
Un servo chirrió, la escotilla superior se abrió, y Yun trepó por los peldaños anclados al mamparo. Hacía calor afuera, especialmente saliendo del interior con aire acondicionado, y entrecerró los ojos ante la luz.

El Jedi emergió justo a tiempo para ver cómo el AT-AT se detenía a una distancia respetuosa. La cabeza del monstruo giró cuando el piloto usó los sensores montados en la barbilla para explorar las rocas circundantes.

Yun sacó los electrobinoculares de la bolsa de su cinturón, dio la espalda al transporte y miró hacia el norte. No vio ningún rastro, ni era probable que lo hiciera, ya que la patrulla había ido montada en un deslizador terrestre además de dos motos deslizadoras. Bajó los binoculares.

Entonces, ¿qué hacer? El área de patrulla autorizada había sido inspeccionada desde el aire… y ahora desde el suelo. Si los vehículos (o los restos de los vehículos) hubieran sido visibles, alguien ya los habría visto.

Pero, ¿y las zonas *fuera* del área de patrulla autorizada del teniente Aagon? ¿Dónde habrían ido, y por qué? Yun tenía una teoría sobre eso… una teoría basada en su recorrido por los alojamientos de los hombres desaparecidos. Todos y cada uno de los soldados de Aagon tenían trofeos colgando sobre sus literas. Organismos en forma de esfera con grandes ojos captadores de luz y tentáculos de aspecto delicado.



Nadie parecía saber de dónde venían los trofeos o cómo los soldados de asalto los adquirieron, pero Yun podía imaginárselo. Patrullar era aburrido, y Aagon, un tipo inventivo sin lugar a dudas, había descubierto una manera de animar las cosas. Al hacerlo, rutinariamente había dejado el área que le asignaron para patrullar e ir… ¿adónde?

¿Al sur a las tierras baldías? ¿Al oeste hacia la torre y sus oficiales superiores? ¿Al este hacia la montaña de aspecto abrupto? No, nada de eso parecía muy probable, no teniendo en cuenta la planicie desértica que se extendía hacia el norte y los nativos que se rumoreaba que deambulaban por ella.

Una vez tomada la decisión, Yun devolvió los electrobinoculares a la bolsa, bajó por la escalerilla y emitió una nueva serie de órdenes. Los caminantes se volvieron hacia el norte, incrementaron la velocidad y continuaron la cacería.



Kyle se maravilló ante lo hermosa que era Jan. Sus ojos estaban cerrados de modo que las pestañas largas y oscuras estaban cerca de tocar sus mejillas, una de las cuales estaba manchada de polvo. Una mano descansaba sobre el bláster, la otra yacía con la palma hacia arriba, parecía indefensa. Sin embargo, él sabía la verdad… y tuvo cuidado de no tocar a Jan.

—Oye, Jan… hora de despertar.

—¿Qué? —Jan abrió los ojos, parpadeó, y se los frotó con los puños. Miró su crono de muñeca—. ¿Cuál es el problema? Pensaba que habíamos acordado dormir para variar.

—Ojalá pudiéramos —convino Kyle—, pero Fido ha divisado una patrulla imperial. Un AT-ST y un AT-AT… ambos en dirección norte.

Jan salió de debajo de las sábanas, agarró los pantalones y se los puso. Kyle sonrió, y ella le sacó la lengua.

—Libertino.

—Solo contigo…

—Mejor —dijo Jan, abrochándose el cinturón con el bláster alrededor de su cintura—, porque odiaría tener que rellenar un montón de informes explicando tu muerte prematura.

Kyle intentó parecer aterrorizado y la siguió fuera de la antigua armería hacia la parte principal del templo.

Grif Grawley estaba esperando.

—El deslizador está listo… vámonos.

Kyle asintió.

—¿Crees que se dirigen hacia aquí? ¿Que tendremos que desviarlos?

Grif se encogió de hombros.

—Es difícil de decir. Espero que no… pero es mejor eso que dejar que encuentren tanto el templo como el *Cuervo*.

—¿Y Flotador? ¿Deberíamos llevarlo con nosotros?

El colono negó con la cabeza.

—No, la luz del día es demasiado dura para él. Además, Flotador no está hecho para este tipo de cosas.

Los agentes estuvieron de acuerdo, siguieron al colono al deslizador capturado, y despegaron. Era por la tarde, por lo que las ocasionales colinas o mesetas proyectaban sombras largas y oscuras hacia el este. Grawley las usaba cada vez que podía, lanzándose de una a otra, haciendo todo lo posible por mantener un perfil bajo.

Finalmente, después de quince minutos más o menos, el colono condujo el deslizador hacia un lecho fluvial seco y lo siguió hacia una meseta de aspecto imponente.

—Hay un buen escondite cerca de la base —explicó—, y un camino hasta la cima. Tendremos una buena vista desde allí y, suponiendo que sigan el mismo rumbo, mucho tiempo para reaccionar, si es necesario.

Jan estuvo tentada de preguntar qué opciones tenían si los imperiales *no* mantenían su rumbo actual, pero se las arregló para mantener la boca cerrada.

Fiel a su palabra, Grif guió el deslizador hacia un semicírculo de rocas, apagó los motores y agarró su mochila. Los agentes hicieron lo mismo. Ninguno de ellos planeaba quedarse, pero valía la pena tener cuidado.

Gran parte del sendero era natural, siguiendo una antigua línea de falla donde las fuerzas combinadas de sol, viento y lluvia habían retirado el material más suave para revelar la roca sedimentaria subyacente. Aun así, no se podía eludir el hecho de que seres inteligentes con herramientas habían mejorado aquello que la naturaleza comenzó, dando forma a cornisas en acantilados de otro modo escarpados, demoliendo salientes peligrosos y creando desvíos cuando el camino se estrechaba. ¿Quiénes fueron esos misteriosos ingenieros? Como tantas otras cosas en Ruusan, no había forma de saberlo.

Les llevó casi media hora llegar a la cima… Kyle estaba sin aliento. Grif, por el contrario, parecía completamente indiferente… un hecho que el hombre más joven encontró molesto.

—Vamos —instó el colono—, vayamos al lado este. Ya deberíamos poder verlos. He enviado a Fido a casa para que no lo descubran.

La superficie de la meseta era plana y estaba llena de rocas sueltas y algunas plantas resistentes. Restos de muros derruidos marcaban el contorno de una antigua fortaleza. Uno de ellos estaba situado bastante cerca del borde, y Grif hizo un gesto para que los agentes se ocultaran tras él. Obedecieron, sacaron sus electrobinoculares y miraron hacia el este. El sol estaba a punto de ponerse, pero Kyle no tuvo dificultades para reconocer el peñasco y las rocas más pequeñas que lo rodeaban. Este era el lugar donde se libró la batalla y los muertos yacían enterrados.

—¡Mira! —dijo Jan, señalando hacia el sureste.

Kyle se volvió, vio algo oscurecer el visor, y redujo el aumento del dispositivo. No había dudas sobre los caminantes o su destino. Kyle bajó los binoculares. ¿Qué les había atraído a este lugar en particular? ¿Casualidad? ¿U otra cosa? Fuera lo que fuera, no le gustaba. ¿Y si los imperiales encontraban algo? Con la seguridad tan estricta como era, precauciones adicionales por parte de los imperiales podían hacer casi imposible una misión ya de por sí difícil. Se encontró con la mirada de Jan, supo lo que ella estaba pensando y se encogió de hombros.

—El tiempo dirá, Jan… el tiempo dirá.



Los caminantes se detuvieron justo al sur de la pila de rocas. El AT-ST hizo guardia mientras el enorme AT-AT se arrodillaba para arrojar un par de orugas mecánicas y una compañía de soldados de asalto. El cabo Niko Smith bajó por la rampa, corrió para cubrirse y se tendió sobre el vientre. Su sargento, un canoso veterano llamado Zonka, miró por encima del hombro, vio quién era, y asintió.

—Caramba, sargento, parece que hemos revuelto cada peñasco, piedra y roca entre aquí y la torre. ¿Qué es lo que pasa?

—Lo que pasa son cien créditos por semana y la sincera gratitud del Imperio —respondió Zonka—. Ahora pon tu culo en marcha.

Smith sonrió, hizo señas a su equipo para avanzar y se perdió entre las rocas.

Yun abrió la escotilla superior y observó mientras los soldados se desplegaban, avanzaban por escuadrones, y entraban en la maraña de rocas. Era solo otra pila de rocas para ellos… una tarea que debía abordarse de la manera más rápida y eficiente posible. Sin embargo, no lo era para él. No, de alguna manera, este lugar era diferente. Aquí se había librado una batalla… y gente había muerto. ¿Pero cuándo? ¿Hacía una semana? ¿Mil años? No había forma de estar seguro.

El sol cayó por debajo de la meseta a su izquierda. Parecía aún más negra contra un fondo de gloriosa luz rosada. Y había algo más, también, una fluctuación casi indetectable en la Fuerza, del tipo que señalaba a una o más mentes inteligentes. No era demasiado sorprendente, ya que algunos de los colonos sobrevivieron al ataque al Fuerte Ninguna Parte, excepto por el hecho de que Yun *reconocía* al menos a una de esas mentes, o al menos eso pensaba.

El hombre en cuestión era un imperial renegado, el hijo del mismísimo líder rebelde que descubrió el Valle de los Jedi y posteriormente fue ejecutado. Cuando se topó con él había sido considerablemente más débil, pero aun así lo suficientemente fuerte como para luchar contra Yun hasta vencerle y perdonar su vida. Un acto que el Jedi Oscuro encontró desconcertante… e inicialmente interpretó como una señal de debilidad.

El descubrimiento prendió pensamientos que se arremolinaron en la mente de Yun. *Un Jedi rebelde, aquí en Ruusan… ¿por qué?* Para detener a Jerec, por supuesto, para

liberar a los espíritus atrapados, para contrarrestar todo aquello a lo que Yun se había dedicado.

Era un descubrimiento sorprendente, y el Jedi acababa de empezar a pensar en ello cuando el teniente Momo le tiró de la pernera del pantalón. Yun descendió a la cabina.

—¿Sí?

—Perdón por molestarlo, señor, pero los efectivos terrestres han encontrado algo.

—¿Qué?

—Un casco, señor, con RW957 escrito en el interior.

Yun revisó su cuaderno de datos. El soldado RW957 había sido miembro de la patrulla desaparecida, lo cual parecía confirmar su tesis: la patrulla salió del área asignada, tropezó con cierta oposición y perdió la pelea posterior. Eso, combinado con el hecho de que los rebeldes tenían a uno o más agentes en el terreno, llevaba a una conclusión obvia. Una conclusión que Yun decidió guardarse para sí mismo.

—Está oscureciendo. Retira las tropas, establece un perímetro defensivo y espera a la mañana. Entonces completaremos la búsqueda.

Momo asintió.

—¡Señor! ¡Sí, señor!

Yun subió por la escotilla y miró hacia la meseta. La otra mente estaba allí, desde luego… todavía observando, todavía esperando. Yun consideró sus opciones y se sorprendió al descubrir que tenía varias.

El curso obvio era informar de todo lo que sabía, intentar capturar a los rebeldes y adquirir más estatus. Más estatus, más respeto, y más oportunidades para matar gente. ¿Y los aulladores? Todo el proceso de pensar en ellos como individuos, de empatizar con su difícil situación, había cambiado la forma en que se sentía respecto a ellos. Jerec planeaba mantenerlos confinados… usar el poder para sus propios fines oscuros.

¿Y los incontables miles de millones de seres sobre los que descargaría su puño? Yun sabía que carecía del coraje para defender su causa directamente… pero, ¿y si había otra manera? ¿Y si todo lo que tenía que hacer era ignorar algo que podría o no ser verdad? Además, una deuda estaba pendiente, y las deudas deben ser saldadas.

El Jedi tomó la decisión mientras la oscuridad cubría el paisaje. Formó el pensamiento, no para el otro hombre, sino para sí mismo.

Perdonaste mi vida… y yo perdono la tuya. Usa el regalo sabiamente.



Kyle bajó los electrobinoculares y los guardó.

—¿Y bien? —preguntó Jan—. ¿Qué piensas?

El otro agente se encogió de hombros.

—No puedo estar seguro… pero creo que tienen un Jedi con ellos… y él sabe que estamos aquí.

Jan pareció alarmada.

—Entonces, ¿dónde están los cazas TIE? ¿Cómo es que estamos vivos?

Kyle negó con la cabeza.

—No tengo ni idea.

—Entonces, ¿entramos al Valle?

—Para eso hemos venido.

—Sí —dijo Jan pensativa—. Para eso hemos venido.

La primera de las tres lunas apareció sobre el horizonte oriental y arrojó luz a través del paisaje.

CAPÍTULO 5

Los rebeldes aterrizaron el *Cuervo* a unos cinco kilómetros del objetivo. Estaba oscuro, y la maniobra requería habilidad. Habilidad que Jan había perfeccionado en los últimos años. Estaban muy lejos del Valle… pero era lo más cerca que se atrevieron a ir. El área estaba repleta de soldados, droides de ataque y AT-ST. Al aterrizar en un cañón y cubrir la nave con redes de camuflaje, esperaban escapar a la detección.

WeGé bipeó tristemente cuando le ordenó quedarse atrás, pero Kyle se mantuvo firme. El droide sería un lastre cuando se enfrentaran a escaladas… y ya tenían suficientes problemas.

El grupo consistía en Kyle, Jan, Grif y el brincador llamado Flotador. Una vez que tuvieron la nave asegurada, partieron en lo que Kyle sabía que era dirección sur. Flotador los condujo a través de un laberinto de retorcidos cañones. Cómo se las arreglaba el brincador para navegar a través del laberinto era un misterio.

Kyle se sorprendió por la facilidad con que el nativo se manejaba en el terreno montañoso. Especialmente dado el grado en que su especie se había adaptado a la vida en el desierto abierto. Sin embargo, el cuerpo aparentemente frágil con forma de globo y los brazos con forma de tentáculo eran engañosos. Gracias a su insignificante masa corporal y sus múltiples extremidades, Flotador escalaba con facilidad. Y, mientras que los humanos se veían forzados a descender en rápel por los acantilados verticales, al brincador le encantaba lanzarse al vacío y flotar hasta el suelo.

La oscuridad hizo que la caminata fuera aún más traicionera, y si no hubiera sido por las gafas de visión nocturna, los humanos no hubieran podido continuar.

Todo fue bien, *muy* bien, hasta que los rebeldes estuvieron a medio kilómetro del Valle. El amanecer pilló al grupo ascendiendo la pendiente casi vertical de un barranco quebradizo. Flotador avanzaba al frente, y Grif iba el siguiente con Kyle y Jan atados con cuerdas por debajo.

Grif acababa de trepar hasta una amplia cornisa cuando escuchó el sonido inconfundible de motores encendiéndose. Un droide de ataque, ahora alertado de la

presencia rebelde, se elevó desde una hendidura oscura del precipicio a la izquierda de Grif, quien hizo lo primero que se le vino a la mente: se abalanzó hacia el droide.

El droide de ataque tenía dos objetivos a veces enfrentados: reunir información de inteligencia y matar intrusos. El segundo imperativo tomó momentáneamente prioridad sobre el primero. Siendo ese el caso, la máquina respondió a la carga del rebelde cargando a su vez.

No había tiempo para sacar el bláster, por lo que Grif abrió los brazos y maldijo cuando la máquina se estrelló contra su cuerpo.

Kyle oyó un ruido y levantó la vista justo a tiempo para ver al droide de ataque, con Grif pegado en la parte delantera de su carcasa, flotar sobre el abismo. Hubiera sido cómico si el droide no hubiera agarrado una de las piernas del colono y la hubiese aplastado con un par de poderosas pinzas.

Grif rugió de dolor, sacó su cuchillo de caza de medio metro de largo y golpeó duramente el fino recubrimiento de aleación del robot. La hoja, que había sido fabricada con metal de casco de nave duro como el diamante, cortó a través del cableado de la máquina y cortocircuitó el sistema de guía.

Jan fijó su posición y esperó a tener vía libre para disparar. El droide giró sobre su eje y llevó a Grif a dar un paseo. Jan quería disparar pero tenía miedo de hacerlo. Las posibilidades de golpear a Grif eran demasiado altas… por no mencionar el hecho de que la cuerda que la sujetaba había comenzado a balancearse.

El colono estaba furioso ahora, apuñalando a la máquina una y otra vez, y gritando con odio.

—¡Esto por Katie, esto por Carole, y esto por mí!

Grif golpeó algo crítico, y el droide de ataque se tambaleó y aceleró. Hubo un momentáneo destello luminoso cuando golpeó la pared del cañón y cayó hacia las rocas de abajo.

Kyle sintió la muerte de Grif a través de la Fuerza, Jan se mordió el labio.

Pero no había nada que pudieran hacer… nada excepto retroceder o continuar. Kyle trepó hasta la cornisa y esperó a que Jan se uniera a él.

El sentido común le decía a Kyle que retrocedieran… pero la importancia de la misión lo impulsaba a seguir. Estaban cerca, *muy* cerca, y no había ninguna garantía de que las condiciones mejoraran más adelante. De hecho, parecía lógico suponer que los imperiales endurecerían su control, haciendo cualquier tipo de incursión mucho más difícil. Aun así, había otras vidas en juego, y Kyle no tenía derecho a tomar decisiones por Jan o Flotador.

Kyle esperó hasta que Jan estuvo en la cornisa y sostuvieron un breve consejo de guerra.

—No hay manera de saber si el droide ha enviado algún tipo de informe, pero deberíamos suponer que sí. Los imperiales enviarán una patrulla… y encontrarán los restos.

—*Y* el cuerpo de Grif —dijo Jan sobriamente.



—Y el cuerpo de Grif —convino Kyle—. ¿Pero qué supondrán cuando lo encuentren? ¿Que era parte de un grupo buscando penetrar en el Valle? ¿O alguien que iba solo y terminó en el lugar equivocado en el momento equivocado?

—Ojalá sea la segunda posibilidad —dijo Jan juiciosamente—, pero la primera parece más probable. Alguien inteligente se habría marchado ante un apuro.

Kyle escaneó su rostro.

—¿Y?

Ella se encogió de hombros.

—Tenemos una misión que llevar a cabo. Continuemos.

Kyle asintió, buscó a Flotador y no pudo encontrarlo. Se puso las gafas de visión nocturna sobre los ojos y volvió a intentarlo. El nativo estaba muy arriba… y seguía ascendiendo. El rebelde sonrió y señaló hacia arriba.

—Bueno, si las acciones dicen más que las palabras, entonces sabemos qué piensa Flotador… Vamos.

Las horas siguientes fueron difíciles, debido tanto a las demandas físicas involucradas como a la constante amenaza del descubrimiento. En un momento dado una lanzadera retumbó pasando sobre sus cabezas, y una patrulla montada en motos deslizadoras pasó a través de un cauce seco cruzándose con otra en dirección opuesta. De hecho, la densidad de imperiales era tal que Kyle estaba a punto de buscar un escondite cuando Flotador los condujo a un acueducto. Tenía unos diez metros de ancho y seis de alto.

A diferencia de los canales de irrigación abiertos comunes en muchos planetas, el acueducto incorporaba una tapa diseñada para limitar la cantidad de agua perdida por evaporación. Una tapa que ocultaba a los rebeldes de las naves que pasaban por encima.

El hecho de que el antiguo canal siguiera el contorno del terreno y condujera hacia el Valle de los Jedi lo hacía perfecto. Kyle le dio a Flotador una palmadita de aprobación y siguió al nativo en la oscuridad.

Jerec estaba de pie, con las manos entrelazadas a la espalda, y miraba a través de la ventana de transpariacero. O al menos eso parecía, dado que el Jedi era ciego. Sin embargo, «ver» involucraba tantas dimensiones como «saber», y Jerec veía muchas cosas que estaban ocultas para los demás, una de las más importantes de las cuales era la tormenta metafísica que rugía en el Valle y el poder encerrado allí.

La idea hizo sonreír a Jerec. El Valle era todo lo que había esperado y más… Extrayendo el poder que residía allí y dándole forma con su voluntad, el Jedi Oscuro controlaría el Imperio. No, no los patéticos restos de lo que Palpatine y otros habían desperdiciado, sino algo nuevo, algo glorioso, algo nunca visto antes.

Un Imperio que iría *más allá* de los logros del pasado, *más allá* de los sistemas estelares circundantes, *más allá* de las galaxias vecinas para incluir todo lo que fue o será… ¡ese sí era un objetivo! *Eso* era un Imperio.

Sin embargo, tendría que ser cuidadoso, *muy* cuidadoso, ya que las fuerzas que impedían que los espíritus Jedi abandonaran el Valle se habían debilitado con el paso del tiempo y debían ser fortalecidas. Un escape sería desastroso, ya que el poder que necesitaba fluía de los prisioneros. No obstante, no había necesidad de preocuparse, ya que las reparaciones habían comenzado y pronto serían completadas. La idea le complació, y el Jedi frunció el ceño cuando una voz sonó por detrás de él.

—¿Lord Jerec?

—¿Sí? ¿Y ahora qué?

El oficial, un teniente relativamente novato, tragó nerviosamente.

—Un informe, señor… del Droide de Ataque DA-43. Un grupo de tres humanos y un alienígena no clasificado han pasado a través del Perímetro Dos y se dirigen hacia aquí.

—¿Estado actual?

—No estamos seguros. El DA-43 ha sido destruido. Otros recursos han sido enviados pero aún no han llegado.

El Jedi consideró las palabras del oficial. Ahora que el Valle estaba bajo su control, Jerec no tenía ninguna prisa en particular. Necesitaba tiempo para prepararse, pero más que eso, tiempo para saborear lo que el destino le había ofrecido, al igual que un sibarita podía demorarse en degustar un postre excepcional y cuidadosamente preparado.

No obstante, había fugas, fugas que podían duplicar o incluso triplicar sus capacidades, y despertar su apetito por más. El Maestro Jedi dirigió su mente hacia el exterior, trazó un círculo alrededor de la caldera de turbulenta energía, y localizó un lugar donde un flujo constante de energía oscura había atravesado el caparazón protector y se perdía en el espacio.

Jerec eligió un único rayo de esa energía negativa, recurrió a su poder, y se sintió a sí mismo expandirse. Más y más hasta que su mente estuvo en todas partes, hasta que fue uno con la oscura estructura interna de la misma Fuerza, hasta que estuvo al borde de lo que percibió como ser todopoderoso.

No era el estado de iluminación sobre el que tanta gente parloteaba, sino un estado en el que el poder podía ser alcanzado, moldeado y aplicado… todo sin los tediosos años de meditación, estudio y aprendizaje que los defensores del Lado Luminoso consideraban tan necesarios. Era el siguiente paso, el paso *más allá* de la Maestría Jedi, donde Jerec se encontraba ahora.

Y fue entonces, con ese estado próximo a la omnisciencia, cuando rastreó en busca de signos de vida. Miles aparecieron, cada uno identificable al instante, cada uno distinto del resto. Sintió al teniente, a pocos metros de distancia, asustado y ansioso por irse; sus guardaespaldas, con las mentes en blanco por el tedio; Sariss, llena de planes; Boc, saboreando el malestar de otro ser; Yun, confundido e inseguro; Maw, buscando algo para expresar su furia; animales, siguiendo los dictados de su programación genética; y allí, más cerca de lo que él hubiera pensado, los intrusos. Y no intrusos *cualquiera*… ¡*Kyle Katarn*!

Pero espera… el chico había cambiado, se había convertido en algo más que una molestia: ¡un Caballero Jedi! No del todo inesperado, ya que Jerec había sido consciente del potencial del muchacho antes que él mismo, pero no obstante sorprendente. *Un Jedi autodidacta, es algo casi inaudito… ¡a menos que…!* Y la verdad inundó su mente. El joven tenía un mentor: ¡Rahn!

Una risa llegó como desde muy lejos… y Jerec sintió una súbita puñalada de miedo. Sintió el deseo de alcanzarla, de aplastar aquello que se le oponía, pero controló el impulso. Era un giro interesante, pero no una amenaza inmediata.

Además, reflexionó Jerec, dirigiendo el pensamiento hacia afuera, *incluso la mejor espada puede ser empuñada contra aquellos que la forjaron.*

La risa se detuvo, y una sonrisa tiró de los labios de Jerec. Había dado en el blanco. En algún lugar dentro del laberinto de creencias, pensamientos y experiencias que conformaban la personalidad de Kyle Katarn, existía una flaqueza, una flaqueza que, como la necesidad de aprobación de Yun o el sadismo carente de sentido de Boc, podía ser aprovechada. La idea complació al Jedi, y tomó una decisión.

—Seguid vigilando. Mantenme informado.

Las botas del teniente claquearon cuando las entrechocó poniéndose firme.

—¡Señor! ¡Sí, señor!

Una columna de soldados pasaba junto a la torre en dirección a los antiguos almacenes escondidos entre las paredes del Valle. La recolección continuaba. La vida era buena.



El acueducto era viejo, *muy* viejo, o eso le parecía a Jan mientras seguía a Kyle hacia un distante punto de luz. Sus varas luminosas proyectaban círculos de luz sobre las paredes suavizadas por el paso del agua. Túneles secundarios aparecían de vez en cuando, con sus bocas abiertas de par en par, insinuando destinos en la profundidad de la roca.

—Vigila por donde pisas —dijo Kyle, pero no antes de que algo crujiera bajo sus pies. Jan dirigió la luz hacia abajo. El esqueleto, o lo que quedaba de un esqueleto, pertenecía a una especie que no había visto antes. ¿Había sido inteligente? Las cuencas de los ojos pareció que la miraran con reprobación… como si la respuesta fuera obvia.

La luz se hizo más intensa, el túnel se abría a una cornisa. Flotador hizo un gesto con sus tentáculos, y Kyle salió del canal gateando. Jan lo siguió. Una pared artificial de piedra proporcionaba algo de cobertura, o al menos eso pareció hasta que un par de cazas TIE rugieron por encima, rodearon un pilar de roca y desaparecieron.

Jan gateó hasta el lado de Kyle, se puso de rodillas y miró por encima de la pared. Una torre se elevaba decenas de metros en el aire. Plataformas de aterrizaje brotaban a ambos lados, así como brazos de carga retráctiles. Jan vio cómo un carguero pesadamente cargado rompía el contacto, caía cincuenta metros, contenía el descenso y se alejaba lentamente.

La nave tendría que abrirse camino a través de una serie de cañones interconectados antes de emerger sobre el desierto donde podría adquirir velocidad. Velocidad que le permitiría liberarse del pozo gravitatorio del planeta y dejar la atmósfera. Una señal segura de que los imperiales habían encontrado algo que valía la pena robar. También había otros cargueros, junto con lanzaderas y un grupo de cazas TIE.

Kyle escaneó el valle que se extendía por debajo. Observó a un par de AT-ST avanzar a lo largo de un sendero, un trío de droides de ataque se deslizaba hacia la torre y una columna de soldados de asalto marchaba hacia un edificio prefabricado. Jan le dio un codazo en el brazo.

—Bueno, ¿qué piensas?

—Es peor de lo que imaginaba —respondió Kyle, escaneando la torre a través de sus electrobinoculares—. *Mucho* peor. Los imperiales tienen sus garras bien clavadas en este lugar.

Jan asintió.

—Eso seguro.

—Espera un momento —dijo Kyle suavemente—. Mira quién está aquí.

El Jedi entregó los electrobinoculares a Jan y señaló hacia la torre.

—En la plataforma de aterrizaje más alta. Un hombre y una mujer.

Jan se centró en la parte más alta de la torre y permitió que los binoculares descendieran hasta que apareció una plataforma. La mujer vestía de negro, al igual que el hombre.

—Los veo… ¿quiénes son?

—El hombre es Jerec —respondió Kyle pensativo—. La mujer es una de los muchos Jedi que lo sirven.

—¿Como los que mataste en Sulon?

—Exactamente.

—Entonces, ¿qué hacemos ahora?

—Tú espera aquí —dijo Kyle—, mientras yo visito la torre.

—Yo también voy

—¿Y dejar a Flotador solo?

Jan miró al Jedi con abierta sospecha. ¿Estaba tratando de protegerla usando al brincador como excusa? ¿O estaba genuinamente preocupado por la seguridad del alienígena? Era imposible saberlo.

—Te meterás en problemas.

Kyle sonrió.

—Y tú me sacarás de ellos.

Ninguno de los dos notó al espía-celeste que cabalgaba sobre las corrientes térmicas por encima de ellos… tampoco eran conscientes del holo de alta resolución que estaba siendo enviado a la torre.



Las horas posteriores a la partida de Kyle transcurrieron con una inaguantable lentitud. El sol ascendió, la temperatura aumentó, y Flotador se vio obligado a retirarse a la relativa oscuridad del acueducto. Jan, temerosa de que pudiera perderse algo, permaneció donde estaba.

Sin embargo, era difícil… difícil permanecer oculta, y difícil permanecer alerta. Había sido una noche larga y extenuante, y eso, unido al calor del sol, la adormilaba. Por eso mismo el deslizador de combate pudo acercarse tanto sin que Jan lo notara.

El deslizador, los soldados de asalto y el conocimiento de que había cometido un terrible error, todo se registró en la conciencia de Jan en el mismo momento.

El vehículo llevaba media docena de soldados. Un oficial la señaló y gritó órdenes.

Una vez alertada, la rebelde fue rápida, *extremadamente* rápida, y el bláster pareció aparecer súbitamente en su puño. Disparó, el oficial cayó del deslizador y el cañón de energía montado en un extremo escupió en respuesta. El rayo pasó por encima de la cabeza de Jan y golpeó el acueducto. Roca supercalentada explotó en todas direcciones, y la abertura se derrumbó.

—¡Viva, idiota! —gritó un oficial, y Jan se lanzó hacia atrás cuando el deslizador amenazó con aplastarla.

A los soldados les llevó menos de tres minutos salir del deslizador, registrar a la agente e inmovilizar sus manos.

Un oficial, anónimo tras su visor, dio las órdenes pertinentes.

—Subidla a bordo. Apartad suficientes rocas para hacer un agujero. Podría haber más, y los quiero a todos.

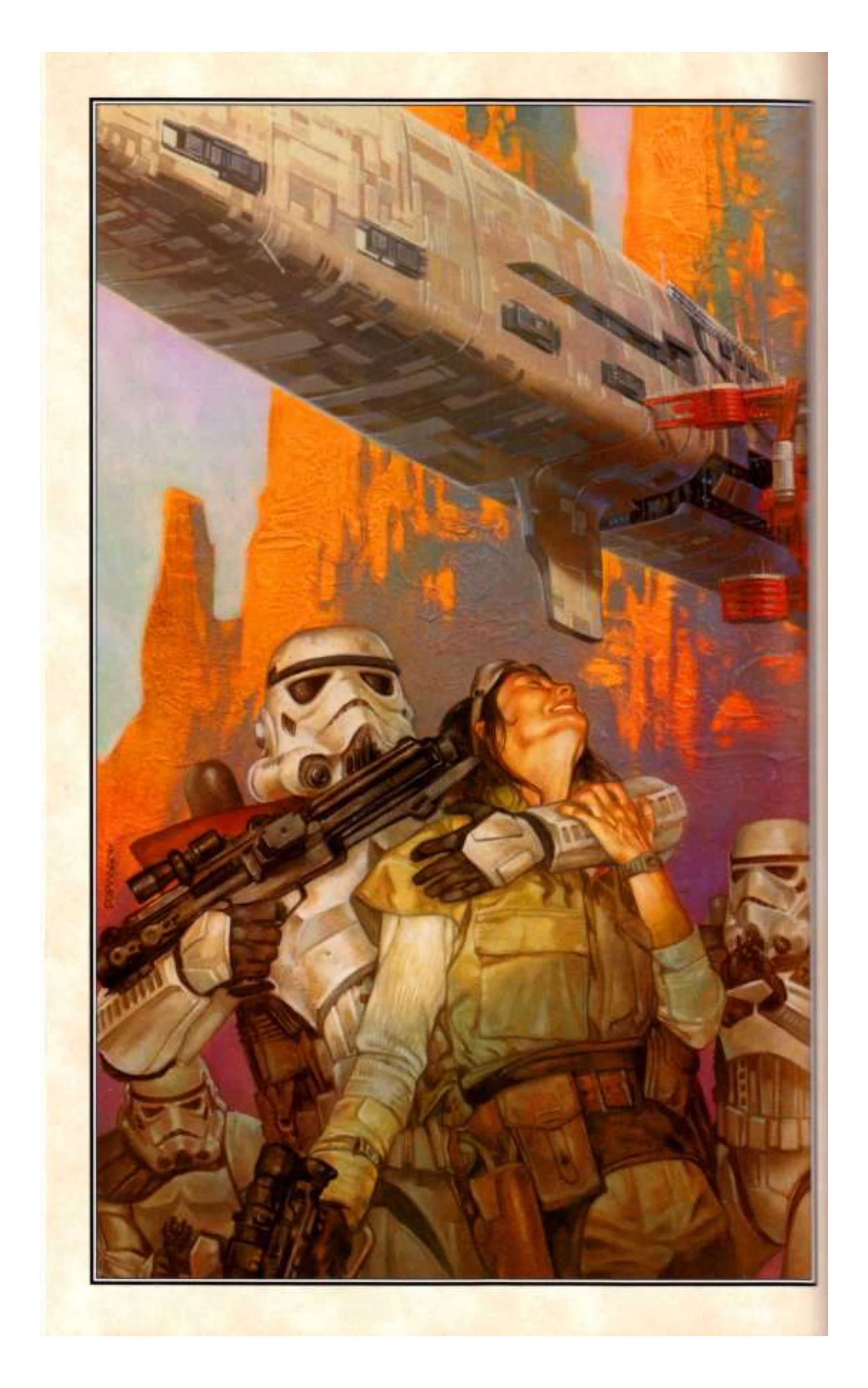
Jan recordó los túneles secundarios que conducían a lo profundo de la ladera de la montaña y supo adónde se dirigiría Flotador. Era un pequeño consuelo… pero mejor que nada. Sus pensamientos se volvieron hacia Kyle. ¿Qué haría él sin ella? Y si llegara el caso, ¿qué haría ella sin él?

Kyle sintió que algo iba mal, pero no pudo identificar qué era. Extendió su conciencia, buscando peligros, y no encontró nada excepto tranquilidad. Reconfortante… pero imposible dadas las circunstancias. Era como si alguien o algo hubiera sofocado sus sentidos. Pero eso era imposible, ¿no?

La inquietud continuó mientras Kyle descendía a través de una chimenea de tres lados y bajaba hasta el suelo. Había tenido suerte, casi *demasiada* suerte, pero no había nada que él pudiera hacer al respecto.

El Jedi consideró recoger la cuerda y decidió finalmente dejarla. Asumiendo que su suerte continuara y lograra regresar, la cuerda le resultaría útil.

El paso del tiempo, combinado con las fuerzas naturales de la erosión, habían causado que peñascos se acumularan al pie del acantilado. El rebelde los usó para ocultar sus movimientos.



La torre era un punto de referencia excelente y muy visible. El agente esperó hasta estar frente a la estructura, se abrió paso hasta el suelo del Valle y se asomó a través de un hueco entre las rocas. El área entre el escondite de Kyle y la base de la torre estaba completamente abierta. Cruzar era imposible. Todo lo que podía hacer era esperar.

Pasó una hora. El sol apretaba, su cuerpo exudaba sudor y había acabado con el agua de un trago. La situación del agente era desesperada para cuando apareció una oruga mecánica y le ofreció la única oportunidad que probablemente tendría. Vio a un solo guardia sentado al lado del conductor, conversando.

Kyle esperó a que la oruga se acercara a su posición, corrió por el espacio intermedio y saltó a un enganche. Un tren de quince vagones era arrastrado por la oruga y levantaba una enorme nube de polvo marrón rojizo. Le hizo toser, pero el ruido generado por el motor de la oruga mecánica cubrió el sonido.

El tren atravesó un parque de vehículos medio lleno y pasó junto a la torre. Kyle esperó hasta el momento propicio, saltó al suelo y corrió hacia una de las enormes zapatas sobre las que descansaba la estructura vertical. Esperó a ver si sonaba una alarma. Ninguna lo hizo.

Kyle se volvió y se escabulló hacia el núcleo interno de la torre. Los centinelas, con su atención centrada en el Valle de más allá, quedaron de espaldas a él. El rebelde avanzó, presionó el botón «arriba» y esperó el ascensor. Las puertas se abrieron y se encontró frente a un par de comandos.

Kyle tenía el sable de luz bajo el brazo, del mismo modo que un oficial llevaría un bastón, y asintió mientras entraba. El rebelde efectuó una elegante media vuelta, vio que uno de los imperiales parecía querer decir algo y frunció el ceño. Eso, más el sable de luz, completó el engaño.

Los Jedi Oscuros, porque eso es lo que los imperiales suponían que era, eran notoriamente irascibles. Tanto es así que ninguno de los dos quiso probar su paciencia.

Las puertas se deslizaron cerrándose, y el turboascensor se elevó con lo que hubiera sido una velocidad encomiable si Kyle hubiera tenido prisa. Sí, él era un Jedi, y sí, había demostrado su valía contra tres de los subordinados del Maestro Oscuro, pero la idea de un mano a mano con Jerec lo aterrorizaba. Lo que necesitaba era ayuda… un montón.

El pensamiento fue respondido con otro pensamiento cuando Rahn se coló en la mente de Kyle.

La Fuerza está contigo… al igual que yo.

Kyle forzó una sonrisa.

—¿Cómo? ¿Sin descansos?

No últimamente, respondió el Maestro Jedi irónicamente, *no desde tu llegada a Ruusan.*

—Bien, necesito tu ayuda.

Saber eso y admitirlo es señal de fortaleza. El medio hombre espera. Usa mi nombre para ganar ventaja.

¿Quién era el medio hombre? ¿Y qué diferencia marcaría el nombre de Rahn? Kyle quería hacer una media docena de preguntas, pero el ascensor comenzó a decelerar. El agente preparó el sable de luz, dejó que su pulgar descansara sobre el interruptor y mantuvo la mirada fija en la puerta.

El ascensor se detuvo. Sonó un tono, y una luz se encendió. Las puertas se abrieron, y un droide mensajero se precipitó por la abertura. Chirrió, envió una señal al turboascensor, y esperó a que la plataforma descendiera.

Kyle se aproximó a la entrada, miró hacia una plataforma vacía y oyó el zumbido de maquinaria. El mensaje estaba claro: salir o arriesgarse en el ascensor. No había señales de un medio hombre, ni de un hombre completo, ni de ninguna clase de hombre. Sorprendido por el error de Rahn, y más que un poco aprensivo, el rebelde salió a la plataforma. Sonó el tono, y la puerta se cerró tras él.

Una rampa de carga sobresalía hacia la derecha, y un carguero esperaba más allá. Kyle dio dos pasos adelante, sintió algo «abrirse», y sintió un repentino torrente de sensaciones. Nada exótico, no según sus propios estándares en cualquier caso, solo el tipo de información que normalmente percibía a través de la Fuerza pero que había sido incapaz de alcanzar durante los últimos diez o quince minutos. ¿Por qué?

La respuesta llegó con una velocidad aterradora. Algo, no estaba seguro de qué, lo golpeó en el hombro y lo envió al suelo. Rodó sobre su espalda, se puso en pie y encendió el sable de luz. El aire crepitó y se llenó del hedor a ozono.

Fue en ese momento cuando Kyle se dio cuenta de que Rahn tenía razón… ¡*faltaba* la mitad inferior del cuerpo de su oponente! Era la Fuerza lo que lo mantenía alejado del suelo. El cráneo del Jedi Oscuro estaba afeitado y parecía demasiado pequeño para su cuerpo. El odio llenaba sus ojos y tiraba de su boca de labios gruesos. Dos brazos igualmente enormes colgaban de su musculoso torso, y uno terminaba en un sable de luz.

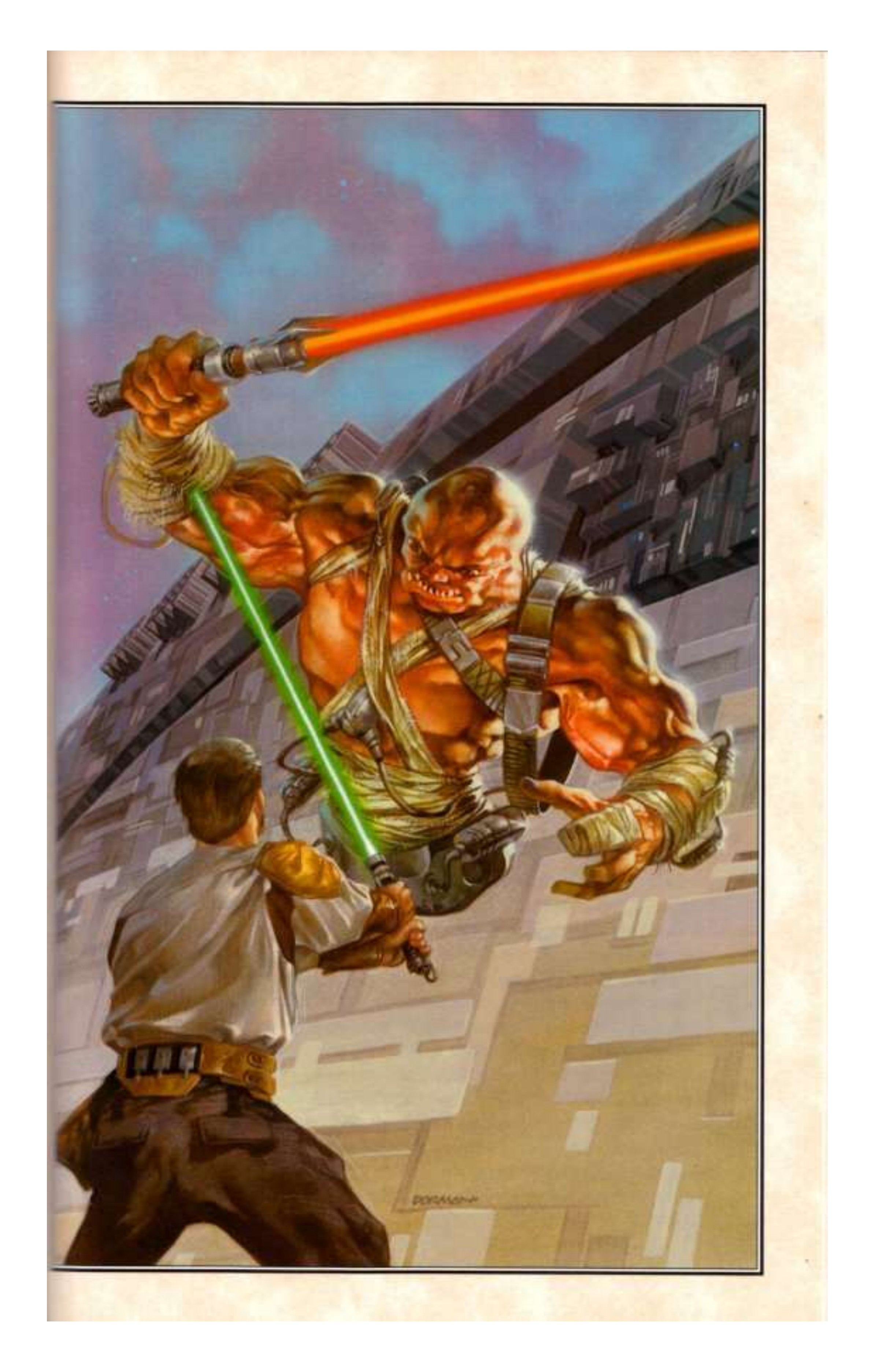
Además de mantener al Jedi flotando sobre la cubierta, la Fuerza también ejercía su influencia sobre otros objetos, incluyendo tuercas, tornillos, guijarros, una barra de racionamiento y varios pedazos de cable. Todo lo cual orbitaba alrededor del cuerpo del medio hombre como si fueran planetas y el Jedi Oscuro el sol. Su sable de luz zumbó con energía malévola, y las palabras que pronunció tuvieron una cualidad áspera.

—Soy Maw… ¡prepárate para morir!

—Tal vez —respondió Kyle con calma—, pero no olvidemos que mi amigo Rahn ya te acortó considerablemente.

El efecto fue electrizante. El rostro de Maw se volvió morado por la furia, y lanzó un rugido de ira pura y dura. Aceleró con mucha más velocidad de la que Kyle había anticipado.

El rebelde se echó hacia atrás, permitió que el Jedi Oscuro pasara por encima de él y acuchilló hacia arriba. Maw gritó de dolor, perdió la concentración y golpeó la cubierta. El sable de luz salió volando de su mano, y escombros llovieron sobre su cabeza y hombros.



Kyle dio un paso adelante, observó la espalda de su oponente, pero no pudo acabar con él. Maw se apoyó sobre los puños, se volvió y levantó la mirada.

—Estoy indefenso… ¡mátame! ¿O no tienes coraje? Tampoco lo tenía tu padre.

Kyle bajó la cabeza. La furia, contenida y controlada durante tanto tiempo, floreció en su interior. La sintió irradiar, filtrarse a través de su cuerpo hasta sentir un hormigueo en la punta de sus dedos. El sable de luz zumbaba, y sus dedos se envolvían y reenvolvían alrededor del desgastado mango. Aquí estaba una de las personas que había asesinado a su padre… y no *solo* a su padre, sino a cientos más, miles quizá. Matar a tal persona sería justo, sin embargo…

Maw sonrió maliciosamente.

—Tu padre estaba de rodillas, gimiendo como un niño, cuando Jerec lo abatió. Yo puse su cabeza en la pica para que el resto de la escoria rebelde pudiera verla.

El sable de luz fue un borrón cuando subió y bajó. La hoja penetró por el hombro izquierdo del medio hombre, atravesó su pecho y salió por el lado derecho de su cuerpo. Hubo una explosión de sangre cuando Maw se dividió en dos piezas… y Kyle sintió energía arremolinándose a su alrededor. Energía *oscura*, atraída por la naturaleza de su acto, lista para usarse.

Aturdido por lo que había hecho y asqueado por la carnicería, Kyle retrocedió. Una voz sonó por detrás.

—Excelente… El viaje hacia el Lado Oscuro ha comenzado. Pero hay más…

Kyle se volvió para descubrir que Jerec, Sariss y Boc habían bajado del turboascensor, y que Jan estaba con ellos. Boc le dio a Jan un empujón completamente innecesario. Ella tropezó y logró estabilizarse. Kyle vio los moratones en su rostro y se dio cuenta de que tenía los brazos atados.

Jan forzó una sonrisa.

—Lo siento, Kyle, me temo que no puedo sacarte de esta.

Jerec le dio un empujón y Jan cayó. Señaló hacia donde yacía ella.

—¡Abátela! Alcanza tu *verdadero* destino… tu *verdadero* poder.

El tiempo pareció ralentizarse. Jerec sintió el ansia de Kyle, la ambición que se filtraba de su conciencia, y sonrió. *Aquí* estaba la flaqueza que Rahn temía, *aquí* estaba el incentivo que había estado buscando, y *aquí* estaba el ansia capaz de igualar a la suya propia.

Jan miró a los ojos al otro agente, vio la tentación destellear en ellos, y se preguntó si lo había juzgado mal.

Boc sonrió tontamente, hizo un pequeño baile y esperó a que alguien muriera. Llevaba dos sables de luz, uno sujeto en la parte trasera de su faja y el otro delante.

Kyle miró de Jerec a Jan y vuelta a empezar. El hecho de ser tentado, de *poder* ser tentado, le revolvió el estómago.

—No.

El Jedi Oscuro recurrió a la energía que se filtraba del Valle, le dio forma y arrojó el resultado al pecho de Kyle. La ráfaga arrojó al rebelde hacia atrás sobre la rampa de

carga. Se tambaleó y acababa de restablecer el equilibrio cuando una segunda ráfaga más poderosa lo lanzó dentro del carguero.

La esclusa detectó su presencia, y la escotilla comenzó a cerrarse. La rampa se desintegró. La nave se inclinó y cayó hacia las rocas de abajo.

Jan se levantó e intentó llegar hasta el borde de la plataforma, pero fue golpeada y arrojada contra la cubierta. Boc se rio y puso un pie sobre su pecho.

Sin saber lo que ocurría arriba, Kyle se estrelló contra un mamparo y supo lo que tenía que hacer. Dirigirse hacia la parte ventral de la nave y pasar a través del puerto de acoplamiento. Era su única oportunidad. *¿El puerto de acoplamiento? ¿Por qué el puerto de acoplamiento?* Pero no tenía respuesta a eso… solo una abrumadora sensación de urgencia.

La escotilla interior se abrió, y Kyle se agachó para pasar y se encontró en uno de los dos pasillos que recorrían la longitud de la nave. Como la mayoría de las naves de su diseño, tenía un eje de emergencia que atravesaba de arriba a abajo el carguero.

Kyle se tambaleó cuando el morro de la nave se inclinó. Cayó de rodillas y abrió la puerta de acceso a ras de cubierta. Una escalera estaba soldada a un lado del eje de emergencia. El rebelde se sujetó a los raíles laterales con sus botas, se deslizó hacia abajo y accionó la escotilla. El agente la atravesó y aterrizó en el puerto de acoplamiento. O lo habría hecho, si el carguero hubiera estado nivelado. Como la nave estaba inclinada hacia abajo, el rebelde *pasó de largo* la escotilla y tuvo que luchar para abrirse camino de vuelta hacia arriba.

Pasaron segundos preciosos mientras pasaba por el ciclo de la esclusa y entraba en un compartimento de aspecto familiar. ¡El *Cuervo*! Los imperiales habían localizado la nave y la habían llevado a la torre. El agente escuchó pitidos y supo que WeGé estaba encerrado en uno de los compartimentos de almacenamiento. Sin embargo, no había tiempo para liberarlo. *Si* podía poner los motores en marcha… *si* podía romper la conexión de acoplamiento…

Las probabilidades estaban en su contra… pero Kyle no podía hacer otra cosa. Se abrió camino hasta llegar a la cabina, se dejó caer en la posición del piloto y presionó el interruptor de arranque de emergencia. Alarmas sonaron y luces parpadearon cuando el ordenador de navegación de la nave objetó por la brecha en el protocolo. Liberados de los procedimientos de seguridad normales y respondiendo a las oraciones del rebelde, los motores cobraron vida.

Kyle se mordió el labio, presionó el interruptor de liberación de emergencia y sintió cómo las naves se separaban. Dando potencia y girando a babor aumentó la distancia entre ellas. El agente tiró de la palanca de control, vio un destello cuando el carguero se estrelló retorciéndose en el suelo, y luchó por ganar altura.

El *Cuervo* se agitó violentamente sacudiendo los dientes de Kyle y chocó contra una aguja rocosa. El motor de babor se desprendió, el morro descendió, y el suelo se precipitó para encontrarse con la nave.

El casco golpeó, rebotó y comenzó a derrapar. Kyle pensó en el arnés de seguridad, deseó habérselo abrochado, y sintió su cabeza golpear el panel de control.

El rebele estaba inconsciente para cuando la nave se detuvo. El sueño, si es que era un sueño, parecía increíblemente real.



Rahn sonrió como si le diera la bienvenida a Kyle a casa. Vestía una túnica color crema con una capucha que caía en pliegues sobre sus hombros.

—Lo que *es* fluye de lo que *fue*. La mejor forma de aprender es *sentir* cómo fue.

El Jedi desapareció de la vista, y Kyle se dio cuenta de que otra mente coexistía con la suya. Aunque aparentemente esta no era consciente de *él*, él sí era consciente de *ella*, y de todo lo que contenía. Había recuerdos de un joven dedicado a explorar las estrellas, de una pasión por una mujer muerta hacía mucho tiempo, y de un planeta cubierto de hielo y nieve. También había cansancio, porque la mente era muy, muy vieja.

Pero al mal le importa poco la edad o la enfermedad. Crece donde puede, hunde sus raíces profundamente en los ricos fertilizantes del ego, la lujuria, la codicia, la envidia y el odio, enviando nuevos brotes a la superficie donde forman una maraña de la que nada puede escapar. Por eso Tal cogió el sable de luz de su lugar sobre la chimenea… y se unió al Ejército de la Luz.

—¿Tal? ¿Estás despierto?

Kyle no se había dado cuenta de que los ojos del Jedi Tal habían estado cerrados hasta que los abrió. Un hombre se sentó frente a él: un gigante con un cabello rubio hasta los hombros, mandíbula cuadrada y ojos azul hielo. Estos últimos centelleaban alegremente.

—Aquí estás… tenía miedo de que te quedaras dormido y te perdieras la rendición.

Tal eligió sus palabras con cuidado. Puede que Hoth fuera un Jedi, y uno muy bueno, pero muchas voces competían por su atención. Tantas que era difícil para el gran hombre atenderlas. Por eso mismo Tal reservaba sus consejos solo para los asuntos más importantes… y eligió sus palabras con cuidado.

—No habrá rendición… hoy no, en cualquier caso.

La cara de Lord Hoth se oscureció como si estuviera oculta del sol.

—Pones a prueba mi paciencia, anciano. Reunimos un ejército de la nada… Convertimos cargueros en naves de guerra… Viajamos a través de muchos sistemas, venciendo a cuantos Sith se interpusieron en nuestro camino, y llegamos a Ruusan. Aquí hemos librado siete batallas terribles… Batallas en las que han muerto miles de Jedi. *A pesar* de su número superior, *a pesar* de su brutalidad, *a pesar* de su voluntad para invocar el Lado Oscuro de la Fuerza, la Hermandad de la Oscuridad ha perdido todos excepto dos de esos enfrentamientos. Sólo les queda una opción… y es rendirse. ¿Por qué negar lo obvio?

Tal se encogió de hombros.

—Porque lo que nosotros consideramos inconcebible, ellos lo alcanzarán en un suspiro.

—¿Qué? —exigió Hoth—. ¿A qué temes? Ponle un nombre. No puedo actuar en base a los presentimientos de un solo ser… sin importar cuán confiable pueda ser ese individuo.

Tal buscó las palabras que explicaran sus recelos, pero no encontró nada.

—Lo siento, señor… es un sentimiento. Nada más, y nada menos.

Hoth, irritado, sacudió la cabeza.

—Estoy rodeado por un montón de lameculos, adivinos y clarividentes. Mal rayo os parta… Vamos, es hora de irnos.

Tal usó los respaldos de la silla de campaña para empujarse y levantarse del asiento. Hizo una reverencia.

—Ojalá esté equivocado, señor, porque nada me complacería más. Estaré a tu lado sin importar el desenlace.

Hoth sonrió y tomó la mano del anciano.

—Lo sé, y ello me da fuerzas. Vamos… la historia espera.

El líder Jedi recogió su sable de luz, echó la capa sobre un hombro y salió al sol. El Ejército de la Luz lo vio emerger, y miles de voces rugieron su nombre.

Tal echó una última mirada al interior de la tienda, supo que nunca más volvería a verla, y se dirigió cojeando hacia la entrada.

Tomó buena parte de la mañana reunir a las tropas, marchar por el sinuoso camino e ingresar en el Valle. Tal estaba agradecido por el hecho de que la marcha fuera lenta, ya que la edad le había robado a su cuerpo, antiguamente ágil, su fuerza y rapidez. Pero no a su mente. En todo caso, esta era más fuerte, fundamentada en más de ochenta años de experiencia y alerta ante la más leve perturbación en la Fuerza.

Tal podía *sentir* lo que los Oscuros habían conseguido. La Fuerza parecía coagularse como sangre en una herida, espesando el aire a su alrededor, presionando contra su pecho.

Los otros también lo percibieron, porque eran Jedi y sabios en los caminos de la Fuerza. Las expresiones se volvieron sombrías, músculos se tensaron contra pesos invisibles, y el aire crepitó por la energía arremolinándose.

Aparecieron postes a ambos lados del sendero. Cada uno tenía clavados los restos de un Jedi picoteados por los carroñeros… sus ropas se llenaron de vida momentánea cuando el viento las meció explorándolas.

Riscos rodeaban el camino y servían como puntos de observación desde donde los Oscuros podían mirar. Sus filas eran ahora menos numerosas, *mucho menos* numerosas, pero no menos intimidantes. Sus estandartes se agitaban lánguidamente con la brisa, sus ojos proyectaban odio, y sus manos descansaban sobre armas desgastadas. Desgastadas porque estos eran los supervivientes, seres tan hábiles en el combate físico-mental que siete duras batallas no solo habían fracasado en abatirlos, sino que también habían

servido para perfeccionar sus habilidades. Tal sabía que eran (y siempre serían) peligrosos.

Apareció una doble fila de cabezas, una a cada lado del camino, muchas aún reconocibles. Tal vio a una de sus estudiantes, con los ojos vacíos del humor por el que había sido conocida, y sintió una profunda pena. Pensó en Hoth, en suplicarle al Maestro Jedi que lo cancelara todo, pero sabía que sería inútil. La misma determinación que hacía de Hoth un gran líder, provocaría su caída. Nada podría pararlo… nada salvo la muerte misma.



Las cámaras, casi tan grandes como el ego para el que habían sido creadas, se extendían por kilómetros. Su ubicación en lo profundo de la tierra había demostrado ser a prueba de bombas, a prueba de misiles y a prueba de asaltos. Hasta ahora al menos. Más de mil banderas desgarradas por la batalla colgaban de las paredes… muchas de ellas aún mostraban la sangre de quienes las habían llevado.

Los líderes a quienes se les confiaron las banderas, o lo que quedaba de esos líderes, estaban situados ante las banderas. Algunos eran humanos, muchos no lo eran. Sus ojos estaban en blanco, sus cavidades llenas de conservantes, y sus cuerpos sostenidos por varillas de acero. Los trofeos estaban colocados en dos filas perpendiculares formando la letra V.

Kaan estaba sentado en el punto donde las líneas se unían en un trono hecho de huesos. Tenía el pelo blanco, una frente prominente y una barbilla afilada. El poder irradiaba del Sith como el calor de una roca calentada por el sol. Hacía que el aire resplandeciera, provocaba estática en las comunicaciones y hería a las mentes desprotegidas. Sus ojos estaban llenos de odio, y sondearon a los seres frente a él.

—Ya vienen.

Los segundos, terceros y cuartos al mando de Kaan estaban muertos, asesinados durante las infernales batallas de las últimas semanas. El número cinco, el Sith conocido como LaTor, dio un paso adelante e hizo una reverencia. Kyle se inclinó con él.

—Sí, mi señor. Ya vienen.

—¿No tenemos forma de detenerlos? ¿Ninguna estrategia para la salvación?

LaTor, con la mitad de su rostro oscurecido por una venda manchada de sangre, negó con la cabeza.

—No, mi señor, ninguna que yo sepa.

—¡Entonces debemos crear una! La rendición es inconcebible. Reúne a los Sith.

—Sí, mi señor.

Tomó la mayor parte de dos horas correr la voz, llevar a lo que quedaba de la Hermandad a las cámaras, y acomodarlos.

Una vez reunido, el Ejército Oscuro era lamentablemente pequeño. Menos de dos mil Sith en contraste con los veinte mil que siguieron a Kaan en las primeras batallas. Sin

embargo, a pesar de que eran pocos, estos eran los más inteligentes, fuertes y poderosos de todos, porque el resto habían muerto, siendo doblegados por Hoth y el Ejército de la Luz.

El aire zumbaba con energía apenas controlada. Kaan se levantó y cayó el silencio en las cámaras. Sus ojos vagaron por la audiencia, encontraron a aquellos que él sabía que eran líderes, y reclamó sus mentes.

—Saludos, hermanos… y bienvenidos a la oscuridad. Nuestra gran y noble causa ha llegado a su fin. Las fuerzas que favorecen la anarquía sobre la organización han ganado. ¿Qué es esa «democracia» de la que hablan sino la ausencia de orden? ¿La ausencia de razón? Sin duda el fuerte debería gobernar… porque ese es el orden natural.

»Pero debemos olvidar lo que podría haber sido… y concentrarnos en lo que *es*. La derrota se avecina, está a solo unas horas, y con ella, la pérdida de todo lo que habíamos deseado. Os pido que os unáis a mí en una última misión. La creación de un arma tan poderosa que cuando sea detonada, los vencedores se convertirán en vencidos y serán barridos de las páginas de la historia.

Kaan era un hábil orador y sabía cuándo detenerse. Las cámaras quedaron en silencio. LaTor dejó que el silencio se fortaleciera… y lo rompió con el saludo tradicional.

—¡Kaan gobierna!

La respuesta llegó como un trueno y resonó entre las paredes de las cámaras.

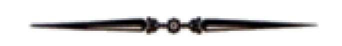
—¡Kaan gobierna!

Y así la decisión de anteponer la muerte a la vida fue tomada. Más de mil mentes altamente entrenadas se enfocaron en una sola tarea. Primero vino la creación de una construcción mental que era análoga a la carcasa de una bomba. Un contenedor en el que la energía pudiera ser almacenada. Luego vino el proceso de poner la Fuerza del revés, de extraer la oscuridad interior y canalizar esa energía hacia el recipiente recién creado.

El tiempo quedó suspendido, el aire crepitó por la energía apenas reprimida, y tres de los Sith murieron, sus mentes se vieron superadas por la violencia del proceso. Otros se volvieron locos, se levantaron con las armas desenvainadas y fueron ejecutados por el maestro de armas.

Kyle era un novato en comparación con los que lo rodeaban y podría haber resultado muerto si no hubiera sido por LaTor y su fortaleza. Para LaTor fue duro, *muy* duro, Kyle estaba impresionado por el poder residente en el Lado Oscuro. El poder y la relativa facilidad para acceder a él… una tentación para cualquiera con el talento necesario.

Finalmente, con las túnicas empapadas de sudor y sus corazones latiendo como martillos pilones, la Hermandad terminó. La bomba mental estaba completada. Había llegado el momento de aventurarse a la luz del sol, de abrazar a los vencedores y arrastrarlos hasta el infierno.



La confrontación final tuvo lugar en el Valle ubicado sobre las cámaras. Fue allí, en un anfiteatro tallado por las fuerzas del viento, la lluvia y la erosión, donde la Hermandad de la Oscuridad se reunió y esperó la muerte.

Y fue al Valle adonde Tal llevó su dolorido cuerpo, sabiendo que la muerte flotaba alrededor pero decidido a cubrirle la espalda a su maestro.

Y fue allí donde Kaan, el Señor de la Oscuridad, se encontró con Hoth, Defensor de la Luz, e hizo un gesto hacia los barrancos que se alzaban por todos lados.

—Bienvenido, Lord Hoth. Bienvenido a la tumba y la oscuridad de donde nadie nunca escapará.

La idea era relativamente trivial, igual que la presión ejercida por un francotirador representa solo una fracción de su fortaleza total, si bien posee la capacidad de destruir lo que nunca podría crear.

Sin embargo, la explosión que siguió fue cualquier cosa menos trivial, porque destrozó la construcción hecha para contenerla e inundó el Valle con destrucción.

Tal se tambaleó bajo el impacto, sintió cómo su cuerpo le era arrebatado, y fue lanzado hacia las estrellas. Alegría llenó su corazón. *¡Libertad!* Liberado del dolor… liberado de…

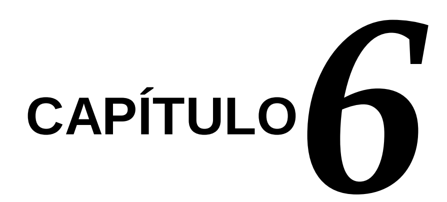
No obstante, la naturaleza aborrece el vacío, y el vacío en el corazón de la explosión tenía que llenarse con algo, por lo que succionó a Tal. A Tal y a todos los demás. La comprensión abrumó la mente del Jedi. Sus gritos casi se perdieron entre los de los demás.

—¡No! ¡Por favor! ¡No!

Pero el asunto estaba zanjado. Para cada acción existe una reacción igual y opuesta, y de acuerdo a esa ley, ambos ejércitos fueron arrastrados. Se logró un estado de equilibrio cuando se emparejaron las fuerzas, y quedaron atrapados. Atrapados juntos para la eternidad… o hasta que algo alterara el equilibrio existente.

Tal y su alter ego, Kyle, todavía estaban en proceso de absorber los hechos, de entenderlos, cuando el rebelde despertó.





Kyle se despertó con dolor, más dolor del que nunca había sentido, y más dolor del que quería volver a sentir. Tanto dolor que le llevó un momento darse cuenta de que le pertenecía a *él*, y no a su alter ego, Tal.

El rebelde abrió los ojos, vio estrellas centellear por arriba, y sintió el aire frío de la noche entrar en sus pulmones. Trató de sentarse. Sintió como si una aguja de seis centímetros de largo se le metiera en el cráneo y llegara al cerebro. Gimió y se apoyó sobre un codo.

Fue entonces cuando Boc se adelantó… y Kyle se dio cuenta de que había también otros. Su corazón dio un vuelco. Los imperiales habían entrado al *Cuervo* y lo habían sacado fuera. ¿El cabeza de gusano? No importaba. La mujer estaba presente, con la boca apretada en una línea tensa y recta, como lo estaba también el Jedi contra el que Kyle luchó en Sulon y posteriormente perdonó. ¿El mismo que localizó a la patrulla desaparecida? Sí, percibía la misma personalidad. Sus ojos se encontraron, sostuvieron la mirada, y se desviaron cuando Boc sacó un sable de luz de debajo de su capa.

—Ah, vaya… un choque terrible… Tienes suerte de estar vivo… ¿o no? Oh, ¿qué es esto? Un sable de luz… no, no solo *un* sable de luz, sino *tu* sable de luz, y es una bonita pieza.

Boc colocó el arma sobre un pedazo plano de piedra, agarró una roca y la levantó sobre su cabeza.

Kyle trató de levantarse, consiguió ponerse sobre una rodilla, y se detuvo cuando el dolor inundó su cabeza.

Boc sonrió.

—¿Sí? ¿Querías algo? ¿No? Bueno, veamos cuán robusto es realmente este sable…

Dicho esto, el Jedi Oscuro alienígena estrelló la roca contra el sable con todas sus fuerzas. Se oyó un crujido y pedazos de sable volaron en todas direcciones. Boc se rio entre dientes.

—¡Caramba! Simplemente ya no los hacen como solían hacerlos… Oh, bueno, no es como si hubieras construido tú mismo el arma. Eso requiere cerebro.

Sariss sacó su arma y activó el interruptor. La hoja apareció chisporroteando.

—Ya es suficiente… Dile a Jerec que localizamos a Katarn y lo matamos.

Boc miró de Sariss a Kyle y puso una mano sobre su boca.

—¡Uups! Eso no suena muy prometedor, ¿verdad? Pero, ¿qué esperabas? ¿Leche y galletas?

El twi'lek estalló en carcajadas, se volvió y se alejó. Sariss se volvió hacia Kyle y levantó el arma.

Kyle observó el resplandor y pensó en Jan. ¿Estaba muerta? ¿Estarían juntos de nuevo?

Sariss tensó su agarre y bajó el arma.

Yun lo vio todo a cámara lenta, se sintió a sí mismo responder y se preguntó por qué. ¿Había tomado una decisión? No recordaba haberlo hecho… no una decisión en particular, en cualquier caso, solo una larga cadena de decisiones aparentemente menores, que, en conjunto, sumaban una decisión importante. El sable de luz pareció encenderse por sí mismo. *Si* apuntaba bien, *si* el entrenamiento había valido la pena, rozaría el brazo de su mentora. Ella fallaría… y Katarn se salvaría. Probablemente no por mucho tiempo… pero él no podía controlar eso.

Sangre voló cuando energía cortó carne. Sorprendida por el ataque, y reaccionando instintivamente, Sariss se volvió. El sable de luz se elevó, cayó y cortó a través del hombro de Yun. El joven Jedi pareció sorprendido, gimió de dolor y cayó de rodillas.

Sariss estaba horrorizada. Yun, su mejor estudiante y lo más cercano que tenía a un amigo, estaba muriendo. ¿Por qué? Era imposible, pero ahí estaba, arrodillado ante ella. Gritó llamando a un médico, y los ecos parecieron burlarse de ella. Yun levantó la cabeza. Sus ojos miraron a través de ella.

—Sariss, ¿puedes ver la luz? ¿Lo brillante que es?

Y Yun se había ido. Se inclinó hacia delante hasta que su frente tocó el suelo y luego cayó de costado.

Kyle vio a Sariss darle la espalda y a Yun soltar el sable de luz, así que utilizó la Fuerza para «agarrarlo». El arma hizo un sonido seco cuando golpeó la palma de su mano. El rebelde se sobrepuso al dolor, se levantó luchando contra una oleada de vértigo y pulsó el poco familiar interruptor.

Cada sable de luz era tan único como el ser que lo había construido, y el de Yun no era una excepción. Venía equipado con lo que el instructor de esgrima de Kyle habría llamado una «empuñadura de pistola modificada», lo cual significaba que protuberancias cuidadosamente moldeadas se acoplaban a una mano humana y le daban a su dedo índice un lugar donde descansar.

No solo eso, sino que la empuñadura estaba hecha de un polímero «vivo» altamente maleable que exploró la mano de Kyle y se transformó en un mango sólido y altamente personalizado. Kyle nunca había soñado con algo como eso, e inmediatamente le encantó.

El rebelde elevó el arma a la posición tradicional de «guardia» y casi podía escuchar al instructor de esgrima de la Academia. Tenía una voz chillona: «Mantén la cabeza alta, mira a tu oponente y comprueba tu equilibrio. La punta debe estar a la altura de los ojos, o ligeramente por debajo, de esta forma…». Una hoja de acero difería de un sable de luz, por supuesto… pero muchas de las mismas técnicas podían aplicarse.

Sariss se volvió. Sus ojos ardían con ira. Había tiempo más que suficiente. Ningún corte resultaría fatal en sí mismo, pero cada uno de ellos sumado al resto daría lugar a una muerte dolorosa. Luego, después de que su fuerza vital le hubiera sido arrebatada y de que su sangre se hubiera mezclado con la arena, ella tomaría su cabeza. No es que eso pudiera compensar el dolor de su brazo o la angustia en el corazón, pero era un comienzo.

Kyle tragó, sabiendo que su oponente tenía más experiencia que él, y de repente se tambaleó bajo el impacto de un ataque mental. Esta batalla se libraría en *dos* planos. Uno mental, el otro físico… justo como los tipos de su «sueño».

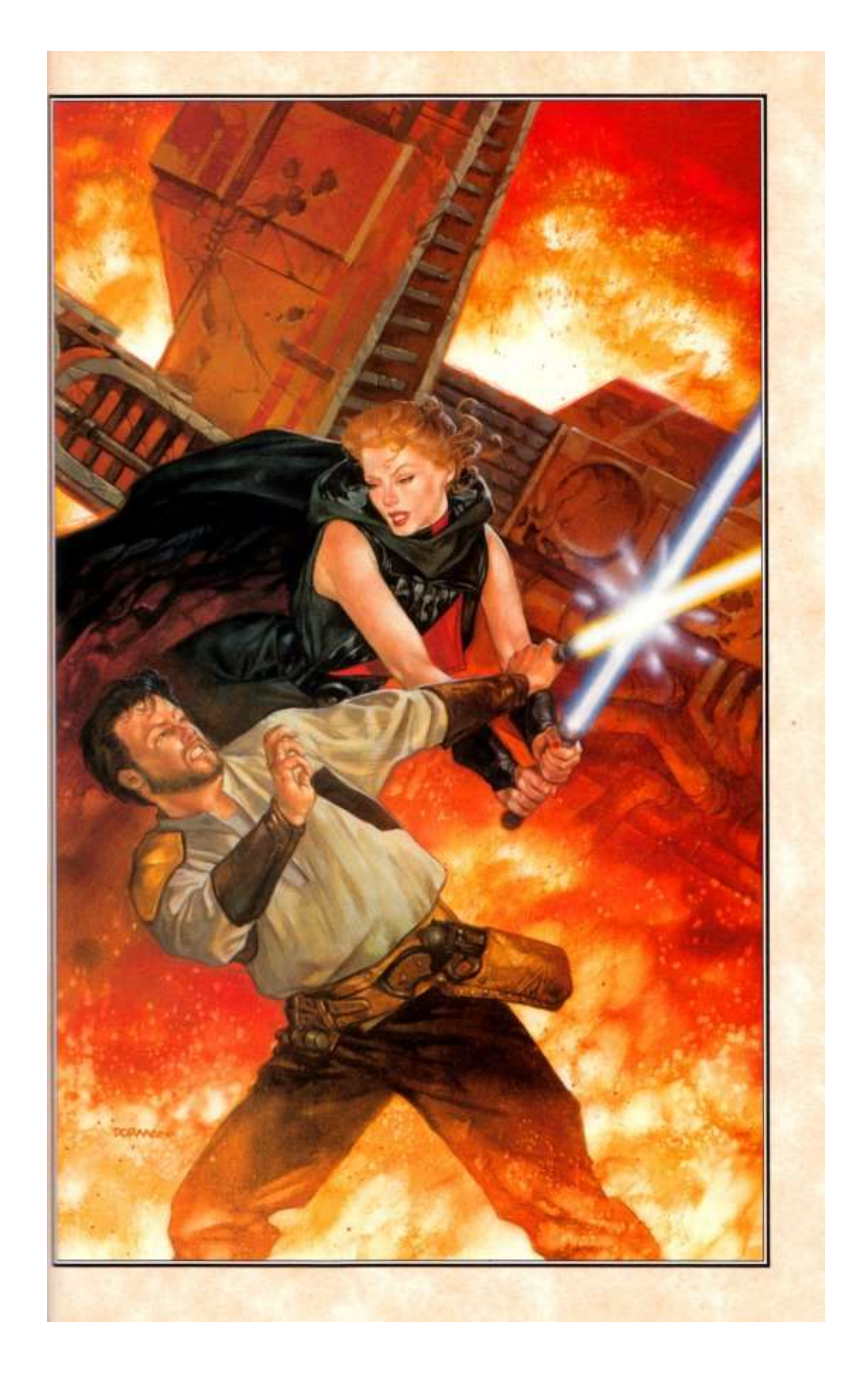
El Jedi accedió al conocimiento obtenido de Tal, muerto hacía mucho tiempo, bloqueó el ataque mental y respondió con uno propio. Lanzó un tajo hacia la cabeza de Sariss desde la tercera posición, flexionó la muñeca y extendió el brazo. Aunque era mucho más liviano que su homólogo de metal, el arma de energía Jedi poseía características similares. Podía penetrar como un estoque y cortar como un sable. Un sable de *doble filo*.

Sariss bloqueó el golpe mental, se preguntó dónde había obtenido Katarn tal conocimiento, y se encontró bajo ataque. La habilidad de su oponente era sorprendente, recordándole que no era un rebelde corriente. Había varias formas de defenderse de su ataque. Sariss eligió el bloqueo cinco, seguido de una respuesta bien practicada. El sable pasó bajo el de Katarn, zumbó cuando atravesó la corona exterior del campo creado por el otro sable, y se lanzó hacia el pecho del oponente.

Energía crepitó y restalló cuando el agente interceptó el golpe… y seguidamente separó el arma.

El ataque había fallado, así que Kyle seleccionó otro. El ataque-punta era un desarrollo relativamente simple. Dejó caer la punta de su sable, extendió el brazo y se lanzó.

Sariss lo vio venir, bloqueó la hoja del otro Jedi y detectó un error. La muñeca de Katarn estaba demasiado baja, un poco por debajo del hombro, abriendo al rebelde a un corte en la cabeza. Se abalanzó mientras él retrocedía, vio una fina línea roja aparecer en su mejilla derecha y sintió una sensación de satisfacción. El advenedizo había tenido suerte… pero ella literalmente lo cortaría en pedazos. Yun sería vengado.



Kyle vio un destello de color y escuchó la hoja chisporrotear más allá de su cara. Sus fosas nasales se llenaron con el olor a carne quemada. La suya propia. A continuación dolor. Dolor sobre más dolor. Sabía que el corte era un presagio de lo que vendría. Estaba cansado, herido y tenía menos experiencia. La Jedi Oscura intentaba desgastarlo. Lo que él necesitaba era una conclusión rápida y decisiva. El agente asumió la posición de guardia e invocó el conocimiento de Tal. ¿Qué habría hecho el antiguo Maestro ante una situación similar?

Sariss percibió la vacilación del otro Jedi, confundiéndola con miedo, y lanzó una finta. Iba dirigida al vientre de Kyle.

Él mordió el anzuelo, la vio retroceder y supo que una estocada seguiría. Se las arregló para bloquearla, sintió resistencia cuando el sable de ella chocó con el suyo, y encontró la respuesta que había estado buscando…

Tal fue estudiante de otra escuela no formal de esgrima que era mitad física y mitad espiritual por naturaleza. Tenía muchos desarrollos, y muchos «cortes», pero solo uno que encajaba con el momento. «El Corte del Agua Fluyendo» se usaba cuando estabas hoja a hoja con un oponente. La sincronización lo era todo… y cuando Sariss se retiró… Kyle supo que debía «expandirse», seguir con cuerpo y espíritu, como agua llenando un recipiente. Y entonces, en el seno de la calma, cortar lentamente y liberar a Sariss de su cuerpo.

La acción siguió al pensamiento. Su espada atravesó el pecho de la Jedi Oscura y la punta emergió entre sus omóplatos. Muy poca sangre se vertió ya que la herida se cauterizó en el acto. Sariss pareció sorprendida. Sus ojos bajaron hacia el punto de entrada, se levantaron hacia él, y luego se quedaron en blanco. Cayó hacia atrás, golpeó el suelo y patinó sobre la grava suelta.

Kyle se quedó parado, balanceándose ligeramente, luchando por absorber lo que había ocurrido.

Estaba vivo, *todavía* vivo, lo cual lo asombraba y complacía. Pero, ¿qué hacer a continuación? ¿Encontrar a Jan? ¿Buscar a Jerec? Ambas ideas tenían mérito, ¿cuál escoger?

Los riscos a su izquierda permanecían firmes y oscurecidos, pero el sol había comenzado a elevarse, arrojando una suave luz rosada sobre un pináculo rocoso. La sombra se proyectó… y señaló hacia el Valle de abajo. De repente, y sin saber *cómo* lo sabía, Kyle supo adónde ir. Se despidió de Yun, quien había sacrificado su vida por algo que solo había empezado a comprender, y le deseó lo mejor al Jedi.

Grava crujió bajo las botas del agente mientras seguía la sombra hacia la abertura y lo que esperaba por debajo. Había centinelas con los que lidiar y una patrulla que se dirigía hacia las tierras baldías, pero Kyle ignoró todo ello. Un comando lo divisó y dio un paso adelante.

—¡Alto! ¿Quién va?

Kyle extendió una mano.

—*Me has visto muchas veces antes… y tienes conocimiento de mi autoridad.*

El comando asintió.

—Lo siento, señor… no me he dado cuenta de que era usted.

El Jedi asintió y siguió su camino. El área alrededor de la abertura había sido despejada de escombros. Las escaleras eran lo suficientemente anchas como para acomodar a cuatro hombres caminando en paralelo. Los escalones fueron tallados en la piedra sólida y seguían la curva de la pared. La luz se intensificaba a medida que se levantaba el sol y enviaba rayos de luz hacia la cámara.

El aire se hizo más denso alrededor de los hombros de Kyle, y escuchó lamentos, como los de una multitud adolorida. Jeroglíficos alienígenas aparecieron en las paredes, y el Jedi extendió la mano para tocarlos mientras las escaleras lo llevaban abajo.

Luz destelleaba sobre algo abajo, entre la penumbra. Atrajo la atención del rebelde y sintió curiosidad. ¿Qué podría ser? ¿Un pedazo de chatarra? ¿Un artefacto? Kyle llegó al suelo de la cámara, se dirigió al área donde había visto los reflejos, y removió con la punta del pie una pila de escombros. Algo metálico traqueteó y el Jedi entrevió lo que había estado buscando.

Solo con el tacto ya reconoció el objeto: una multiherramienta, similar a la que llevaba él, pero más antigua. Cualquiera podría haber dejado el dispositivo… pero algo, no estaba seguro de qué, hizo que el Jedi examinara el objeto con más atención. Se volvió hacia la luz y vio un grabado: «Para papá, de Kyle».

El Jedi sintió un nudo formarse en su garganta cuando comprendió que su padre llegó tan lejos y, aunque incapaz de liberar a los espíritus de dentro, puso en marcha el rescate. Por supuesto, asumiendo que *él* viviera lo suficiente como para completar la misión.

¿Qué debió sentir su padre después de recorrer todo el camino y carecer de la capacidad para ir más lejos? ¿Se sintió frustrado? ¿Asustado? No había forma de saberlo, pero una cosa era segura: el conocimiento de que Morgan Katarn estuvo allí, y de que hubiera esperado que él perseverara, fortaleció la determinación de Kyle.

La multiherramienta añadió un peso reconfortante al bolsillo de Kyle mientras este avanzaba. Sus sentidos estaban afilados… y miles de impresiones inundaban su mente. Originalmente había visto la Fuerza como algo abstracto, algo que estaba fuera de sí mismo, pero ya no. Ahora Kyle se sentía uno con la Fuerza. Esta se agitaba y bullía como si fuera apenas contenida. Se filtraba por los poros de su piel, inundaba cada célula viva y apartaba el dolor y la fatiga. Se sentía ligero, fuerte, poderoso. ¿Eso era bueno? ¿O algo que temer? La muerte del medio hombre todavía pesaba sobre la conciencia del Jedi y lo llevaba a cuestionarse sus motivos.

Cautelosamente, porque no confiaba completamente en sí mismo ni en lo que se pudiera encontrar, Kyle se acercó a un arco muy sombreado. Lo atravesó y entró en el Valle de los Jedi. Un millar de tumbas recorrían el suelo del Valle. Cada una era diferente, tan única como el espíritu al que se dedicó, y una obra de arte. Años, tal vez cientos, fueron dedicados al vasto memorial.

Kyle estaba abrumado por el puro espectáculo del lugar. Vagó por un pasillo desde el cual nacían senderos más angostos a cada lado. Vio estatuas, algunas de las cuales fueron

dedicadas a humanos mientras que otras representaban a alienígenas, cada una moldeada con asombroso detalle. Allí, capturado en piedra, estaba el Ejército de la Luz. ¿Quiénes fueron los artesanos? ¿Y qué les pasó? Los brincadores parecían los candidatos más probables… aunque no había forma de estar seguro.

Una cabeza se alzaba sobre todas las demás, y Kyle caminó en esa dirección. Era Lord Hoth, sus ojos estaban centrados en algo que Kyle no podía ver, una de sus manos sostenía un sable de luz. El Jedi parecía tan *real*, tan *poderoso*, que el rebelde medio esperaba que hablara.

Y allí, justo a la derecha del Maestro Jedi, se encontraba otra figura familiar. El hombre se mantenía erguido a pesar de los años que pesaban sobre sus hombros. Llevaba una larga barba blanca, y aunque una capucha ocultaba la mayor parte de la cara del Jedi, Kyle sabía quién era. Aún leal, aún al lado de su maestro, Tal esperaba a través de los años.

Hoth, y la forma en que destacaba sobre las figuras a su alrededor, le dio una idea a Kyle. Miró a su alrededor, divisó una tumba con la parte superior plana y se dirigió hacia allí. Una repisa corría alrededor de la estructura y le sirvió como escalón. Gárgolas de ojos saltones le sirvieron como asideros. Una vez en la cima, Kyle tuvo una excelente visión del Valle. Vio una hilera de columnas, se dio cuenta de que alguien estaba atado a una de ellas, y supo quién era. ¡Jan estaba viva!

Kyle sintió su corazón acelerarse, cruzó al otro lado de la losa y miró hacia abajo. Otra tumba se encontraba dos metros por debajo. La parte superior fue esculpida para parecerse al Jedi a quien fue dedicada. Kyle aterrizó en la frente del guerrero y saltó desde allí al suelo. Las columnas eran claramente visibles… y corrió en esa dirección.

Si el rebelde hubiera sido más cauto y hubiera estado menos centrado en Jan, podría haber notado una estatua diferente a las que la rodeaban. Una estatua que no solo *parecía* estar viva… sino que realmente lo estaba.

Boc siguió a Kyle con la mirada, pero por lo demás permaneció quieto. El Jedi podría haber sentido su presencia si no hubiera sido por un escudo mental cuidadosamente levantado. ¡Katarn estaba vivo! Pero eso era imposible… ¿no? ¿Dónde estaba Sariss? ¿Yun? Ambas preguntas fueron respondidas cuando Boc vio el sable de luz del joven Jedi Yun, una señal inequívoca de que estaban muertos. No era una gran pérdida en opinión de Boc, pero, no obstante, sí era sorprendente. El rebelde disfrutaba de mucha suerte… pero no por mucho más tiempo.

Sin ser consciente de Boc y la naturaleza de sus pensamientos, Kyle irrumpió en el claro. Jan lo vio y sonrió.

—¡Kyle! Me alegro de verte por aquí.

Kyle apretó el interruptor del sable de luz de Yun y usó el arma para cortar las ataduras de Jan. Las palabras de Kyle fueron ligeras, pero ocultaban una profunda sensación de alivio.

—Esto te costará…

Jan sintió cómo las correas se soltaban y se frotó los brazos.

—Envía la factura… estoy dispuesta a pagar.

—Pagarás —dijo fríamente Boc—, ambos pagaréis.

Se oyó un golpe seco cuando el Jedi Oscuro saltó del pedestal, seguido por el furioso zumbido de sables enfrentados. Kyle aguantó ante la fortaleza del otro Jedi, y empujó con todas sus fuerzas. Boc sonrió. Sus dientes parecían lápidas.

—Todas las cosas llegan a su fin, Katarn… dales recuerdos míos a Maw, Sariss y Yun.

Las palabras cubrieron un movimiento, pero Jan gritó una advertencia.

—¡Kyle! ¡Cuidado! ¡Tiene dos sables!

El rebelde saltó hacia atrás mientras la segunda barra de energía pasaba como un borrón frente a su cara. Kyle vio la segunda arma durante la confrontación previa y la había olvidado. Un error estúpido y posiblemente fatal. Kyle estaba asustado. Boc sintió la emoción y avanzó arrastrando los pies.

—Tal vez te gustaría aprender algo antes de morir. El uso de dos hojas, una para apoyar a la otra, se remonta a miles de años y era común tanto en tu especie como en la mía. La invención de los sables de luz no disminuyó para nada la eficacia de esta estrategia… como estás a punto de aprender.

En realidad, gracias a Tal, y a la considerable experiencia del anciano, Kyle sabía algo sobre pelear con dos hojas, lo que significaba que sabía cuán peligrosa podía ser esa combinación. No es que el conocimiento lo ayudara demasiado, dado que solo tenía un arma a su disposición.

¿Solo un arma?, dijo una voz dentro de su cabeza. *¿Qué hay de tu mente? ¿Eres un Jedi? ¿O no?*

Las palabras, y el hecho de que Rahn estuviera con él, le trajeron nuevas esperanzas.

Boc avanzó. Sus sables de luz parecían bailar ante él. Zumbaban con malicia apenas contenida y tejían intrincados patrones en el aire. Los movimientos tenían una cualidad hipnótica… y Kyle luchó por resistirla.

Energía chisporroteó cuando sable se encontró con sable. Kyle retrocedió cuando Boc lanzó una ráfaga de golpes. El Jedi Oscuro sonrió triunfante, avanzó y «percibió» una amenaza adicional. Se giró hacia Jan. La rebelde arrojó las rocas tan fuerte como pudo… pero fue en vano. Los misiles explotaron en cuanto los sables los tocaron y arrojaron trozos de roca al rojo vivo en todas direcciones. Jan se tambaleó y cayó hacia atrás cuando un asalto mental la golpeó.

El ataque con rocas no había infligido ningún daño, pero sí que le permitió ganar algo de tiempo. Kyle aprovechó la oportunidad para llamar a la Fuerza, forjar una lanza oscura como la medianoche, y lanzarla hacia el pecho de su oponente.

Boc se tambaleó, dejó caer los sables de luz, y agarró el eje invisible. Kyle observó fascinado cómo el otro Jedi luchaba por quitar el arma y no lo conseguía. Tropezó, cayó y se derrumbó. Una estatua se alzaba sobre él. Newar Forrth, antiguo comandante de la Tercera Legión de la Luz, parecía complacido.

El sonido de una risa distante resonó en la mente de Kyle.



¡Maravilloso! Es la segunda vez que recurres al Lado Oscuro. ¿Ahora lo entiendes? El poder está a tu alrededor, esperando a ser utilizado. Mata a la chica, corta tus lazos con el pasado, y reclama el futuro.

Sin ser consciente del intercambio, Jan corrió a sus brazos.

—¡Kyle! ¿Estás bien? No sé qué has hecho… pero ha funcionado.

El rebelde la abrazó y besó la parte superior de su cabeza.

—Ven… vayamos a buscar a Jerec.

—Eso no será difícil —respondió Jan—. ¡Mira!

Kyle miró y vio unos rayos de luz disparase hacia arriba y moverse de un lado a otro por el techo. Luego fueron en su dirección. Jan se agachó cuando un aullador pasó gritando sobre su cabeza.

—¿Qué es eso?

—No te preocupes —respondió Kyle—. No pueden hacerte daño.

—No pueden hacerte daño, no pueden hacerte daño, no pueden hacerte daño —se hizo eco un coro de voces, solo para ser reemplazado por una oleada de incomprensibles balbuceos que se cernieron a su alrededor.

Muchos de los espíritus estaban locos, habían perdido de vista la realidad durante eones de reclusión, pero otros no. Estos últimos ofrecían consejos contradictorios.

—Rechaza el Lado Oscuro, muchacho.

—¡Déjanos! ¡Huye mientras puedas!

—Lucha contra él, hijo, porque no hay alternativa.

Había otras voces también, algunas de las cuales hablaban lenguas alienígenas, pero ninguna tan clara como la que surgió de su interior.

Saber dónde crece el mal y permitir que florezca es aceptar la responsabilidad por todo lo que siga.

Un montículo apareció frente a ellos. Marcaba el centro del Valle y el punto desde donde emanaban los rayos de luz.

Alguien había dejado huellas en la tierra blanda, y Kyle las siguió hasta el montículo. Jan lo siguió. La luz, que se había vuelto más intensa, se derramó hacia arriba e iluminó el techo rocoso.

Kyle podía «sentir» el poder acumulándose a su alrededor y sabía que el tiempo se estaba acabando.

—¡Detenlo! —rogó una voz incorpórea—. ¡Detenlo antes de que esclavice a los miles de millones de seres por los que luchamos! ¡Incluso ahora está fortaleciendo las ataduras que nos retienen aquí! ¡Planea alimentarse de nosotros, tomar nuestro poder, usarlo para el mal!

Kyle comenzó a responder, pero se detuvo cuando el suelo comenzó a temblar y escombros llovieron desde arriba. Era difícil caminar, así que se puso a cuatro patas, decidido a alcanzar la cima del montículo. El centro de este estaba hueco. Tierra se derramaba por el borde y se precipitaba hacia el hueco de debajo.

Jan llegó al lado de Kyle, miró el interior del montículo y se sorprendió por lo que vio; Jerec, estremeciéndose ante el poder que recorría su cuerpo, luz se derramaba de las cuencas oculares vacías. Su voz provino de todas partes a la vez.

—¡Sí! ¡Únete a mí! ¡Comparte el poder!

Kyle avanzó; Jan intentó agarrarlo del brazo y falló. El Jedi saltó, cayó por el aire y absorbió el aterrizaje con sus piernas. El sable de luz chisporroteó cuando lo encendió.

—Ssssí —coreó el coro—, ¡líbranos para que podamos unirnos a la Fuerza!

Jerec eligió ignorar el sable de luz *y* las voces de los espíritus. Habló sin volverse.

—Tus esfuerzos son inútiles. ¿Los oyes? ¿Gimiendo y lloriqueando? ¿Es eso lo que buscas ser? ¿Otra voz en un coro de debilidad?

Jerec se volvió, extendió la mano y provocó un estallido. Kyle fue propulsado fuera de la cámara del montículo hacia el suelo del Valle. El impacto le arrebató el aire de los pulmones.

Estaba yaciendo allí, tratando de respirar, cuando un viento helado barrió el Valle. Al principio se arremolinó lentamente, como si reuniera energía, antes de aumentar la velocidad a ritmo constante. Polvo y otros escombros fueron aspirados y removidos. Las voces gemían mientras la niebla se espesaba y la temperatura continuaba bajando.

Kyle se puso sobre una rodilla, mientras tanto Jerec levitaba saliendo del montículo. Voces emitían lamentos. Grandes trozos del montículo interno y adoquines siguieron a Jerec fuera.

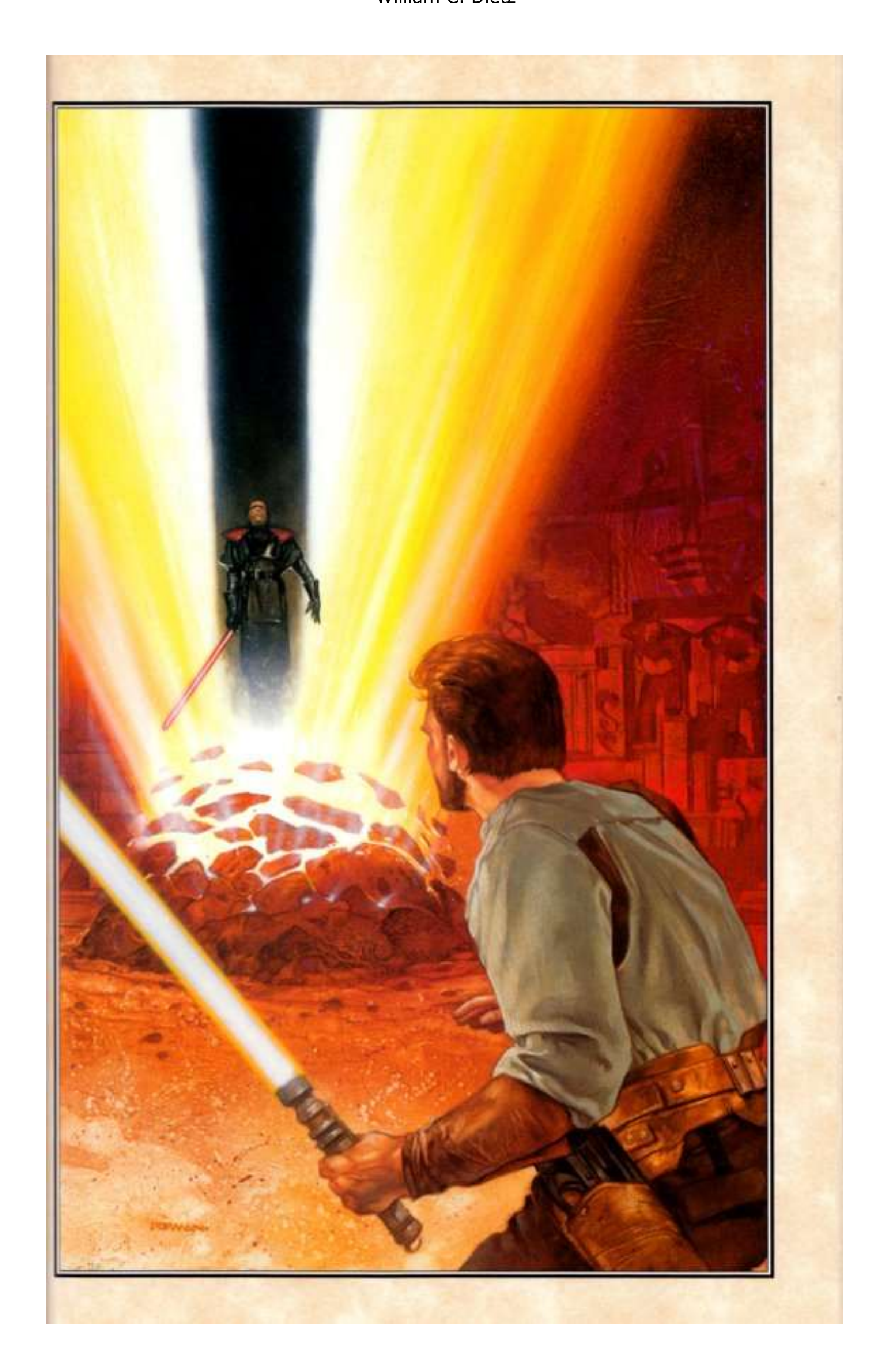
Kyle se puso de pie, con el corazón acelerado, mirando hacia arriba. ¿Qué podía hacer? Jerec había reclamado el poder del Valle, ya lo había dominado, y pronto gobernaría lo que quedaba del Imperio. ¿Y entonces qué? Un *nuevo* Imperio, peor que el primero, y mucho más grande. La desesperación amenazó con derribarlo. Llegar tan lejos solo para haber fallado a aquellos que habían contado con él era peor que la muerte misma.

El rebelde vio a Jerec elevarse y se maravilló ante el poder que el Jedi Oscuro había desatado. Poder que esperaba ser usado, poder que podría derrotar a Jerec, que podría derribarlo…

Kyle se detuvo en seco. ¿Qué es lo que había dicho Jerec? *Es la segunda vez que recurres al Lado Oscuro*. ¿Cuál era el número mágico? ¿Cuántas veces podías hacerlo sin cambiar? ¿Eran tres? ¿Cuatro? ¿Cinco?

De repente, Kyle supo que el número no importaba, que el Lado Luminoso ofrecía poder más que suficiente para cualquier tarea que se requiriera, y ese conocimiento era la clave.

El Jedi cerró los ojos, resistió la tentación de observar la luz que se reflejaba en sus párpados y envió una serie de órdenes. Reunió la Fuerza a su alrededor, la moldeó en un capullo protector y selló a Jerec dentro.



Jerec sintió una sensación de calidez y paz cuando el capullo de luz se formó a su alrededor. Fue una sensación maravillosa… una que disfrutó, hasta que algo fue mal. El Jedi descendió, luchó por mantenerse levitando, y descendió de nuevo. Algo, o alguien, le había cortado el acceso al Lado Oscuro de la Fuerza… ¿Quién? ¿Cómo?

El Jedi Oscuro luchó para atravesar el capullo y supo que era demasiado tarde. La oscura columna de energía que subía desde el montículo había sido cercenada, y él, junto con las rocas que se habían elevado con él, se desplomó en el suelo.

Kyle abrió los ojos, vio caer al Jedi Oscuro y supo que había tomado el camino correcto. Al hacer algo positivo, al *proteger* a Jerec del mal, la batalla había sido ganada. El suelo bajo las botas de Kyle crujió a medida que se acercaba al Jerec caído.

Aunque aturdido y magullado, Jerec estaba ileso. A pesar de su ceguera, el Jedi Oscuro sabía que Kyle estaba parado ante él con el sable de luz en la mano. Su propia arma estaba a diez metros de distancia… pero bien podría haber estado en el otro extremo del planeta. Como nunca había mostrado misericordia a los demás, Jerec no buscó ninguna para sí mismo.

—¡Mátame y el poder del Lado Oscuro será tuyo! Fui yo quien rebanó la cabeza a tu padre… ¿o lo has olvidado?

Kyle bajó la mirada hacia el hombre que tenía delante y sintió una extraña sensación de compasión. Ahí estaba, físicamente impotente, pero aún con la esperanza de atraer a Kyle o, en su defecto, asegurarse una muerte rápida e indolora.

El rebelde negó con la cabeza.

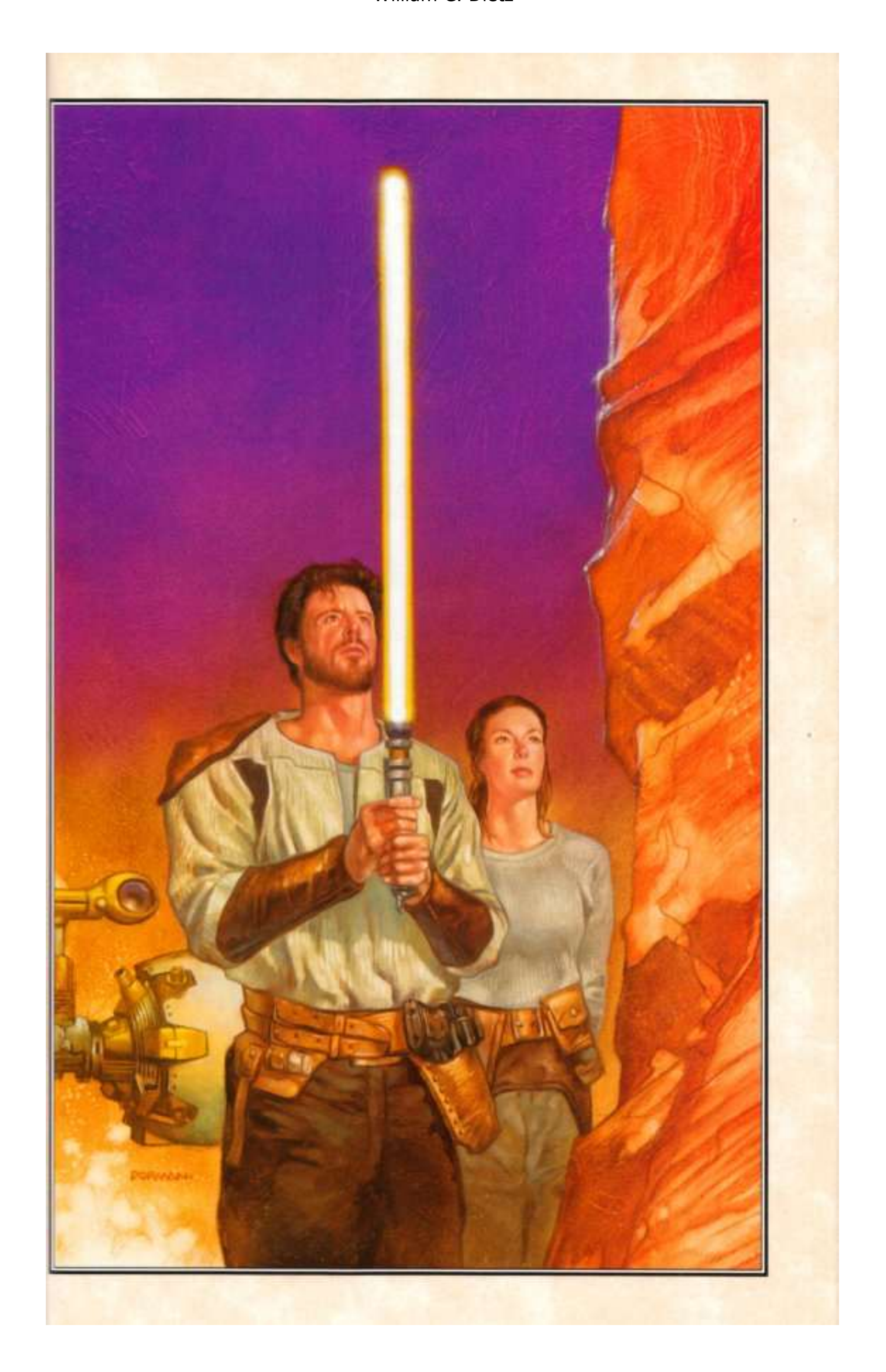
—No, no lo he olvidado, y nunca lo olvidaré —extendió la mano, sintió que el sable de luz del Jedi Oscuro golpeaba la superficie de la palma, y entonces arrojó el arma a Jerec.

Jerec se regocijó por la estupidez del agente, se puso en pie de un salto y pulsó el interruptor de encendido. Energía crepitó mientras avanzaba, y Kyle se adelantó para recibirlo. El rebelde pivotó sobre el pie derecho, ejecutó lo que Tal llamaba la «hoja cayendo» y «acuchilló desde el cielo».

Jerec titubeó, cruzó el arma ante él y esperó el inevitable resultado. Algo cálido le tocó el costado, cortó hacia dentro y se detuvo justo al lado de su columna vertebral. Le llevó un momento a Jerec entender lo que era, darse cuenta de que su vida había llegado al final… y comenzar un largo y oscuro viaje.

Jan llegó al lado de Kyle cuando el cuerpo de Jerec comenzó a caer. Pareció perder sustancia cuando la Fuerza lo abandonó, y aterrizó como una sombra en el suelo.

Mientras tanto, las antiguas ataduras que Jerec había trabajado tan arduamente por reparar se habían visto tensadas por la reciente perturbación. Ahora, sometidas a aún más estrés a medida que los prisioneros se lanzaban sobre ellas, el tejido invisible que componía las ataduras comenzó a romperse. Uno de los espíritus más activos divisó la brecha, se deslizó a través, y fue seguido rápidamente por otro. ¡La maldición estaba rota!



Un coro invisible gritó de alegría, rodeó el Valle y se perdió en el cielo. Un jubiloso canto se oía y los espíritus cabalgaban sobre el viento hacia la atmósfera… Kyle sintió un escalofrío recorrer su espalda mientras las voces le daban las gracias, una tras otra. Y luego se marchaban. Kyle sabía que el Ejército de la Luz se había embarcado en un último viaje, que su misión había llegado a su fin.

La «tormenta» continuó por lo que pareció mucho tiempo, pero no fueron más que unos minutos. Finalmente, después de que el viento se calmara y un último aullador hubiera seguido al resto a la libertad, los rebeldes se volvieron.

El camino de vuelta a través de los monumentos fue lento, casi reverencial, y terminó frente a un largo muro de piedra. Kyle giró en respuesta a una serie de cliqueos, zumbidos y pitidos, vio a WeGé y sonrió.

—¡Weg! ¡Has sobrevivido al choque! Me alegra que nos hayas encontrado.

El droide chirrió feliz y se impulsó hacia delante.

Kyle se volvió hacia la pared, activó su sable y lo blandió dirigiéndolo cuidadosamente. Una sección de piedra cayó y aterrizó a sus pies.

WeGé giró su fotorreceptor en dirección a Jan, y ella se encogió de hombros.

El rebelde, ajeno al intercambio a sus espaldas, se arrodilló ante la pared.

—Gracias, padre —dijo, y Jan, quien se había acercado lo suficiente para ver, vio dos relieves recién tallados. Ella había visto holos de Morgan Katarn… y lo reconoció. La otra cara era nueva para ella, pero Kyle se lo había descrito con frecuencia, y sabía que era Rahn. Hubo un momento de silencio mientras Kyle inclinaba la cabeza y fluía con la Fuerza.

Luego, con la mano de Jan en la suya y WeGé siguiéndolos por detrás, los rebeldes dejaron el Valle y salieron a la luz del sol. Y fue entonces, en ese preciso momento, cuando la profecía se hizo realidad…

Un caballero había venido, una batalla se había librado, y los prisioneros eran libres.



William C. Dietz ha publicado diecisiete novelas de ciencia ficción, la última de las cuales, *Steelheart*, fue lanzada en agosto de 1998. Dietz pasó un tiempo en la Marina, se graduó en la Universidad de Washington, y ha ostentado diversos empleos como técnico quirúrgico, escritor de noticias, instructor universitario, director de televisión, y director de relaciones públicas. Vive en el área de Seattle con su esposa, dos hijas, y dos gatos. Le gusta el buceo, el piragüismo, y la lectura de libros.



Dave Dorman es un ilustrador ganador del Premio Eisner que ha estado trabajando como profesional desde 1979. Es conocido por sus representaciones fotorrealistas en materia de acción y ciencia ficción. Ha ilustrado libros, cómics, películas, y juegos, incluyendo las series *Aliens*, *Indiana Jones*, y *Star Wars* de Dark Horse, Berkley, y Del Rey. Su trabajo también se exhibe en la novela gráfica nominada al Premio Bram Stoker *Dead Heat; Aliens: Tribes*, y en una colección de libros de su arte, *Star Wars: The Art of Dave Dorman*.